

# Atada sobre las olas

Óscar Manuel Quezada



INSTITUTO  
POLITÉCNICO  
NACIONAL

# Atada sobre las olas

*Alguien que dispara verticalmente  
También puede disparar horizontalmente*



# Atada sobre las olas

Óscar Manuel Quezada

Instituto Politecnico Nacional  
— México —

*Atada sobre las olas*  
Óscar Manuel Quezada

Primera edición, 2012

D. R. © 2012  
Instituto Politécnico Nacional  
Luis Enrique Erro s/n  
Unidad profesional “Adolfo López Mateos”  
Zacatenco, 07738, México, DF

Dirección de Publicaciones  
Tresguerras 27, Centro Histórico  
06040, México, DF

ISBN 978-607-414-288-4

Impreso en México / Printed in Mexico  
<http://www.publicaciones.ipn.mx>

## Sinopsis

### Atada sobre las olas

La inteligencia de una mujer se ve debilitada por la trampa de un lobo al acecho a través de los sentimientos, justo en el momento, y ella, sin encontrar la ecuación matemática para salir del laberinto; pero también le sucede casi lo mismo, a un hombre, atado a otro hombre. A los atados los une una amistad.

Rosa Melia Lizárraga, mujer inteligente, fuga sus sentimientos, entregando así, su libertad a Alfonso Terreros, hombre con ambiciones, mismas, que logra cumplir a través de su sicopatía.

Manuel Buendía el mejor amigo de Rosa Melia. Ellos mantienen una amistad desde la infancia, Manuel es consciente de lo que le sucede a Rosa Melia, un día llega a él un hombre de nombre José Antonio Mendizábal, en la complicidad del café, inician una amistad, que en poco tiempo se confunde, José Antonio muy hábil logra atarlo, y mantenerlo a su lado a través de las tácticas de la manipulación y el chantaje, características similares a las de Alfonso Terreros. Mientras Rosa Melia se libera por las circunstancias, Manuel Buendía es sometido a vivir el espejo de su amiga Rosa Melia, a través de la sicopatía de José Antonio Mendizábal.

Narrada desde distintas perspectivas, la novela *Atada sobre las olas* nos entrega un testimonio íntegro, y explora la conducta de los que han crecido en ambientes donde ha permeado la cultura del narcotráfico, además, los ambientes descritos se convierten en personajes importantes en la narrativa.

Como decirte que no he cambiado, bueno sí, un poco, pero hay cosas en mí que nunca cambiaría, como la gratitud hacia ti. No lo olvido. La forma más sencilla para mí es escribirlo. La pluma obedece a los estímulos e impulsos de mis adentros. Hace tiempo llegué aquí, a un lugar que no me agradaba, y tú, me adoptaste bajo una responsabilidad que no te correspondía. Hace unos días una imagen de esta ciudad me provocó nostalgia, y mientras veía la fotografía, comencé a caminar sobre el malecón hasta llegar al puente negro, y desde allí, esperé al sol para verlo perderse sobre las aguas del río Culiacán, y me cuestioné. No que no te gusta extrañar. Tuve ganas de regresar. Sin saber que pronto lo haría para saldar una deuda contigo. Agradezco haber llegado a esta ciudad. Nada es casualidad, pero más agradecido de que tú llegaras antes.

A los días de la universidad por la nostálgica y bella ciudad de Culiacán.

# Índice

Frente al mar .....	
La fiesta de gala de fin de año .....	
Los días felices.....	
Nuestro primer encuentro.....	
La segunda vez que vi a Rosa Melia .....	
Cuando nos separamos.....	
Soy grande.....	
Reencuentro en la universidad.....	
Un hombre para ella.....	
Mi primer domingo en Valle de Bravo.....	
Las Riquezas de Valle de Bravo .....	
El cautiverio de Rosa Melia .....	
La percepción de Rosa Melia en su primer encuentro .....	
Un instante .....	
Un paseo con su esposo .....	
De visita en la Catedral.....	
No comprendo .....	
Cambio de hábito .....	
La búsqueda .....	
Un desliz .....	
Realidad .....	
Nostalgia.....	

Un paseo con su hijo .....  
El refugio .....  
Paralelismo .....  
Ahora que te volví a ver .....  
Una conversación.....  
Encuentro .....  
Desde adentro.....  
La voz de mi interior.....  
Incongruencia.....  
A.....  
Resistencia.....  
Una mirada a vista de pájaro, se busca .....  
Una llamada.....  
Diálogos conmigo.....  
Frente a la bahía .....

# Frente al mar

Bajo el compás de un vals  
mis oídos se conducen,  
y mi mirada se pierde  
en el vaivén de las olas.

Atado estoy  
al azul del mar, del cielo,  
y de la esperanza,  
esperando, a que las aguas  
vuelvan a su cause.

Las olas se estampan  
sin provocar signos de violencia.

Las olas de violencia  
han alterado el ritmo parsimonioso  
de los días anteriores.

Pido al mar,  
pido a las olas,  
que se lleven los aromas,  
los disparos que aquejan.

A cambio, regrese  
sonrisas salpicadas de sal  
con aroma a mar fresco.

Una ola me aviva,  
un sol me ilumina,  
una luna tapiza mis sueños,  
un aire sopla mis pensamientos,  
un mar de esperanzas nace.

Mientras: me convierto en polvo de aire.

Tierra fértil,  
caminos llenos de fragilidad,  
alondras sobre las veredas  
luciérnagas que iluminan,  
faro receptor de miradas.

Agua mansa por la noche,  
rojo que se tiñe mientras duermo,  
brisa empapada de amanecer  
que recoge lo nítido del alma.

El alma que emigra  
con la esperanza,  
de ser la última de esta razón,  
sin ser razonable.

Redes que atrapan a los más indefensos,  
mientras los pescadores atrapan  
con sus redes el alimento que nos nutre.

Furgón de ballenas jorobadas que llegan con libertad,  
gente que clama y espera,  
antes, susurran un grito suave de libertad,  
pienso un instante, para vivir una eternidad.

## La fiesta de gala de fin de año

**A**lguien que dispara verticalmente o hacia el infinito con júbilo de festejo y profundo frenesí, como sucedía, y sigue sucediendo, ahora en menor proporción cada 31 de diciembre a las 00:00 horas, es también capaz de disparar en sentido horizontal como aquella noche de velada de 1985. Unos contentos, otros asustados, pero todos allí; convocados por la algarabía de recibir el año nuevo. El baile de fin de año que se hace cada 31 de diciembre ha perdido glamour, son pocos los que se atreven a ir, hace apenas dos décadas reunía a todo el pueblo y a los que por alguna razón los unía un lazo sanguíneo o de sentimiento por el terruño. Esa noche era de rigor estar ahí. La mayoría no le temía al sonido de las balas, un sonido que el cerebro asimiló a temprana edad en cada uno de nosotros, hay a quienes les asustan, pero el baile es el baile, la parranda es la parranda, y si es fin de año es permitido. Esa noche los disparos son tomados como un acto de verdadero festejo o júbilo. La ocasión les exige sobre todo a las mujeres vestir trajes de noche, es por ello que lucen verdaderos ajuares de gala, la ocasión lo amerita, tomando en cuenta que las mujeres no escatiman, cuan-

do en realidad no necesitan de mucho, son todas por demás verdaderas bellezas. Ellas si están al tanto de la moda, los accesorios son de oro, no se permiten la bisutería barata. No es lo mismo con los hombres, trajes más modestos una moda exclusiva para los hombres de estas regiones, por lo tanto es posible pensar que todos son iguales, se les juzga por como se visten, y eso no es cierto, pero también puede haber algo de verdad. Muchos de estos hombres que sólo trabajan y viven con dificultades. Lo que si es verdad, el orgullo con el que portan el sombrero, botas casi todas de pieles de las mismas aves o reptiles, cinto piteado que lo usan tanto en pantalones de mezclilla, casimir, algodón, lino o simples pantalones de vestir. Estos cinturones son duraderos, tal vez, esa sea la razón, no son como los sombreros que hay que cambiarlos con frecuencia, las botas también son rudas, duran mucho. Aún así, la belleza de las mujeres no se ve opacada, los hombres se visten así para aspirar o ser aceptados más rápido por las mujeres, y sellar un compromiso para después atar sus brazos fuertes a la altura de la cintura, como quien dice de cartoncito de cerveza al ritmo de la tambora, ritmos van, ritmos vienen, pero la tambora sigue sonando. Bastaba cumplir quince años o estar próximo a cumplirlos para estar listo y entrar a la pista de baile, era de lo más frecuente que en esa fecha hiciéramos el debut mujeres y hombres, por lo tanto, los hombres al acecho esperando a las nuevas baileras como se les llama. Por nuestra parte era un deleite ver pasar a tantas mujeres bellas desde las gradas del tío Loreto, poco antes de llegar a la entrada de la pista de baile. Como casi

todos los pueblos del país es una tradición el baile de gala del 31 de diciembre, después de los abrazos cada quién agarra rumbo a las diferentes veladas. Nadie con intención de agredir a nadie; ese día sólo se dispara de júbilo, una tradición mal arraigada. Rosa Melia esa noche no podía faltar, llevaba un vestido verde esmeralda bien ceñido al cuerpo, sus amigas vestían vestidos de noche untados al cuerpo. Esa noche todas entraban a bailar, ya todas señoritas, imposible pensar que tenían entre 15 y 16 años, parecían mujeres de más edad, por su estatura y anatomía. Todas ellas bien dotadas.

Por estos rumbos hay muchos que no le temen a los disparos, y los que sí, pasa algo curioso con ellos, de todas formas están allí. Los disparos de esa noche son tomados como un acto de verdadera alegría, aparentemente no hay agresión ni intención de disparar contra alguien, simplemente son balas que se pierden en el infinito, lo único que cae cerca del que dispara son los casquillos, las huellas presentes al otro día, visibles sobre el suelo, testigos del fuego de la media noche, comparado con el clásico combate naval del sábado de carnaval contra la quema del mal humor. La noche del 31 de diciembre se mata al año viejo para después velarlo. Confieso que no me gustaba ir a esos bailes de fin de año o de velada como son llamados, esa noche como tantos otros pueblos del país lucen llenos. Ese 31 de diciembre fue distinto. Sentí que el combate duró más, al igual que mis amigos, hice mi debut esa noche, exigencia en parte por nuestros padres y lucir como todos unos hombrecitos o machos de pueblo, esperamos un buen rato para decidir con que chica bailaríamos,

antes dimos varias vueltas como lobos al acecho de sus presas, con la que a mí me hubiese gustado bailar, esa noche se encontraba muy lejos, quien sabe que manos la estrechaban. Éramos muchos los que esa noche nos convertíamos en muchachos baileros, hoy en día, en vías de extinción se les escucha decir a los adultos mayores, en lo que ahora se a convertido el pueblo; esa noche el ambiente era de regocijo, de alegría, de festejo, por lo tanto nadie temía a las balas que de repente irrumpieron los acordes de la tambora, y así, presenciar el espectáculo de sonido y fuego que salía de los cañones de las pistolas, metrallas, rifles, salones 22 como se les llama a los antigüitos como la reliquia que era de mi abuelo que cada 31 de diciembre disparaba. Cuando el fuego nos rodeo a todos los que nos encontrábamos en el baile no me quedó otra alternativa más que fundirme en un abrazo espontáneo con la chica que bailaba, valiente hombre tengo como bailaror seguramente se habrá dicho para sus adentros, en lugar de protegerla era ella la que me protegía mientras los casquillos caían como confeti en temporada de carnaval. Alcanzaba a sentir lo calentito de éstos cuando caían sobre mi espalda, al sentirlos me encogía tratando de hacerme lo más pequeño queriendo desaparecer como por arte de magia, más no por una bala, lo único que quería era salir corriendo por el pánico que me había invadido, en realidad era un verdadero miedoso, incapaz de proteger a mi pareja de baile, no recuerdo su nombre, era amiga de la acompañante de mi amigo quien tenía interés por ésta. Seguíamos estáticos como maniqués, minutos después la pista de baile quedó oscura, algu-

nas balas se habían fundido en el transformador. La euforia por seguir disparando continuó en algunos, se escuchaban gritos de alarma y desesperación entre la oscuridad, a tientas algunos empezaron a caminar guiados por la luz de los encendedores de cigarros, algunas señoras precavidas llevaban linternas, hacían menos densa la oscuridad. Dejó de cesar el fuego, como pudimos llegamos al lugar de donde había tomado de la mano a mi compañera, ahí la esperaba su mamá desesperada, poco a poco los demás hacían lo mismo. El lugar de la fiesta se quedaba vacío, mientras me deslizaba de entre el tumulto escuchaba decir que habían matado a Luisa, la de la carpintería. No pensé en más. Reconocí la voz de mi prima Soledad. Cayó sobre mis pies, le decía a su amiga Lucía, se desvaneció y empezó a hacerse un charco rojo que salía de la frente a un lado de la verruga negra, desde que cayó, sentí que ya estaba muerta. Continuaba diciendo mi prima. Estaba muy impresionada, sentía aprecio por la señora, pues tenía interés por uno de sus hijos, aunque sólo jugaba con los sentimientos de su crío. Inmediatamente llegaron sus hijos quienes andaban dispersos, todos habían asistido al baile de gala, sin pensar que sería el funeral de su madre. Poco a poco aquello se quedó solo, Rosa Melia fue de las primeras en retirarse. Eso me lo contó al otro día. Seguí caminando hasta alejarme de la boca del lobo, en una de las calles solitarias me encontré a Teresa una de las hijas de Doña Luisa. Caminaba como ánima por la calle, ausente, por una enfermedad que la aquejaba de años, sufría una enfermedad que la hacía ver inexpresiva, parecía que sus sentimientos se ha-

bían muerto, su mirada era de enajenación por nada, simplemente caminaba por la calle como autómatas, cuando la tuve lo más cerca y sin pensar en lo que le decía. Le dije, han matado a tu madre. La mujer se quedó más pasmada. Cuando terminé de pronunciar esa frase fue entonces que tomé conciencia de lo que decía, me vino un cargo de conciencia y me empecé a reprocharme la imprudencia, me sentí peor que cuando quedé acorralado en la oscuridad. La mujer no me dijo nada, sólo sentí su mirada que se me clavó en la herida de mi corazón por el sentimiento de culpa, creo que aceleró un poco su paso cansado, y se fue sin decir palabra alguna, iba a casa de sus suegros quienes vivían a una cuadra de la plaza del pueblo, por mi parte me eché a correr sin parar hasta que llegué al callejón de mi casa, cuando me asomé a éste fue que pude respirar, a la distancia entre la luz de las cachimbas y quinqués que habían sacado a la banqueta vi a mis hermanos, a los vecinos y a mis padres, cuando estuve cerca de ellos comentaban la muerte de Doña Luisa. Tomé conciencia de lo ocurrido, sentí unas ganas profundas de llorar, la noche anterior había estado en casa, en la boda de una de mis hermanas, cuando llegué ya se rumoraba quién podría ser el posible asesino, después de unos minutos el nombre del asesino cambiaba, se llegó a decir que podía ser uno de sus hijos, hubo quien aseguraba que la bala venía de donde se encontraba éste disparando, varias veces la pistola se le entrampó y salían disparos sin control. Los nombres seguían cambiando conforme pasaba el tiempo, y así por varios días. Por su parte la policía simulaba una investigación sin fundamento, ni

sustento, simplemente cumplían con un requisito, un trabajo que debieron hacer antes y que como cada año llegaban al lugar como los policías malos, después de los trancazos. Pasaron los días y nunca se esclareció, era difícil de culpar a uno solo. En realidad fueron todos los que dispararon, porque quien dispara verticalmente, también puede disparar de forma horizontal como sucedió con la bala que interceptó la frente al lado de la verruga negra de Doña Luisa, y terminó con su vida.

## Los días felices, esos no volverán

**S**iempre estaba a dieta, le gustaban las ensaladas de tomate rojo, uno de los principales cultivos de la región, y que su abuelo, cosechaba en temporada.

— No olviden, decía Rosa Melia, cuando nos despedíamos cada tarde al término de las clases en la secundaria, antes de montar nuestras bicicletas y partir de regreso a casa.

— Los estaré esperando con ensalada de tomates, es lo único que podré preparar, recuerden, estoy próxima a los quince años y debo estar como barita de nar-do. Eran inevitables nuestras risas. Es cuando inicia la verdadera amistad

— ¡Aunque se rían! ya verán que lo conseguiré.

— Rosa Melia nunca llevaba dinero para gastar en el recreo, porque estaba a dieta, y sin embargo probaba de todo, comía bastantes rebanadas de jícama, sandía, sin faltar su mazapán, por sus altos contenidos nutrientes; recuerden siempre llevar uno para cuando algún niño les pida un dulce, regálenle un mazapán y contribuirán al menos, para que ese pequeño tenga un mejor desarrollo, además de no engordar, claro hay algunas excepciones, a mí hasta el agua me engorda, es por mi complexión. Bajo ese chantaje no nos quedaba

más que contribuir a la buena causa para la nutrición de los niños, y la esperanza, de que en un futuro inmediato Rosa Melia luciera una figura de buenas proporciones.

— Ustedes me invitan ahora, y a mi me toca preparar lo que cenaremos. Un día me tocaba invitarle las golosinas y otro día a mi amigo Leonardo, los genes de ambos provenían del mismo árbol genealógico, coincidencia o herencia, ambos eran de complexión similar, robustos. Un karma que tenían que cargar, a Leonardo no parecía importarle, él decía: es más fácil que un gordo logre bajar de peso, que un guilo logre subir.

Rosa Melia era una regordeta de ojos de tigre, sonrisa encantadora, piernas frondosas, el cabello rizado con mechones rubios, era la niña del primer lugar en todas las materias, su materia favorita eran las matemáticas tenía una habilidad para resolver cualquier ecuación, recuerdo que un día me dijo: he creado una ecuación para hacer el cálculo exacto del peso que debo perder por día, si esto me resulta será mi gran negocio en un futuro; para cualquier problema tenía una solución, cuando se percataba que estábamos estrenando zapatos nos decía: niños quieren que les calcule el tiempo útil de la suela de sus zapatos nuevos, es cuestión de resolver un límite. Leonardo respondía. Prefiero que te las ingenies para que me resuelvas el próximo mes el examen de mate y física. De acuerdo respondía. Y así, Leonardo ponía punto final a la inquietud de Rosa Melia, por saber exactamente cuanto nos durarían las suelas nuevas de nuestros zapatos.

Por mi parte prefería seguirle comprando sus golosinas y su mazapán , para que un día no azotara, y

ahí, sí que estaríamos en un problema con dificultad de resolverlo, por la descompensación de azúcares en su cuerpo para su buen desarrollo, además de comprarle su chocolate para la clase de matemáticas, por que decía que la desgastaba mucho, por suerte sólo eran cuatro clases a las semana, los miércoles no tocaba mate, contrario a mí que no necesitaba de alguna golosina especial para mis clases favoritas de literatura e historia, las matemáticas y la física no representaban problema alguno, la química y biología eran mi coco.

Bastaba con lanzar la mirada hacia el horizonte, y perderla desde el ventanal hasta las colinas para inspirarme en la clase, sobre todo cuando nos tocaban los clásicos del renacimiento, Lope de Vega, sólo que nuestra profesora de literatura, gran parte de la clase la dedicaba a dar cátedra de moral, básicas para el buen comportamiento, mismas que a ella le hicieron falta o seguramente las olvidó cuando su cuerpo empezó a pedirle la parte complementaria que ofrece un hombre, pues un señor muy metiche, algunas veces nos dijo esa profesorcita no dejó a uno pa compadre, fue muy fogosa, no le importó quitarle el marido a una buena amiga. Eso nos lo contaba cuando desde las gradas del campo de fútbol, veíamos la cascarita que se echaban en el recreo nuestros compañeros. Yo siempre pensé que era una mentira de ese señor lujurioso, percibí de él, provocación por el sexo con mis amigos, hombre sin oficio que cada tarde se acercaba al campo de fútbol, aburrido de su mujer; percibí también su perversidad, pero él insistía que la maestra era candil de la calle y oscuridad en su casa. Seguramente ella nunca le hizo caso, y se quedó con ganas de tirársela.

— Nos vemos más tarde, decía Rosa Melia, antes de montarnos en nuestras bicicletas para partir a nuestras casas.

Por supuesto que antes de ir a casa de Rosa Melia merendaba, yo era de buen comer, además yo no tenía problemas con el sobrepeso, a Rosa Melia y Leonardo si les hacía bien sólo cenar ensalada de tomates, le encantaba a Melita como le decíamos en confianza que le silbáramos por la ventanita que daba al callejón que quedaba enfrente del vecino de los ojos de gato. El niño que le encantaba a ella. Gritaba desde la última pieza de la casa.

— ¿Quién?

Nosotros. Quien más. Abría la ventana y decía, pensé que era el vecino. Siempre se hacía la loca gritando. ¿Quién? Y corría a abrir la ventana, en realidad los que silbaban eran los pájaros que estaban anidados en la camichina, con una sonrisa picarona regresaba, me equivoqué son los pájaros pensé que era mi amiga Rebeca. - mmm asentábamos.

Pero no se me desesperen, ya está la ensalada, bueno también hay cuajada fresca, tortillas bien tostadas por si se les antoja, mi abuela también hizo salsa de tomates tatemados y frijoles aguados, se ven deliciosos pero yo no puedo comer eso. Leonardo y yo si le entrábamos, ella para empezar se servía ensalada de tomate, y terminaba comiéndose la mitad de lo que nos servía.

Cuando su abuela o su abuelo se asomaban la encontraban comiendo ensalada, pues quedaba de frente a la entrada de la cocina lo que le permitía vigilar por si alguien iba a la cocina, y de esta forma no ser sorprendida.

Le gustaban varios niños del salón, sobre todo los galanes del grupo, tenía corazón de potrero o de ecuación de la formula general la más fácil de resolver, pues bastaba que alguien la mirara, y ella ya estaba enamorada. X=+-

## Nuestro primer encuentro

La primera vez que conocí a Rosa Melia fue en casa de mi abuelo materno; era viernes de cuaresma, vinieron a visitarnos la abuela materna de ella, la tía Macarena, quien era hermana de mi madre; también vino la mamá de Rosa Melia y sus tías, me acuerdo de aquella primera vez que la vi en el patio principal de la casa de Los Almendros, sin ser una casa con pretensiones tenía patio al frente de sus cuatro fachadas, la casa era de estilo vernáculo, y se encontraba al centro del terreno, mi abuelo sin conocer al arquitecto *Andrea Palladio* construyó una villa campirana, rustica, siguiendo sólo el conocimiento empírico, logrando con ello una armonía en ésta maravillosa casa en la que crecimos mis hermanos y yo, y que antes, también creció mi madre. Venía de la Quebrada Encantada de chirotear un rato con mis amigos, decidí entrar por el acceso principal de la casa, para protegerme de mi abuelo, no había pedido permiso para ir a chirotear, podía entrar por cualquier portillo de la cerca que rodeaba el terreno pero no, entré por dónde estaba el portón de madera de múltiples tablas que mi abuelo hizo con sus conocimientos de carpintería, el portón estaba en la parte baja de la pendiente, lo que me permitía tener cuidado y descu-

brir por si mi abuelo estaba en casa; poco a poco subí pegado a los árboles de peinetas que delimitaban el acceso principal de la finca, después de subir la pendiente cuando mis ojos estuvieron al nivel del patio principal descubrí a una niña retozando cómo un cachorro, con una sonrisa jamás vista, la misma que yo hubiese proyectado si me lo hubieran permitido, sólo que a cada rato se nos reprimían esos impulsos tanto a mí como a mis hermanos, mi abuelo se encargaba de equilibrar esa energía desbordante.

Fue esa mañana de viernes de cuaresma que la conocí y supe que más que primos en un futuro próximo seríamos grandes amigos, bastó una mirada para volvernos cómplices y echarnos a correr, haber quien escalaba más rápido la cama que se encontraba debajo del naranjo al lado del ciruelo de ciruelas amarillas que estaban a punto de ser cosechadas. Uno, dos, tres y ya estábamos echando brincos en la cama, a punto de tirar el bastidor que mi abuelo había colocado para proteger a mis otros primos para que no se cayeran. Esa sonrisa de Rosa Melia, no era cualquier sonrisa, sus cachetes eran rosados a punto de reventar, y esos ojos, tan claros como ella misma, eran de felicidad plena, sólo a esa edad estoy seguro la vivió. La imagen se me quedó grabada; tiempo después la relacioné con el cuadro de *las meninas de Velásquez*, sin conocer en ese tiempo la obra del artista, Rosa Melia parecía extraída de esa obra pictórica.

Mi abuelo era de una conducta recta, misma que quería para los niños, cuando sentí que pronto estaría cerca de nosotros dejé de saltar y me bajé de la cama, en ese momento me convertí en cómplice de Rosa Me-

lia, según yo, vigilaría por si mi abuelo llegaba pero me quedé observando como seguía saltando, una distracción y fuimos sorprendidos.

No se que le habrá dicho, o que habrá interpretado en su mirada, ya no la volví a ver saltar en todo la mañana, se llegó la hora de la comida y se comportó muy bien, sin problema alguno se comió todo lo que le sirvieron y hasta un poco de lo que le sirvieron a su mamá, apenas terminó de comer inmediatamente pidió que le sirvieran el postre, la tradicional capirotada propia de la cuaresma, la degustó sólo con el sentido del gusto en toda su concentración.

La tarde llegó, era la hora de que las visitas se retiraran, empezó la despedida; Rosa Melia tomada de la mano de su madre Amalia, cómo queriendo escapar, me sonreía picarona, levantó su mano y se despidió, sus rizos caían del lado derecho, al abuelo de lejos le gritaba adiós sin soltarse de la mano de su mamá, después corrió, y se subió al camión como para que no la alcanzara y en una de esas truncara su libertad.

Ese día fue la primera vez que vi a Rosa Melia, al menos es la que recuerdo como primera vez. Conocí de cerca a la que en un futuro sería mi amiga, de eso, estaba seguro.

## La segunda vez que vi a Rosa Melia

La segunda vez que vi a Rosa Melia fue el primer día de clases cuando yo cursaba el segundo grado, y ella el primero, era nuestro primer día de clases, la acompañaba su abuelo paterno Don Manuel Lizárraga *el carpintero* como le decían; recuerdo que era un 2 de septiembre, era verano, próximo al otoño. La noche anterior había llovido, la cancha y el campo de fútbol donde nos formábamos estaban inundados, las hojas de los árboles al igual que todos las fieras nos encontrábamos dispersos por todo el patio, el aroma de las aulas estaba concentrado, una aroma que nunca he podido describir pero que todavía sigue presente cuando el recuerdo viene, e impregna mi espacio. Al igual que las imágenes de todas las fieras dispersas por el patio y los pasillos. Esto me sucede cuando recibo noticias del inicio del nuevo ciclo escolar; seguramente el aroma se produce por el tiempo tan prolongado del encierro de las aulas durante el periodo de las vacaciones largas. ¡Verdaderas vacaciones! suerte la nuestra que nos tocaron vacaciones largas, eran para disfrutar el verano, al regreso a clases encontrábamos cambios, aún todo era verde, los ciclos de la naturaleza sin tanta alteración, con el tiempo estos se fueron acortando, a tal grado,

que cuando entré a la universidad, las vacaciones de verano ya no eran largas, eran cortas, y el verano, ahora, es casi un infierno en llamas.

Rosa Melia tenía cinco años cumplidos...

Por su abuelo Manuel Lizárraga fue que la aceptaron en la escuela a la edad de cinco años. Don Manuel argumentó que ya sabía sumar, restar y leer. El director de la escuela les dijo que no había cupo, él, le respondió que eso no era problema que mandaría hacer un pupitre especialmente para ella. El director aceptó la propuesta. Cuando trajeron el mesabanco lo colocaron en la fila de en medio, en la parte de adelante lo más próximo al pizarrón.

El primer día de clases ella iba tomada de la mano de su abuelo, llevaba una mochila de cuero que le mandó hacer en la tenería de los Alapizco, sus zapatos bien boleados, choclos de color negro, calcetas blancas a la rodilla, la falda tipo escocesa, blusa de algodón con olanes en la parte del cuello y de manga larga. Se le veía muy contenta. Siempre sonriente. Yo la miraba desde las gradas del asta bandera, al pasar cerca de mí me sonrió.

La Primera tarde-noche de aquel encuentro con Rosa Melia, coincidimos en la Plaza, en lo que su abuela y mi madre nos compraban los útiles escolares en la papelería. Me dijo. Ven, sentémonos en la banca que te voy a leer lo que escribe papá cuando sale solo a tomar el café, él dice que es cuando se inspira. Rosa Melia sacó los escritos de su papá de la bolsa tipo morral que traía colgado, atado a su cuerpo, y empezó a leer, sin darme la opción si quería o no escucharla, no me quedó más que sentarme al lado de ella y escucharla.

Leía con una precisión en la puntuación, con matices poéticos, aquello era poesía, sin saber en ese tiempo que era poesía.

“Era tarde noche, diferente, en ese momento no recordaba porque la luz de la tarde tenía un brillo especial, mis movimientos se atrevían a salir desde las entrañas, seguía atento a ello, hay musas inspiradoras, ¡la propia naturaleza, la más natural de todas!, seguía lleno de un espíritu regocijado, ¡No me faltaba nada! Bueno, sí. Un café, y una copa de vino tinto para seguir invitando a la lucidez del placer, nada más para ver terminar la tarde seductora, el murmullo de los parroquianos era similar al de todos, a nadie le importaba nada más que estar compenetrados consigo mismos, a nosotros nos pasaba algo similar, parecía que una lluvia nos sonreí, como queriendo estar lo más cerca de nosotros, nos veía tan contentos que desistió y le embargó una felicidad y se fue con ella a disfrutar de su propio monólogo interno. Los últimos rayos llegaban a la mesa de plata y se fundían con el color blanco de la taza del café que comulgaba con nosotros, no veía para cuando ese éxtasis que nos embargaba llegaría al final, venían pensamientos de *Salvador Novo*, que por la noche logró conectarse en mis sueños y me llevó a lo más mágico del ser, el amor. ¡Qué extraño! Me dije, cuando desperté.

— Entró la luz del sol a la terraza del café, entre lo blanco de ésta y el color plata de la mesa, lograron fusionarse para convertir el momento en oro.

El mar y el sol estaban conmigo. Yo estaba con ella, allá en lo más alto del valle de México. Sí, aunque parezca mentira todo estaba aquí.

— No se si los cómplices fueron la combinación de los colores, la mezcla del café con el vino tinto, o el brillo de la brisa que se estampó sobre el adoquín de la callejuela, los que me provocaron efectos distintos.

— Seguíamos compenetrados, era momento de cambiar de ángulo, los frondosos árboles estorbaban para ver el otro escenario que meses atrás había anotado en la agenda. No lo olvides, próximo al otoño vendrá la luna más grande del año, que hasta esa hora lo había olvidado, fue entonces que volteé hacia el cielo, haber si la lluvia se había contenido, y descubrí la luna más grande del año, esta vez fue el siete de septiembre, y no en octubre.

Entre los parroquianos había sonrisas, una mujer al sonreír confundió a un caballero, pensando éste, que la mujer le sonreía. El caballero le dijo creo que me confunde. Sonrió sola. Ha sido un día de confusiones. Que más da. No importa. Si para confundir tiene que pasar algo así, pues sigamos confundidos las próximas horas.

La noche invitaba a seguir, nos metimos a la colonial desde ahí se veía diferente, los vitrales que dan hacia la plaza, lograban fundir la luz en plata. La luna estaba frente a nosotros...

Eso escribe papá cada que sale a tomar el café. Me dijo Rosa Melia.

— Pues que confuso es tú papá. No entiendo nada, ¿a quién le escribe eso?

— Seguramente a mi mamá, él le pide que le conceda esos momentos para estar con él mismo, y así, poderse inspirar para escribirle cosas poéticas.

— ¿Y tú mamá le creó?

Yo creo que sí, ¡te imaginas un caballero escribiendo

do esas cosas a su amada!, retomando la literatura de *Salvador Novo*, aunque nunca he visto la reacción de mamá, pues en contadas ocasiones estoy en casa de ellos, desde que tengo uso de razón vivo con mis abuelos, no me gustaría vivir con mis papás, mis abuelos son de ensueño.

— Pues yo no le creo eso a tú papá, y ese *Salvador Novo* ¿Quién será?

— Un gran poeta. Me dijo.

— Yo pienso que él debería de escribir frente a tú mamá y no estar viendo a las mujeres guapas que pasan por la plaza, con quienes dice se inspira, y a tú mamá le dice que escribe pensando en ella.

— Eso dices porque seguramente no has leído los clásicos libros donde los caballeros le escriben a sus princesas. Bueno me tengo que ir, nos vemos mañana en la escuela.

— Adiós.

Me quedé pensando cuando se echó a correr, ¿Qué cuentos leerá Rosa Melia? He oído a mi madre decir otras cosas de sus papás, pero me gusta su fantasía.

## Cuando nos separamos

La vez que nos separamos, fue al término del ciclo escolar. Ese día nos tocó compartir las butacas de primera fila, estaban reservadas para los alumnos más destacados de cada grado, se entregaban diplomas y tres medallas de reconocimiento a los tres mejores alumnos por grado, primer lugar, segundo lugar, tercer lugar, medalla dorada, plateada, y de bronce que era la que más se parecía al metal.

Ella recibió el diploma del primer lugar de su grupo y una medalla dorada, que no era de oro. Yo por mi parte diploma de segundo lugar y una medalla plateada, que tampoco era de plata, pero que al menos no se le quitó el color en los años que la conservé, en cambio la de Rosa Melia se puso de color negro, cómo su propia vida. Eso me lo contó años más tarde. Después de la ceremonia le dije. Me despido, el próximo ciclo escolar estaré lejos de aquí, mis papás no me han dado explicación, porque no deben hacerlo, yo pasaba a tercer grado y Melita a segundo.

Por su parte me dijo, que sus papás habían emigrado a la frontera, a Tijuana, y ella permanecería bajo la tutoría de sus abuelos paternos.

— Adiós.

En realidad la despedida duró, lo que duraron las vacaciones largas de verano, por alguna razón mis papás cambiaron de opinión y regresamos nuevamente al pueblo, por lo tanto, continuaría en la misma escuela, la única del pueblo, para ese tiempo ya cada quien tenía sus amigos de aula. El tiempo que compartíamos era menos. Rosa Melía era la niña con quien todos querían jugar, además era la de las mejores calificaciones, participaba en todos los eventos culturales de la escuela. Nos unía una amistad, y coincidíamos ocasionalmente en la casa de un amigo mío compañero de salón, y primo de ella, sobre todo en los cumpleaños de ambos. La merienda se prolongaba por horas, después de la partida del pastel venía el baile, siempre me tocaba bailar con Melita, en corto tiempo rebasó mi estatura, además de ponerse frondosa, parecía que siempre bailaba sola, mi menudo cuerpo se perdía con la notoriedad del suyo. Los seis cumpleaños de mi amigo Juan Pedro que festejamos, en el primer cumpleaños no la recuerdo, Juan Pedro mi primer gran amigo que con el tiempo dejó de serlo, ¡esos festejos fueron inolvidables!

Suerte que nuestra separación duró muy poco, antes de que el verano terminara y que los árboles perdieran el intenso color verde, aún, cuando el otoño estaba próximo. Mis papás decidieron regresar. Eran tiempos difíciles para vivir en el rancho. Los militares no respetaban. Cualquier ciudadano que se encontraban en el camino, era blanco para aplicar las torturas. Tiempos en que los derechos humanos ni sus luces, no aparecían por aquellos lugares; con el paso del tiempo los estragos en los hombres en su mayoría campesinos de esta comunidad se manifestaron, los órganos más

afectados fueron sus pulmones por el tehuacanaso que les hacían inhalar, así como sus genitales, les introducían un alambre caliente por la uretra con tal de hacerlos hablar de lo que en realidad no sabían. Fue el tiempo en el que las faldas del cerro Zacanta se convirtieron en sembradíos de marihuana, vinieron a cultivar el enervante, gente que no era de la región. El miedo se apoderó de mí. Me aterrorizaba pasar cerca de los militares que cercaron todas las casas del rancho, el ganado estaba separado de la casa, razón por la que había que pasar por el camino acuartelado donde tenían a todos los campesinos, atados sobre la cerca de alambre de púas, frente a la casa del posible hombre que se dedicaba al cultivo ilícito. Allí, amordazados y con la mirada clavada en el suelo se veían débiles y tristes, la sangre les escurría por la nariz, las camisas de manta habían cambiado de color, los hombres ya llevaban dos días atados. Imágenes que mis ojos lograban capturar cuando mi mirada se desviaba. Me horrorizaba ser presa de los militares. Mi padre llegaba a casa por otro atajo con tal de no ser capturado. Pobres hombres, y ni tan siquiera podían ahuyentarse las moscas que mero-deaban la sangre, no entendía que razón era más fuerte para cuartar la libertad de los que trabajaban en el cultivo del maíz, y abastecían a la región. Con el paso del tiempo las secuelas de los golpes y las torturas se manifestaron, es muy común ver a esos hombres caminar con dificultad, algunos ya murieron de cáncer en los pulmones.

Esa fue la razón por la que mis papás decidieron regresar al pueblo. Suerte que ni a mi abuelo y ni a mi papá fueron objeto de torturas. La casa del abuelo se

convertía en un refugio de mujeres, se resguardaban, por alguna razón que nunca supe porque los militares no llegaban a nuestra casa, tampoco se hizo algún esculque como los hacían en el resto de las casas de los campesinos, queriendo encontrar lo que de antemano sabían que no iban a encontrar. Es por ello que antes de que el verano terminara ya estábamos de regreso. Hace un tiempo una amiga la doctora Jiménez con la que coincido todas las mañanas a tomar el café en la escuela de medicina de la UNAM, me prometió regalarme una obra extraordinaria. Te va gustar, me lo afirmó el día que me lo regaló. No me dijo más. Me entregó el libro envuelto en papel de china color blanco, después de tomar el café y despedirnos, lo primero que hice fue abrir el regalo, *un hombre, de Oralia Fallaci*, el título de esta novela me parecía muy atractivo, inmediatamente me planteé varias hipótesis de la novela. La doctora me dijo, cuando terminé de leerla la comentamos. La empecé con el mismo entusiasmo con el que inicio las obras de mis autores favoritos. Me bastó con leer algunas páginas para ubicar de que se trataba e iniciara una tortura, con todo ello hice un esfuerzo por continuar, inmediatamente volví a sentir lo mismo que cuando niño, cuando mi padre le platicaba a mi madre de las torturas que los militares habían sometido a los campesinos, volví a sentir lo caliente del alambre cuando se lo introducían por el conducto de la uretra a *Alekos Panagulis*, es la hora que no terminé de leer la novela, hay una resistencia en mí por no sentir la tortura, o la impotencia de no haber podido hacer algo por aquel grupo de campesinos que siguen bajo las secuelas de las brutales torturas. Sí bien, la obra narra las torturas

a las que fue sometido un luchador social, las torturas de los campesinos fueron similares, la diferencia es que ellos sólo se dedicaban a cultivar maíz. El tiempo en el que transcurren ambas, es en la misma década, la diferencia es que lo de *Alekos Panagulis* sucedía entre Italia y Grecia, y la de los campesinos al pie de las faldas del cerro Zacanta, cerca del puerto de Mazatlán. La narrativa de la novela es extraordinaria. Una historia que de una forma indirecta ya la había vivido. Atropellos, qué por supuesto, en estos tiempos siguen vigentes.

## Soy grande

Soy grande se dijo para sus adentros Toribio. Levantó el sombrero con su mano derecha y clavó su mirada en el claro azul del cielo correspondiente a unas de las trece tonalidades de éste, y ahí, encontró respuesta. Intentando sepultar el pasado, sintió en ese momento una energía que se interceptaba y lograba una transición, apareciendo de la nada una quietud espiritual, la que tanto había esperado. Frente al estante cristalino que le servía de espejo logró dibujar, además, en el que pudo observar lo más profundo de su ser. Alguien le robó su infancia. Una duda lo aquejaba desde entonces. Parecía que el miedo por fin salía. El hurto a su infancia la recuperaba. La cicatriz por fin parecía había encontrado la pomada perfecta para que su ser se restableciera, por fin lograba reír desde su alma. La culpa que le inyectaron a sus ocho años se esfumaba. Una culpa que no era su responsabilidad. Una carga que pesaba sobre su cuerpo como un concreto fundido sobre su espalda. Tenía miedo. Sí. Encontraba respuesta, algunas veces. Cuando aparecía alguna duda bastaba levantar su mirada al cielo, justo cuando lo hacía, el viento soplaba sobre su cabeza y se llevaba la tortura. Esto le permitía seguir cabalgando envuelto

en la nube de polvo que levantaba el caballo, era su guía para llegar a su destino. Dos puntos los que recorría todos los días, eran su límite, su territorio, es por ello que dudaba, no podía alejarse más, la duda saltaba al galope del caballo, y no le quedaba más que voltear constantemente al cielo para escuchar aquella vocecita. Eres grande. Después de treinta años, justo, cuando se comía una tajada de sandía fue que recordó el momento del abuso a su integridad. Recordó el suelo arenoso donde se cultiva esta fruta, escuchó nuevamente los amagos, dónde además, lo responsabilizaban aquel par de voraces hombres, fieras embrutecidas por el exceso de enervantes, el aroma de las chicuras también lo percibió, pero aquello era pasado, lo pudo comprobar. Finalmente pudo degustar la sandía, se había reconciliado con esta fruta, el color rojo seguía siendo su favorito, nunca lo asoció con el dolor de aquel día, el aroma de las chicuras ya podía olerlas sin rencor. Se dijo. Soy hombre igual que los demás.

Recordaba las interminables pláticas con Don Manuel cuando se topaban en el camino para bajar la colina, desde donde se veía la torre de la iglesia de Los Álamos, y después caer al llano para encontrarse con la presa de los palos blancos, y juntos, ver la quietud de los patos y garzas nadando. Las veloces codornices que salían de su nido al escuchar los ruidos, inevitable les resultaba no robarles sus huevos. Seguro estaba Toribio que nada más se percataban de que alguien había visto su nido y ya no regresaban, es por ello que prefería llevárselos para almorzárselos al día siguiente, en ese tiempo no le hacían tanto daño a la fauna silvestre, era abundante. De vez en cuando quería ser como las

codornices, irse por cualquier otro camino y nunca más regresar, quería ir tan veloz como ellas, correr con el pecho erguido, seguro, más no soberbio, con claridad como ellas, tan cuidadosas de sus críos, tan humanas, no tan animales como el hombre que dice ser humano sin conseguirlo. ¿Qué quería ser de grande? Quería tener dominio. Cuando lanzaba su mirada desde lo alto de la colina de san Miguel, se sentía grande, porque dominaba todo. Un efecto que lograba todos los días, pero a medida que descendía, ese dominio desaparecía, era sólo un efecto óptico, efímero, un momento ideal, donde no existe mundo ideal.

Manuel Buendía decía que quería ser guerrero, mientras su amigo Toribio que segurísimo él, sería constructor de grandes edificios, tan altos como la rumorosa. Sólo Toribio sabía lo que decía. Manuel lo escuchaba y lo entendió tiempo después. Tal vez Toribio quería sepultar el pasado en los cimientos de las construcciones, a esa edad, cuando me lo confesó, prometí guardar el secreto, le externé mi afecto y le dije que era hombre como todos, ni con Rosa Melia compartí el secreto, era un pacto de caballeros.

Ella quería ser matemática.

Juntos eran amigos.

## Reencuentro en la universidad

Nos gustaba comer en los Tres ríos frente a la Isla de Oraba. Perder nuestra mirada en las aguas del Río Culiacán conformado por las aguas del Río Tamazula y el Humaya. Cómo olvidar, la vez que decidí ir al Teatro, me habían recomendado la puesta en escena *“El jinete de la divina providencia”* Me dijeron está fantástica. Tienes que verla. No lo dudé y me escapé. Era justo hacerlo. Sonsaqué a Rosa Melia. Nos hacía falta un escape, la universidad absorbía todo nuestro tiempo, nos vimos frente a la Catedral y de allí nos fuimos caminando. Era tarde larga de verano, la función iniciaba justo cuando el sol se perdía en las aguas del Río Culiacán. El puente negro enmarcaba la puesta de sol, cuando sólo quedaba lo rojizo de los rayos sobre el agua, se encendían las antorchas que iluminaban toda la Isla, el escenario para la representación de la obra. Cuando estábamos próximos a llegar al embarcadero, pasaron muy cerca de nosotros unos jóvenes en una camioneta a toda velocidad, y abrieron fuego, o quizá tenían ganas de disparar hacia el horizonte, para ellos era un juego, claro, lo primero que pensé, es que los disparos eran para nosotros. Inmediatamente nos tiramos sobre el suelo. Ellos continuaron a la misma velocidad sobre el male-

cón rumbo al puente negro. ¿Qué habrán pensado? No lo se. Cuando ya se habían alejado, nos tomamos de la mano para alentarnos, y levantarnos al mismo tiempo. Los ojos de ambos recorrían el cuerpo del otro, hasta que nuestras miradas se interceptaron y así permanecieron fijas unos segundos. Después, exclamamos. ¡No nos pasó nada! - Vámonos.

Nos echamos a correr, atravesamos el malecón que lucía desolado y nos perdimos entre las callejuelas del centro histórico. Llegamos a la catedral, y nos refugiarnos en ésta, nos afloró nuestro espíritu religioso que constantemente se nos perdía, y clásico, ante un aprieto como éste, nos olvidamos en ese momento de que éramos ateos. La misa estaba por terminar. Di gracias y pedí por todos. Fue lo único que se me ocurrió, lo mismo que seguramente hizo Rosa Melia. Después de hacer las oraciones pertinentes, nos despedimos sin decir más. Nos vemos mañana. Cada quien tomó su camión de regreso a casa.

Cuando llegué a casa de mi hermana Malena, no le dije nada, a la fecha nunca lo supo, sólo me preguntó. - ¿Por qué tan pronto? La función se suspendió, le respondí. Si le confesaba la verdad, seguro estaba que me iba a decir. Te lo advertí. No es recomendable andar por el malecón, y menos cuando la noche cae.

Quería conocer la percepción de este personaje, bajo la creación de *Óscar Liera*, en estos tiempos tan adorado por un grupo de la sociedad y mal interpretado por otro, desvirtuando el espíritu del célebre personaje que nada tiene que ver con su convicción, desde el punto de vista de quién. Qué importa. Malverde es más que un santo porque hace milagros.

Con el tiempo me atrajo la obra de *Liera*, leí una y otra vez *El jinete de la divina providencia*. En una ocasión después de que egresé de la universidad cuando hacía un postgrado en la Ciudad de México, una autoridad de cultura, originario de Cosalá Sinaloa, ahora, pueblo Mágico de México, me dijo, paisano propón una semana cultural que tenga que ver con nuestro estado. Cuente con ello mañana por la tarde. Al otro día a las 19:00 horas era la cita. Llegamos una amiga y yo con toda la programación para una semana, le llamó la atención al paisano el homenaje a la obra de *Óscar Liera*. Inmediatamente me preguntó. ¿Y vendrá Liera paisano? Me quedé pasmado, no sabía que hacer, si reír o utilizar la ironía como una forma de escape para no hacerlo sentir tan mal, porque el entusiasmo por traer a Liera era evidente por parte del paisano. Miré a mi amiga, encogí los hombros y le dije. Lo que podemos traer es la lápida original, si es que sus familiares nos lo permiten. El paisano no supo que decir. El silencio la mejor respuesta. Una gran decepción resultó para mí, no sólo por eso, si no por el sin fin de barbaridades que constantemente decía en el poco tiempo que lo traté. Ocasionalmente me lo encuentro deambulando, me mira y me dice. Oye paisano, por allí han montado una obra de *Liera*. He interpretado lo que él me quiere decir, ya conoce la vida y obra de *Liera*.

Bien por él.

Por mi parte que privilegio haber estado un corto tiempo en su taller de teatro con éste célebre dramaturgo. Posterior a su muerte, y con la inquietud de seguir tomando clases de teatro, tuve a bien inscribirme en la escuela de teatro de la DIFOCUR en Culiacán, al-

guien me advirtió que el director de la compañía era de una corriente opuesta a la de Óscar Liera, que evitara mencionarlo para que así fuera más fácil mi aceptación en el grupo, y así lo hice. Me recordó a lo que había vivido no hacía mucho tiempo cuando al salir de la preparatoria, hice un examen de admisión para la Universidad Autónoma de Guadalajara, cuando fui a la entrevista para ver si podía ser candidato a una beca, un amigo egresado de la universidad me dijo, ten mucho cuidado cuando te pregunten a que héroes nacionales admiras, no se te ocurra decir que admiras a Benito Juárez, porque jamás serás aceptado, puedes decir que admiras a Miguel Hidalgo, José María Morelos o al padre Maciel, quién actualmente se ha vuelto innombrable en una Universidad que él mismo fundó . En ese momento no entendí porque tenía que reprimir mi admiración por el autor de la frase *el respeto al derecho ajeno es la paz*, quién siempre figuraba cómo ejemplar durante mi formación en las escuelas públicas, hasta ése momento. Tiempo después lo entendí. Pero volviendo a lo del paisano inquieto por hacer una semana cultural sin saber a quienes convocar. Me dije, en manos de quien estamos, y lo peor, alguien que dice ser doctor, admito que una persona ajena a la cultura desconozca quién es Óscar Liera, pero él, ¡claro! tiempo más tarde supe que no se trataba de un doctor, doctorado en alguna especialidad, y que este hombre era un médico partero, fue el tiempo en que la institución encargada del quehacer cultural se llenó de doctores, que no eran otra cosa que médicos, aquello en realidad parecía una clínica, y los títulos de doctores parecía que elevaban el nivel de la institución, pero no era así. Sentí

pena con mi amiga que me acompañaba, pues muy entusiasmada aceptó la invitación. Le pedí una disculpa en nombre de toda la institución. En otra ocasión me tocó ser anfitrión de una semana cultural allá en Sinaloa, nuestro gran invitado era un alto funcionario de la secretaría de educación pública, muy involucrado aparentemente con difusión cultural, concretamente con los libros, preparamos todo con el fin de dar lo mejor de nosotros, clásico que pasa, cuando a la provincia va alguien de la capital, después del acto de inauguración y todo el acto protocolario preparamos una cena para agasajar a nuestro invitado, y así, mostrarle la cocina sinaloense, contratamos un cuarteto de cuerdas que interpretaría música de la región. Al informarle al funcionario que cuando él decidiera, lo trasladaríamos a la recepción. Me dijo. A mí llévenme a ver nalgas. Lo dijo muy determinante. Se dirigió a su asistente quien lo acompañó hacia el exterior. Me preocupé, pues quería creer que se trataba de una broma, pero al cabo de unos minutos pude corroborar que era cierto lo dicho por el funcionario. Le informé a mi jefe, le asignó un chofer para que lo llevaran a ver lo que era su deseo. Nalgas y chichis. Me quedé con la fiesta preparada, los ganones fueron los que trabajaron para el evento. La recepción se ofreció para ellos. Bien hecho, casi siempre terminan comiendo escondidos por los rincones, esta vez el servicio fue sólo para ellos, muy sorprendidos lo aceptaron, haciéndoles creer que era un estímulo a su trabajo, sin saber jamás que alguien había despreciado las delicias de la gastronomía sinaloense. Prefirió las delicias de nuestras mujeres. Muy bien documentado venía sobre las actividades de algunos centros de entretenimiento masculino, el lujurioso funcionario.

## Un hombre para ella

La vez que fui a tomar el café. Argumentando que Rosa Melia llegaría.

¿Para que me habrá invitado un café? Si después de traerlo se va. No entiendo.

Me quedé pensando, para que regresé al mismo lugar donde unos minutos antes había estado, cuando me retiré, seguro estaba de no regresar.

Era lunes...

La tarde estaba bella y tranquila, pero era yo quien estaba inquieto, fue por ello que decidí retirarme en busca de quietud.

Cuando emprendí la huída tomé la calle de los almendros y empecé a caminar. El aire que soplaba me despojaba de mi tristeza, era un aire alentador. Me dedique a observar todo mientras mis pasos me guiaban mecánicamente como un autómata. Era hora de regresar. Aún no oscurecía, era el pardear. La tarde caía.

De pronto en una calle no muy transitada, mi mirada se perdió en un auto que pasó a gran velocidad, pude ver el perfil del conductor e inmediatamente hice un *flash back*, me percaté que era el hombre de los ojos azules con quien de vez en cuando coincido en el café, fue entonces que decidí regresar al café. Tomé un

taxi para llegar más rápido, cuando llegué de nuevo, el hombre hacía fila y yo atrás de él, inmediatamente se percató de mi presencia espontánea. Me saludó efusivamente. Pidió un café americano, y yo, una agua embotellada, para saciar mi sed, después salimos a la terraza estaba llena, descubrió unas sillas y las tomamos, apenas si nos sentamos y ya se había terminado su café, me preguntó si sólo tomaría agua, e insistió que me invitaba un café, dejó su libro sobre la silla y fue por los cafés. Ya me había percatado que tomaba el café muy rápido. Cuando regresó, me dijo -Te dejo voy a darle a lectura.

— ¿Qué habrá pensado? Por qué yo si pensé mucho, después de que se fue. Antes de ir por los cafés se veía con ganas de charlar, lo vi muy animado, entonces, para que me habrá invitado un café si no lo iba a tomar conmigo, digo, necesidad de que me lo comprara pues no, al menos parece un hombre maduro, y bueno yo no ando por los cafés haber quien me invita, casi siempre trato de tomar el café solo, prefiero mis monólogos internos o soliloquios. Cuando al fin me había despojado de la tristeza de la tarde, el hombre me dejaba un vacío, y muchas preguntas sin respuestas, hasta ofendido me sentí. ¿Por qué se habrá ido? Me seguía preguntando, estoy seguro que algo lo llevó a retirarse, cuando amablemente me invitó el café e interrumpió la charla parecía que la continuaríamos, pero no, sólo me dio el café y se fue, argumentando que iba a leer. Pienso que le dio miedo, según yo, en el inter que hizo la fila vio a alguien, y seguramente lo llevó a cambiar de momento, hasta los que siempre toman el café todas las tardes y me conocen, se dieron cuenta, traté de ha-

cerme pequeño sin conseguirlo, parecía que hacía más evidente y grande el momento. ¿Qué lo habrá hecho cambiar de lugar? Cómo no cae una bruma espontánea de media noche parecida a la de San Cristóbal de las Casas para que cubra la terraza, y así, salir sin que nadie lo note, pero era imposible, la tarde era transparente.

Lo bueno de lo que quedaba de la tarde era el aire de otoño que soplabá, provocando un gran fresco, limpiando mi cuerpo, y poco a poco mí alma se equilibraba y se integraba a la armonía del espacio. La noche cayó y aproveché su cobijo. Perdí mi rostro entre el humo y el sabor del café, que no me sabía a café, entre sorbo y sorbo, seguía muy metido en mis adentros, jamás quise dirigir la mirada hacia donde Antonio arrastró la silla. Si, me dijo soy Antonio, después de tanto tiempo nos presentamos, aún cuando nunca lo miré sabía perfectamente dónde estaba, me bastó seguirlo con el oído. Te dejo voy a darle a la lectura balbuceo, fue en ese momento que ya no me parecieron sus ojos transparentes, ya ni el café me terminé, y ni ganas de tomármelo tenía, hacía cómo que tomaba, pero me sabía a café de utilería para televisión después de la décima toma, haces cómo que sabe café caliente, pero en realidad sabe a rayos, aún cuando éste todavía estaba caliente no me sabía a café placentero, ese que todas las tardes tomo para hacer el amor, hacía cómo que tomaba por si alguien me miraba, traté de sacar mis dotes de histrión, clásico, cuando te sucede algo así, te cuestionas. ¿Y que tal que alguien se dio cuenta? Lo más seguro es que nadie se percató, pero era mi incomodidad, tal vez, la que me delataba, sin verlo sentía cuando él me dirigía la mirada. Todo un conflicto me causó, donde lo

más seguro, el único que sabía, era yo, pero me seguía cuestionando.

Seguramente también él se reclamaba, debí haberme quedado a tomar el café con el cuenta cuentos. Después de una hora, mi café seguía igual, es el café que más me ha rendido, por más que le tomaba seguía igual, decidí retirarme, eran ya las ocho de la noche, sin voltear a ver a nadie, deposité el café en el bote de la basura. Cansado de esperar a Rosa Melia, esa tarde no llegó. Yo sabía que no llegaría. Seguramente el hombre de los ojos azules se dio cuenta de que Rosa Melia no llegaría, porque cuando estuvo de vacaciones Rosa Melia todas las tardes íbamos al café y lo veía con ganas de acercarse a nosotros, igual y le interesa, claro, al que conoce de tiempo es a mí, aunque sólo hemos intercambiado saludos cordiales. Los ojos azules con verde no se llevan. Rosa Melia ya está muy arisca de los hombres, piensa encontrar uno, creo que éste, no es el ideal. Dos semanas antes había charlado toda una tarde con Antonio y esta vez parecía que sucedería lo mismo, pero no fue así. Tarde se me hacía para llamarle a Rosa Melia, sabía la respuesta. A los chilangos nunca terminas por conocerlos.

Estoy seguro que los clientes asiduos pensaron que me tomé el café, a lo lejos vi que me seguían con sus miradas. Levante mi mano derecha y me despedí de todos. Dirigí mi mirada a hacia el horizonte, tomé mi brújula, me concentré y me empecé a crecer. Tomé el rumbo de siempre, con pasos agigantados, emprendí la huida por segunda vez. Seguro de no regresar esta noche. Aunque me encontrara otro hallazgo en el camino. La huida sería interpretando el mejor papel de mi vida actoral, con seguridad, y expresando al animal

con temple. Con pasos bien calculados atravesé la calle y tomé el callejón de enfrente, preferí perderme por ahí, estaba un poco oscuro y así volverme invisible, mi tren de pensamiento era constante, pero mi rostro era de engaño hacia los demás, caminé como nunca lo hago, lo que hacía llamar más la atención, sentía las miradas que se estrellaban como rayos del sol de mayo en el desierto. No quise volver a mirar a nadie, todo esto era provocado por los ojos azules mentirosos del hombre, y no de buen sabor como el agua zarca, mi percepción en ese momento era diferente a la de unos minutos, aunque eran del mismo dueño, mismo lugar, la atmósfera del día era parecida a la de dos semanas, cuando por fin se rompió el hielo y después de cuatro años de frecuentar el mismo lugar, por fin conversábamos como dos grandes amigos, me contó parte de su vida monótona en un momento en el que el tiempo se perdió, y yo me perdí en su historia. De mi vida hay poco que contar tengo dos años separado, mi vida es monótona, vendo muebles para oficina, más bien soy distribuidor de varias marcas, y por ahora sólo pienso en regresar a Paris, aunque también a Brujas, Bélgica, el pueblo me embrujó, pero me gusta más pensar en Paris. Te digo mi vida es aburrida. Soy de la ciudad de México y estoy de trabajo por acá, antes de llegar a casa llego de paso al café. ¿Y tú que haces? -Pues a mí me gusta moverme seguido de lugar, algunas veces vengo aquí y otras veces voy a otro lugar, según mi estado de ánimo es el lugar que elijo para cada tarde, con frecuencia selecciono éste, la esquina me gusta mucho por que convergen varias calles. Lo he llamado el café del río, imagino al río al lado

— Tienes razón, pues no lo había pensado así, tienes mucha imaginación. ¿Qué le ponen a tú café?

— Lo mismo que al tuyo, le respondí.

Sí. Me quedé muy desconcertado cuando sólo me dio el café y se fue, el café para mi es orgásmico, pero el café de esta tarde me ha causado una gran frigidez, me empecé a preocupar y echarle la culpa al hombre de los ojos azules, más no transparentes. Ojalá llegue Rosa Melia, me dije. Seguro de que esto no sucedería, Rosa Melia estaba a cientos de Kilómetros. Sólo el teléfono podía acortar la distancia, le llamaré en cuanto este en casa, seguro me dirá es un chilango, también los hombres de ojos azules mienten, dímelo a mí, que toda una vida me han engañado.

Cuando llegué a casa le llamé, levantó el auricular y me dijo pensaba en ti, en otros tiempos no hubiera contestado con mi delirio de persecución que aún no logro superar. Pero dime. ¿Qué me cuentas? ¿Cómo va todo?

— Pues va.

— No se te escucha muy convencido, afirmó.

Le conté lo sucedido, y soltó una carcajada. Amigo no se olvide que los hombres de ojos azules, de barba bien recortada, apariencia impecable y aromas finas, también mienten.

Pues éste, sólo en apariencia parecía bien, y también resultó un farsante, me recordó a su primo, el político, que se daba golpes de pecho, y estaba en contra de los condones, y terminó con la actriz rubia de los ojos azules, modosita y mosca muerte a la que el papel de aventurera le quedó pequeño, bien dicen, la fantasía supera la realidad, en su delirio por ser primera

dama se fue con todo, sin importarle los valores que tanto promulgan, porque su príncipe se decía el político perfecto para el siglo XXI, y también resultó ser un mentiroso. Como dices tú, también los perfumados resultaron ser chapuceros, aunque los deberías llamar por su nombre. Corruptos.

— Hoy no quiero hablar de política asistí, necesito encontrar respuesta a ese momento abrupto.

— Bueno te lo digo porque con la descripción, lo imaginé muy parecido al político, no se porque me recordó a él, pues son primos hermanos, pero la realidad es otra, ya conociéndolo de cerca mi concepto hacia él cambió. Prometo mejor no presentártelo.

## Mi primer domingo en Valle de Bravo

Un domingo lejos...

Los fines de semana en Valle de Bravo son de fiesta, dijeron los franceses el viernes por la mañana que desayunaban y coincidíamos en la cocina. Ellos, vivían en la habitación de al lado. Seguramente advirtieron un dejo de tristeza en mi mirada y una ligera nostalgia, como diciendo, es viernes amigo y esto apenas empieza. Y así fue. Disfruté del viernes por la tarde noche en Valle de Bravo. Tomé mi café y conversé conmigo, me dije debo estar tranquilo, nada de extrañar, recuerda que no te gusta extrañar. Y es verdad, siempre me he dicho que no es bueno extrañar, es mejor si uno tiene ganas de ver a un amigo pues tratar de verlo o llamarlo, a un familiar lo mismo, si vienen las ganas por comer algo, lo mejor es comer, o el deseo por visitar algún sitio lo mejor es visitarlo. El deseo sexual también se puede resolver para no extrañar. Suerte la mía de lo que más me daban ganas, era de hablar con mi familia, y cuando eso me sucedía, les llamaba por teléfono. Pasó el viernes. El sábado me dediqué a caminar por la plaza, a escuchar a todos los que vienen y hacen la fiesta en Valle.

El domingo hice lo mismo, los jardines lucían más llenos, por la tarde me dediqué a ver el espectáculo de los cuatro mimos, para la cuarta función la noche había caído; después me fui al atrio de la iglesia donde estaba un trovador que más tarde se hizo famoso y dejó de dar recitales, después de escuchar al trovador fui al café, pedí mi capuchino, el café americano me parecía intragable de lo ácido, y mi dona de nuez, estuve un rato hasta que decidí regresar a casa, los visitantes empezaban a hacer lo mismo, camino a casa volví a pasar por el jardín de la plaza, tomé la calle principal *Joaquín Arcadio Pagaza* que remata en el lago, me dieron ganas de pasar a saludar a mis amigas las cantantes, pero me pareció poco prudente hacerlo, no me había anunciado.

Me seguí de largo di vuelta en el callejón del chorro, la calle estaba oscura, me encontraba a cuadra y media de la casona vieja donde vivía, pasando el abarrote de Don Eliseo que está en la mera esquina, justo donde inicia la calle, me atravesé para caminar por la acera de enfrente, poco antes de llegar a la calle Rincón de San Vicente empecé a ver que el camión tipo torton de redilas color azul rey, que estaba estacionado al lado de la casona vieja, tenía un ligero movimiento. Fijé mi mirada en el camión, y el movimiento seguía; por un momento pensé que estaría temblando, voltee a ver a mi alrededor y todo estaba estático, fue justo cuando atravesé la calle clavé mi mirada y en el claroscuro de entre la pared de la casa contigua donde vivía, y el camión que se encontraba casi pegado a ésta, poco a poco fui descubriendo el origen del movimiento del camión azul de redilas, en ese pequeño as de luz del espacio entre la pared y el camión estaba un joven en la edad de bron-

ce, y sobre él, una mujer montada que a la vez era la que originaba el movimiento, pues el joven sólo apoyaba un poco el impulso de la mujer tomándola por los costados a la altura del busto, en realidad era lo único que se veía, la falda amplia de la mujer no permitía ver más, pero si advertir lo que ellos hacían. Me quedé un poco sorprendido y decidí caminar por la acera de enfrente para no interrumpir.

Llegué a casa, y me fui directo a mi cuarto, abrí la ventana, y los jóvenes seguían haciendo lo suyo, se encontraban a punto de llegar a la felicidad. La mujer se encontraba con sus brazos extendidos tomando impulso de uno de los tubos del camión, haciendo un movimiento de sube y baja cada vez más rápido, los rizos de la mujer se movía a la misma velocidad de la agitación de ambos. De pronto el movimiento dejó de serlo, para terminar fundiéndose en un abrazo, donde ella estaba atada a él con sus piernas entrelazadas, y suspendidas al cuerpo del joven, poco a poco descendió. Y el camión azul rey de redilas dejó de moverse. Esa escena logró inquietarme. Qué erótica es la calle Rincón de San Vicente o del amor, mientras, perdí la mirada en la bahía del lago, me dije. Suerte que no vinieron las ganas de hacer lo mismo, porque tal vez hubiera sido la primera vez en extrañar algo. Algo más para contarle a Rosa Melia.

## Las riquezas de Valle de Bravo

Extrañaba a Rosa Melia mi gran cómplice para muchas cosas. A poco tiempo de llegar a la ciudad de México, conocí a una mujer en Valle de Bravo integrada a las obras de arte en una galería sobre la calle *Joaquín Arcadio Pagaza* en el corazón del centro histórico de Valle de Bravo con vista a la bahía, a partir de ese momento no imagino el otoño, ni la luna de octubre, por lo menos un día perderme entre las calles de este lugar con la ilusionista de mis sueños de este pintoresco lugar, caminar por la calle principal ¡la calle más bella y representativa del lugar!, con la elegancia al caminar de esta mujer, cualquier hombre se puede perder al igual que la luna de octubre si contigo va. Qué bien que caminando la encontré cómo se encuentran las obras de arte, toda ella es inspiración, el destino estaba allí entre los mapas y los globos terráqueos que flotaban sobre la atmósfera de la galería al igual que la vía láctea o las estrellas que se encontraban suspendidas en la bóveda celeste, una sirena te invitaba a cruzar el océano que dividía al espacio, para impregnarte con lo que los planetas tenían para el visitante, bien hice en atravesar el océano, el color que predominaba en las paredes de la galería era un azul intenso, más bien azul *Frida Khalo*,

el piso era de cerámica pintada a mano con figuras de ángeles envueltos en alas azules, simbolizando el mar, el aire contagiado por la atmósfera del arte, bastaba utilizar la brújula que te orientaba para seguir el destino de las obras que estaban colgadas en las blancas paredes, que en sí, lucían cómo lienzos o como un gran mural, en los entrepaños próximos al mostrador donde se encontraba la mujer de arte envuelta casi siempre en chalinas de seda, perfeccionando el destino de su cabello que lo acomodaba con lo suave de sus manos, podías encontrar pequeñas esculturas, libretas hechas a mano, libros, discos de música, y películas de arte, a la entrada de la tienda se encontraba un perchero forjado o fundido en hierro en forma de árbol invernal, integrado al contexto orgánico de esa parte de la tienda, donde se encontraban algunas prendas de seda traídas del lejano oriente, al lado de éste había una serie de baúles pintados a mano por diferentes artistas, y en el interior encontrabas una gran variedad de objetos *art noveou* o botellas de colección de diferentes colores predominando las de color ámbar y las azules, algunas horneadas adquiriendo el vidrio formas caprichosas, como esculturas contemporáneas. El aroma de las velas era excitante. Al centro de la tienda había una mesa rectangular de hierro, la plataforma de la mesa era de cristal biselado y sobre esta se exhibían mapas antiguos del planeta tierra, las constelaciones, así como de todos los planetas sin faltar las del satélite natural, los de la luna en todas sus fases, éstos los podías consultar, además de estar a la venta. Allí envuelta en sus chalinas de seda, perfeccionando el destino de su cabello aprovechando el hálito del viento que llega-

ba a ella, encontrabas el rumbo de la vida, mirando los ojos expresivos de la mujer del buen hablar o la mujer de arte que te orientaba. La calle principal tuvo vida, cuando los molinos de viento existieron.

Una vez que descubrí éste lugar jamás pude alejarme, cualquier pretexto era bueno para hacer una visita de fin de semana hasta que me hice de la amistad de la mujer de arte, me dijo que la unía un sentimiento muy especial al puerto de Mazatlán al que visitaba en verano porque le encantaba el calor, disfrutaba perderse en la arena dorada de las playas lejanas de la afluencia turística, le permitía entrar en contacto directo con las bellezas naturales del lugar, logrando desconectarse de lo agitado de la vida, recuperando con ello su espíritu creativo para el resto del año, además, de su gusto por hacer recorridos alrededor de los pueblos cercanos los aprovechaba para buscar obras de arte para su galería, me encanta tomar una cerveza mientras veo la puesta de sol frente al mar, y después, caminar sobre el malecón hasta llegar al pie del faro, para de ahí caminar por las calles y perderme en el centro histórico de este bello puerto, me gusta la plazuela Machado, mi hermano vive casi enfrente de ésta, me dijo.

Los domingos era el día que los molinos de viento estaba cerrada, le pregunté a la mujer y me dijo que era el día que se dedicaba a ella y a su crío. Qué tristeza me privaba del ensueño, pero no de trazar un día imaginario, Yo solo dentro de la galería me dio la oportunidad de abrir la galería los domingos, ella encantada aceptó, claro en un diálogo imaginario, pues los domingos era un día que Valle de Bravo era muy visitado, me entregó las llaves y me dijo abre a la hora que tú decidas igual

cierras a la hora que decidas, pronto me gané la confianza y amistad de esta mujer, así empecé a abrir la tienda los domingos por mero gusto de estar inmerso en un espacio rodeado de arte. El primer día que tuve la tienda para mi solo empecé a observar detalladamente todo lo que allí había, predominaban los grabados, tintas, óleos, acuarelas, de artistas nacionales e internacionales. Me pasaba las horas observando los cuadros, para después viajar a través de los mapamundis, o los globos terráqueos, localizar lugares que algunas veces ni enterado de que existieran, era mi mejor terapia, al lado del mostrador había un globo terráqueo antiguo que servía además de lámpara, era una belleza esperar a que cayera la noche para encenderlo, además los que se encontraban suspendidos del techo también tenían luz, así es que por la noche esto parecía una verdadera bóveda celeste. Con frecuencia los sábados que visitaba Valle pasaba por la acera de enfrente y veía que la mujer de los molinos de viento estaba muy atareada, prefería no interrumpirla me conformaba con verla a lo lejos sobre todo cuando ya encendido el globo terráqueo que tenía al lado, la iluminación que se proyectaba sobre su cara era muy cinematográfico parecía que siempre estaba escribiendo pensamientos, por que además se conversaba muy rico con ella, siempre había filas con cualquier pretexto, la gente se introducía a la galería y mínimo se llevaban una buena charla, sobre todo el género masculino, así es que encontré un buen espacio para que no me atrapara la melancolía. Me volví creativo, el lugar invitaba a crear, lo primero que empecé a hacer fueron cajas de cartón que servían cómo estuches para regalos, con botones en forma de

lunas, globos terráqueos, estrellas, soles pintados a mano, algunas veces después de cerrar me invitaba a su casa que era otra galería, mi lugar favorito era la cocina, tenía unas sillas artesanales tejidas por artesanos de Matatán, El Rosario, Sinaloa, en unas de las visitas a Mazatlán fui a la sierra y me compré cuatro sillas en que me vi para que me subieran a la tranvía me dijo, para hacerlas llegar hasta acá fue toda una aventura. Sí, me encantaban esas sillas le dije, de niño en casa de mi Abuelo materno había muchas de esas, así es que cenar o comer allí era una delicia, como ponía la mesa era todo un arte al igual que lo que preparaba para comer, es algo que sigo disfrutando cada que la visito, cada día las invitaciones son menos, pero el recuerdo será para siempre, cuando aquella tarde descubrí frente a la bahía, los molinos de viento.

## El cautiverio de Rosa Melia

Quién diría, tiempo después, en lo se convertiría el hombre que sedujo a Rosa Melia y la mantuvo “atada sobre las olas”, sí, sobre las olas de violencia que día a día vivió. Cuando lo conoció no imaginó que atrás de las letras de la música que interpretaba, tenía ambiciones por cumplir, a como diera lugar; un día que asistió con sus amigos a un baile del día del estudiante, el hombre le echó el ojo sin que ella se diera cuenta, en una de las tantas vueltas que se dio por la pista de baile al ritmo de la tambora, cada que pasaba cerca de él. Seguramente pensó. Esta paloma se la comerá este gavilán, además, de resultarle de lo más sencillo.

Rosa Melia prácticamente iniciaba la universidad y desde el primer día que entró a la universidad conoció al hombre del que tiempo más tarde se convertiría en su hombre ideal, un amor que fue creciendo en el silencio de ella misma, trató de ocultarlo aunque era evidente, conmigo siempre fue honesta. Me confesó que le atraía. Lo tienes que conocer, nos llevamos súper, pasamos tardes juntos y cuando estoy con él, quiero que nunca termine el día, cuando vamos a la biblioteca si estoy cerca de él, todo lo comprendo más rápido, llego a la universidad, y es mi sol, no estoy segura si un

día se fijará en mí, pero creo que no le soy indiferente. Eso me decía cada que nos veíamos.

El amor que sentía por Fermín fue creciendo, la única que se hizo daño fue ella, porque tuvo que enterrar todos sus deseos en lo más profundo de su propio espíritu. Una vez me dijo que se habían escapado a la playa de Altata allá por Navolato, ¡Qué bello día me he pasado! Me la pasé increíble contemplándolo, me encantó cuando se quitó su camiseta y descubrí su abdomen, sólo me faltó recostarme sobre éste, cuando se metió al mar se empapó su short y éste se untó a su cuerpo, era una seducción indescriptible, quería que el día no terminara, era la mejor fuga que había echo en mi vida; el mar para nosotros solos, al igual que Fer, pasamos todo el día juntos. Me contó un poco de su familia, que desde muy pequeño vive con su abuela materna, me dijo que tenía un hermano en Estados Unidos, y en unos días vendría a Sinaloa.

Ví perder el día todavía con luz dorada sobre las olas del mar, mientras la brisa salpicaba mi piel al descubierta. No me contuve. Lo tomé de la mano y empezamos a caminar sobre la arena dorada, poco antes de llegar al muelle le robé un beso, fue un beso bello, sin malicia, y el más sincero de mi parte, por su parte, me correspondió, la única vez que tuvimos un acercamiento tan próximo, donde pude sentir su cuerpo rozando y restregándose al mío. El día terminó, y con el paso del tiempo esto sólo fue un recuerdo entre mis sueños.

Al día siguiente en la universidad como si nada hubiera pasado, era obvio que yo estaba feliz, además, me albergaba una esperanza, hasta ese momento él no

tenía novia, y tampoco hablaba de alguien con posibilidades, por lo tanto, yo seguí más cerca de él.

Pasaron los días y una mañana cuando ambos llegamos al mismo tiempo a la entrada de la universidad, me comentó. Mi hermano llegó ayer, le he hablado mucho de ti, y me ha pedido que te invite al rancho. Perfecto le dije, será un gusto conocerlo y de paso visitar el rancho del que tanto me has hablado. El sábado nos vemos, paso por ti.

Llegó puntual, ya lo esperaba. Me subí al auto. Él me inundaba de alegría, logré olvidarme de todo lo agobiada que vivía en casa, mis constantes enfrentamientos con mi madre a la que tenía poco tiempo de conocer, en realidad la conocí en mi adolescencia, y seguramente, a ella le pasó lo mismo. Mis principios, las reglas de la vida, las aprendí de mis abuelos paternos con quien viví mi infancia y la mitad de mi adolescencia. ¡Qué tiempos! Salimos de la ciudad para tomar la carretera que nos llevaría al rancho de la abuela. Cuando llegamos, la abuela y su hermano ya lo esperaban, tan pronto bajamos del auto me presentó como Rosa Melia, nunca dijo mi amiga, lo cual me gustó, tampoco dijo mi novia, me albergaba la esperanza que su familia pensara que podía ser una candidata. La abuela nos invitó a pasar a su casa ya tenía el almuerzo preparado. La casa era una casona antigua parecida al casco de una hacienda con un enorme jardín frontal, y por la parte posterior daba a un huerto, desde los corredores podías deleitarte con esta panorámica, o echar la siesta en las hamacas. Después de almorzar, Fermín propuso que fuéramos a los corredores, la abuela se quedó con las muchachas que la ayudaban en las labores domés-

ticas, caminamos los tres siguiendo a Fermín el más familiarizado con la casa, platicamos un poco, Fermín decidió alejarse de nosotros y dejarnos solos a Alejandro su hermano, y a mí, después de un rato Alejandro me invitó a caminar por el huerto, invitamos a Fermín pero dijo que nos alcanzaba más tarde, quería leer, eso argumentó. Alejandro de lo más agradable, llevaba varios años viviendo en Los Estados Unidos con la familia de su papá, desde que su madre murió él decidió irse a vivir con la familia paterna a la que casi no conocía, su madre murió cuando ellos eran muy pequeños. Fermín decidió quedarse en México. Caminamos y caminamos, comimos tomates rojos que había en abundancia, no se porque me siguen los tomates, nos sentamos frente al canal de riego, me dijo que tenía unos ojos bellísimos y de una mirada transparente, ya te conocía a través de la fotos que me envía mi hermano. De verdad, le dije, Fer nunca me comentó, hace muy poco tiempo me contó de ti, me dijo que pronto vendrías. Te gustaría ir a vivir a Los Estados Unidos, me preguntó. Pues nunca lo he contemplado. Después de platicar un rato, caminar, correr y cansarnos de que Fermín nunca nos alcanzó, decidimos regresar; en el camino Alejandro me tomó la mano, se interpuso en la vereda y de frente, mirando fijamente me dijo. Me gustas mucho. Me quedé perpleja, le dije, pero apenas me conoces. Ya te conocía desde antes. Sí, pero yo a ti no.

En ése momento me quedé confundida, me cuestioné, que seguramente a Fermín le gustaba yo para su hermano. El resto del día ya no pude concentrarme, estaba en el lugar pero tampoco estaba, y a Fermín no me atrevía a decirle las intenciones de Alejandro.

Regresamos a la casa y Fermín seguía leyendo en las hamacas, cuando se percató de nuestra presencia, nos preguntó, cómo les fue. Bien contesté, en un tono serio. Muy agradable caminata, deseo descansar un poco, me tiré en una hamaca, hasta que vinieron avisarnos que la comida ya estaba servida. Después de comer, lo único que quería era irme de este lugar, Fermín nunca me preguntó nada, ni yo le comenté.

Después de de comer y platicar un poco con la abuela, Alejandro le dijo a Fermín que yo era muy agradable, a lo que correspondí con una sonrisa y dándole las gracias, para mí era un gusto conocerlo y ojala pronto coincidiéramos en otro lugar, le pedí a Fermín que ya era hora de regresar, me dijo que estaba bien, me despedí de la abuela y de Alejandro, Fermín hizo lo mismo.

En el camino casi no hablamos, me preguntó porque tan seria, le dije que venía muy relajada, disfrutando del camino, el sol me había agotado, pero que estaba muy bien, en realidad sentía un hoyo en el estómago, también había encontrado una respuesta a un amor que no sería, ese día descubrí, que de lo que estaba enamorada, era algo que sólo existía dentro de mí. La mente me dominaba.

Pasaron los días y evitaba encontrármelo, por su parte él hacía lo mismo porque no se diera un encuentro en la universidad, en la clase que tomábamos juntos cuando yo llegaba, él ya estaba, por suerte nos tocaban lugares retirados, al final de la clase hacía tiempo con mis compañeras para evitar un encuentro o al menos haber si él tomaba la iniciativa, pero no sucedió, después de una semana cuando me lo encontré en la biblioteca, me dijo efusivamente.

— -Hola, te manda saludar Alejandro, creo que le gustaste. Sólo sonreí, salúdame de mi parte, y así, pasaron los días evitando tener encuentros. Entré en una depresión, se me olvidó sonreír, hasta me olvidé de mi gran amigo, tal vez hice mal en no contárselo en ese momento. El cuerpo del dolor, me dominaba.

Siguieron pasando los días, pocas veces veía a Fermín, un día al salir de la universidad eran las 17:00 horas, alguien me sonrió, me dijo. Hola. Hola que tal, contesté, pensé que era alguien de la universidad. Soy Alfonso Me dijo.

— Mucho gusto, Rosa Melia,

— ¿Hacia dónde vas?

— Voy al centro, respondí. La universidad estaba a unas diez cuadras y casi todos los días me iba caminando. Yo también me dijo, te acompaño. Claro le dije. Empezamos a caminar, me contó que casi todos los días pasaba por la universidad, y que trabajaba en unas oficinas del gobierno federal muy cerca de la Universidad, y que además le gustaba la música y pertenecía a una banda de tambora. Qué interesante le he dicho, que instrumento tocas le pregunté, el clarinete me contesto. Poco antes de llegar al centro propuso que tomáramos algo para continuar platicando. Yo acepte. Entramos a una pizzería, pedí una naranjada, y él, una cerveza, hacía calor, ordenamos un queso fundido con chorizo, me dijo que en realidad ya me conocía, me sorprendí muchísimo. Te vi el día de la fiesta del estudiante, claro, ustedes tocaron ese día, que observador eres, ya me habías asustado. Tranquila, me dijo sonriéndome. Después de estar un rato en la pizzería, le dije que ya era hora de regresar a casa, te acompaño a la parada del bus, me pidió que si podíamos vernos, le di mi teléfono. Prometió llamarme.

Camino a casa, mi mente viajó, y me dejé dominar por ésta, sin estar consciente. Me preguntaba porque este hombre logró sacarme de mi tormento emocional, de mi aislamiento, además no insistió, y yo sólo cooperé, igual y ya no me vuelve a llamar, que importa, el hombre parece hombre, me parece que es un protector, pero más que eso me parece un seductor, un seductor que se dedica a cazar presas, aunque también dijo que es músico, eso habla de que puede ser un hombre sensible, la próxima vez que lo vuelva ver si es que esto sucede, tendré que verlo con otros ojos, seré más analítica, porque estoy segura que le gusté, pero antes debo protegerme y conocer más de él, viéndolo bien parece un hombre, sí, un hombre con el que me gustaría escapar tal vez, y así, hacer mi vida apartada de mi familia. Espero que esto suceda pronto, ojalá, por mi propio bien, logre olvidar a Fermín, algo que creció tan grande en mis entrañas, y él, sólo quería que yo creciera dentro del corazón de su hermano. No puedo permitirme eso. Qué tortura tenerlo tan cerca y tan lejos, siempre con ese deseo y jamás atreverme a sacar y externar esos sentimientos tan puros, ¿Por qué no habrá sentido lo mismo él por mí? ¿Qué ilusión me hizo sentir aquel día! cuando escapamos a la playa, sentir su aliento tantas veces cerca, su piel al descubierto y poderla tocar, ver su mirada como un espejo, ¡qué día lleno de pensamientos! de vislumbrar un futuro próximo sólo para nosotros, prometiéndome que nunca sería parecido a lo vivido con mis padres. No. Yo no quiero eso, quiero siempre tener ganas de despertar al lado de a quien verdaderamente ame mi corazón, no quiero estar sólo por estar, cómo extraño el amor mutuo de mis

abuelos, la admiración del uno por el otro. Tal vez éste hombre pueda ser así, pensar en él, y decir, necesito bailar con alguien que me ame. Sí, vibrar, no cansarme nunca de estar con él. El recorrido del autobús esta vez no lo sentí, las tantas paradas que hizo antes de llegar a casa no me percaté de una sola, el encuentro con Alfonso de la Parra había absorbido mis pensamientos. Qué hombre más inteligente me parece. Cuando me bajé seguía igual, alejada, por mera inercia llegué a la casa, me fui directa a mi cuarto, cerré la puerta y me tiré sobre la cama, clavé mi mirada en el techo y me dije: No hay peor nostalgia que añorar lo que nunca fue, ni será, entendiendo esto que no es otra cosa que deseo, deseo que viene y va, pero que jamás será. Deseo nacido en lo más íntimo de mi ser, que sólo en momentos se aparta y se apaga, difícil de matar, hoy y siempre tengo ganas de ti, de tocar la superficie que cubre tú interior, a ese que no tengo acceso, ese que he construido a través de mi imaginación, viendo tú exterior he logrado visualizar una esfinge imaginaria, que no me atrevo a reconocer cuando pienso despierta e inconsciente del deseo, ese deseo que tanto añoro, cuando la nostalgia viene, como cuando la nostalgia por el deseo a vivir mejor viene a la gente que trabaja, cuando cansados después de una larga jornada de trabajo desean vivir como les correspondería, por el simple hecho de trabajar, es lo menos que tendría que corresponderme a mí también, sólo por haber amado, pero no, sólo nostalgia, añoranza por ese deseo oscuro que nunca fue.

¿Deseo de qué? Tal vez de lo que nunca fue.

Las proyecciones de la mente ahora eran distintas.

## La percepción en su primer encuentro

• Qué percepción habrá tenido Rosa Melia en su primer encuentro? Aquella tarde, seguramente pensó liberarse de esas ataduras que la mantenían, atada sobre las olas, provocadas por el corazón. Necesitaba tomar una decisión que la ayudara a corregir el rumbo de sus sentimientos, no correspondidos; prometiéndose nunca más atarse con el corazón. Ésta vez lo haría consciente, esta ola de atracción provocada por Alfonso, y no por ella. Le movía nuevamente sus emociones. Al estar consciente, se ponía en ventaja, permitiéndole medir el campo de acción de los sentimientos. ¡Ingenua! Por así pensar. Quiero romper mis ataduras que crecieron a tal grado sin poder ver más. El simple hecho de que ahora las cosas podían ser diferentes, el pensar que un hombre, ahora si pensaba en ella, hacía la diferencia. No soy yo la que piensa en lo que no pudo ser. Es por ello que esa tarde logró recuperar un poco su autoestima, sus ojos fueron recuperando el brillo, se percató cuando se acercó al espejo para dar brillo a sus labios, se quedó un momento frente a éste, Viviendo en el presente, en su consciencia, separando sus pensamientos ahogados en el pasado y el futuro. Entabló un diálogo como cuando era niña, y ensayaba los saine-

tes que presentaba en los festivales escolares, sobre todo en sus años de la primaria; fue en ese momento que tomó la decisión y empezó a sepultar la esperanza de lo que creyó que pudo ser, cuando fue invitada a pasar un día en la hacienda de los Montenegro. Nunca imaginó que la invitación era para ofrecer sus sentimientos a alguien, que aún, no conocía, pero existía la posibilidad de quedar en familia. Se desquebrajó al descubrirlo. El inicio de una larga pesadilla. Si no era uno, podía de ser el otro, al fin de cuentas era la misma sangre, como pasa en los de sangre azul, decidiendo como se conformaran las familias de los sucesores a la corona o a los títulos nobiliarios de las familias reales. Definitivamente, allí, inicio el camino equivocado, su propio vía crucis, el mismo que descubrió cuando ya estaba atada, la salida en falso que tomó. El inconsciente nuevamente la traicionaba.

Lo sagaz de este viejo lobo de mar, el sigilo para no ser descubierto por su presa, de haberlo descubierto, el cuerpo del dolor no se hubiera manifestado en ella, la maldad no se hubiera consumado, pero le fallaron las matemáticas en ese momento, cómo no aplicó un límite para salvar su integridad, o la posibilidad de vislumbrar el mínimo de tiempo que se sometería en la oscuridad, a partir de ahí, decidió alejarse de sus amigos para dar rienda suelta y vivir el amor en tiempos de sequía, se envolvió en una confusión a través de un ilusionista. No era otra cosa que una trampa. Un amor disfrazado, era presa de una apuesta. En poco tiempo el amor ya había hecho de las suyas. Se había consumado en un acto sexual, lejos de ser amor, era una simple experiencia, ganó la seducción, porque al final de cuen-

tas resultó un seductor, tenía prisa, había que ganarle tiempo al tiempo. Por lo tanto, en muy poco tiempo había que hacer presentaciones rápidas con la familia. La presentación protocolaria como los novios enamorados, y además, muy comprometidos. El primero en provocar un encuentro fue él. Le dijo a Rosa Melia, he invitado a mi hermana Elena a comer mañana domingo, para presentártela, y decirle lo comprometido que estamos, es a ella a quién más confianza le tengo, estando ella de acuerdo con nuestra relación, lo estará el resto de la familia. -Así es que decidimos comer juntos aquel domingo frío de febrero, de un invierno que pocas veces llega a esta tierra, donde el verano se prolonga gran parte del año, pero éste día, era frío, como fría estaba mi alma. Elena decidió llegar directa al lugar. - Alfonso pasó por mí a casa.

Mi primera impresión, no fue nada buena, me saludó, diciendo. Qué gusto conocerte. Qué bonitos tus aretes. A lo que respondí. -Gracias, mi hermana menor se dedica a la bisutería, me los ha regalado. Qué estudios me preguntó, ingeniería en sistemas en la Universidad de Occidente. Mira, qué curioso, mi novio estudia lo mismo, en la misma universidad, igual y lo conoces me dijo. ¿Cómo se llama? Le pregunté. Fermín Montenegro. Me quedé paralizada, sin antes decirme en que semestre iba y su apellido, supe que era el mismo del que mi corazón se engañó, no se cuanto tiempo me quedé así, pero si el suficiente para que ellos vieran mi reacción obvia, la que además ya conocían, después del regreso a la realidad, mis movimientos conducidos por mis manos se volvieron torpes, quería huir, buscaba una salida, en el camino mis manos encontraron los

cubiertos y fueron arrojados al piso, provocando un estruendo, acaparando las miradas de los comensales, después de ese momento me fui no se a donde, seguramente a la nada, regresé, para responder. Sí, claro que lo conozco, es compañero de generación, actualmente llevamos un horario diferente, es por ello que ahora lo veo menos. Ella dijo. Más tarde que me encuentre con él se va a sorprender cuando le comente. Me vinieron ganas de salir corriendo, y al mismo tiempo borrar y echar de mí este karma, pero me contuve, traté de serenarme. No era momento para alterarme, tenía una gran responsabilidad dentro de mí, así es que, no se de donde saqué eso de decirle. Me dará mucho gusto, en otra ocasión salir los cuatro juntos. Por su parte me dijo, que estudiaba contabilidad y estaba perdidamente enamorada de Fer. Alfonso simulaba estar muy concentrado viendo la carta, dándonos tiempo para que nosotras pudiéramos conversar, era momento de afianzar los lazos familiares que ya me unían a ellos. Alfonso nos interrumpió diciendo que él tenía bastante apetito, por lo que llamó al mesero para que nos tomara la orden, lo que menos quería en ese momento era comer, yo haciendo como que veía la carta en lo que me preguntaba el mesero, pero en realidad quería salir de éste calvario que seguramente iniciaba, empezaba a sentir repulsión por todo lo que estaba cerca de mí, venían dudas, preguntas sin respuestas, sentía que podía ser una película, trate de darme unos pellizcos para ver si podía despertar, tal vez era un alucine, tanta coincidencia no podía ser, porque a mí, mientras ellos como si nada pasara. Decidí ordenar una ensalada verde con queso de cabra. Fue Alfonso quién tomó la ini-

ciativa para darle la noticia a Ana de la decisión. Faltaba menos, no sería yo la que tendría que informarle que pronto nos casaríamos. Le dijo, Elena, Rosa Melia y yo, hemos decidido casarnos dentro de un mes, porque además pronto seremos unos papás felices. A lo que respondí con una sonrisa, sacada de lo más recóndito de mi interior, ya no era necesario decir más, creo que todo era muy claro. Ella dijo. –Felicidades. Bienvenida a la familia. Brindemos por ello. Yo brindé con naranjada, ella con agua de limón, y Alfonso con una cerveza. El brindis era lo de menos.

Después de comerme la ensalada verde, la más insipiente que mi sentido del gusto ha degustado, acompañada de unos tomates rojos descoloridos y un queso de cabra que no sabía a queso. Ellos hicieron lo mismo. Después de comer, Elena, quien comió muy de prisa, dijo, que tenía que retirarse porque más tarde vería a Fer, habían quedado de ir al cine. Me despedí de ella con mucho gusto, con un gusto prefabricado, más no generado por el gusto de conocerla, pero al final tenía que corresponder, nos vemos pronto le dije. -Claro que sí. Después de que Elena se retiró, Alfonso sugirió hacer lo mismo, inmediatamente le contesté estaría súper, sólo que no me siento bien, la ensalada me ha caído mal, prefiero regresar a casa. Pensé para mis adentros son demasiadas coincidencias para un sólo día, cómo para seguir coincidiendo en el mismo cine, misma sala, sentados al lado de ellos, las opciones para ir al cine era una. Le pedí que me regresara a casa, y que él dedicara el resto de la tarde a lo que quisiera, por mi parte aprovecharía la tarde para enfrentar a mis papás, notificándoles mi decisión irrevocable, mientras

más rápido mejor, era preferible que todo terminara de suceder en éste mismo día, para ver si los próximos serían diferentes, menos sorprendidos y escalofriantes, además, necesitaba estar tranquila, ya no por mí, pero nada me animaba. Alfonso se percató de mi intranquilidad, le pedí que tratara de entenderme, le argumenté que tal vez mis cambios no eran por mí, si no por lo que estaba en mi vientre, me dio una palmada en la pierna izquierda e intentó llevarme cerca de él para que mi cara reposara sobre su hombro. Él seguía conduciendo. No acepté su ofrecimiento y preferí descansar en mi conciencia, sólo le dije que estaba bien. Cuando llegamos a mi casa, no lo invité a pasar, nos despedimos con un abrazo sin decir nada, lo dicho ya se había dicho. Decidí entrar por la parte del taller de herrería de mi padre, tal vez podría encontrar una soldadura a mi destino, cuartado por una ola, que seguramente no era de amor, simplemente cosas del destino, al pasar por el taller llamó mi atención una reja que ya estaba terminada, la misma que desde ese momento empecé a construir y que me aprisionaría por cuanto tiempo, no lo sabía en ese momento.

## Un instante

Ella tuvo que adelantar su matrimonio, con Alfonso, el músico. Esto sucedió en poco tiempo, treinta días, suficientes para que el bulto creciera. Tenía días de haberla visto, coincidimos cómo siempre en la semana santa, la noté un poco extraña, sin ganas de platicar, no logré comprender, pero tampoco le pregunté, estaba parca y marcaba distancia, sabía que si daba pie a conversar, se podía delatar, prefirió tomar esa actitud que le permitía protegerse, algo que debió haber hecho antes, usando condón, sólo nos saludamos y cruzamos algunas palabras, por mi parte permanecí varios días en Los Almendros, ya no la busqué. Dos semanas después de que regresé, me dijo mi madre, Rosa Melia se casa, vino a entregar las invitaciones de su boda, me ha dicho que en breve te llamará para hacerte la invitación correspondiente. La llamada nunca llegó. A seis meses de su enlace nació la prisa que provocó la boda.

Eran las vacaciones de diciembre de ese mismo año que volvimos a coincidir en Culiacán, en una fiesta familiar, apenas si llegué a la fiesta y me la encontré, me saludó muy efusiva, como cuando alguien se encuentra un cachito de lotería con premio, pude corroborar que al menos todavía sentía aprecio por mí, me tomó de la

mano y me dijo, ven, te voy a presentar a mi esposo, tengo una conversación pendiente contigo. Llegamos a la mesa, se acercó a su marido, muy pegada a él. Le dijo. Mira amor te presento a mi primo.

— Ah mucho gusto. Mucho cuidado con los primos. Al mismo tiempo esbozaba una sonrisa patanesca, y decía. Luego le hacemos una visita. No entendí lo de la visita. Suficiente para conocer la historia no contada. Se levantó y fue al sanitario. Rosa Melia aprovechó el tiempo y en dos minutos, me contó parte de su vida actual. -Es un hombre posesivo, celoso, me tiene presa, dice que a la prima se le arrima, todo fue tan de prisa, que ni tiempo de llamarte para decirte el motivo de mi boda, pero el día que me casaba, me acordé mucho de Leonardo y de ti. Oía sus voces decirme. ¿Estás segura de lo que haces? ¡Qué pendeja eres Rosa Melia! Mira nomás con quien estás uniendo tú vida. En realidad más que unirla la desunía, todo esto lo pensaba mientras me ponía el vestido blanco, mal hecho, seguramente era mi conciencia, todo fue muy rápido, ahora ya soy mamá, y mi vida es un calvario. Aquí me siento libre. Tengo mucho que contarte.

## Un paseo con su esposo

**E**ra sábado, Alfonso me dijo paso a la hora de la comida por ti para ir a comer algo bueno. Espero desocuparme temprano, sólo necesito cerrar un negocio, y después de que se haga la machaca, paso. -Aquí te espero, le dije. A dónde más lo podía esperar que no fuera en esta celda. Me pasé toda la mañana haciendo como que hacía algo, pero en realidad no hacía nada, de vez en cuando veía la televisión, otras veces, viendo a las mujeres del servicio doméstico contratadas por mi marido, cualquier cosa que intentara hacer, ahí estaban ellas para resolvérmelo, apenas me levantaba, y ya me preguntaba que quería almorzar, lo que más disfrutaba de la casa, era la ventana que daba al patio con vista a las colinas, que poco a poco iban desapareciendo por el caserío de todos los ricos nuevos, a los que yo misma pertenecía. ¡Qué mega mansiones alcanzaba a ver!, seguramente lo mismo pensaban de la mía, los que desde la suya veían la nuestra. Ya pasadas las once de la mañana decidí alistarme por si Alfonso llegaba, era muy desesperado, y no justificaba ningún atraso, siempre me decía. Para eso están las mujeres que te contraté, para que lo hagan todo. He de confesar, siempre que salía con él, sentía un gran

temor, pero aún así, me gustaba salir, era mi oportunidad de ver la ciudad, lograba olvidarme un poco de mi encierro. Eran las 12:30 horas cuando escuché que llegaba, ya estaba lista. Subió a la recamara, me vio, se metió al baño, e hizo inspección cómo cada que salía y regresaba a casa, tomé mi bolso y salimos, siempre me preguntaba que se me antojaba o a donde quería ir, mi respuesta era la misma, a la comida china o a las ensaladas, y él contestaba, mejor vamos a la carreta de los cuates, se me antojan unos mariscos. Está bien vamos, asentaba. Sólo contestaba por dar respuesta a una pregunta, donde él ya había decidido. Tomamos la avenida, a unas cuadras antes de llegar a la carreta de mariscos, en una calle de doble sentido paramos, el semáforo estaba en rojo, se percató que de frente estaba un conocido, cuando el semáforo cambió se esperó a que su amigo atravesara, cómo quien espera a las visitas en la sala de su casa, para esto, su conocido ya lo había visto, y ahí se pusieron a platicar sin importarles el tránsito, hasta que el auto que estaba atrás de nosotros se atrevió a tocar el claxon, Alfonso asomó por la ventana la punta de un rifle de los llamados cuernos de chivo. Suficiente, el conductor como queriendo desaparecer, guardó silencio, supongo que no sólo él vio, si no también los dos autos que estaban atrás, se echaron de reversa y buscaron otra alternativa, guardando silencio, como niños regañados. Fue la primera vez que sentí pánico y vergüenza, hasta ese momento no me había percatado del arma. Hasta donde has llegado, le dije muy molesta, olvidándome de lo sumisa y de las ataduras, me haría bien que utilizaras el arma y dispararas. -Tú no te asustes palomita, sabes que nunca

le haría daño a nadie, es sólo un sustito pa que aprendan a respetar. Después de que terminó de platicar con su conocido, seguimos la marcha, ya estábamos cerca de la carreta de mariscos, apenas llegamos y bajamos de la camioneta lobo ultimo modelo, vinieron a recibirnos y nos llevaron a una mesa, todos los empleados le hacían caravana, por consiguiente, lo que a mi me correspondía, algunos comensales que lo reconocían lo saludaban con admiración. El servicio a nuestros pies. Eso era cada que íbamos a los lugares que frecuentábamos. Lo que menos me importaba era eso, mi vida transcurría en una constante agonía, y pensar, que hay quienes afirmaban que estaban seguras que esa era la felicidad. Algunas de mis amigas de la universidad les oí decir que querían casar a un hombre de esos, ricos. No me importa que se dedique a lo chueco con tal de que tenga dinero, decían. Para mí era lo último en mi lista de deseos, siempre pensaba en un hombre con espíritu viajero que le gustara la buena música y la lectura, al mismo tiempo crecer, pero el hombre que se me apareció, parecía un hombre con perspectivas diferentes, un hombre al que conocí después de que me ató, le resulté muy fácil, llegó justo en el momento que yo necesitaba un escape. Mi vida ahora transcurre a la espera de su llegada, aunque tengo tiempo de caminar por la casa, la verdad no tengo energía para hacerlo, todo lo veo gris, no tengo derecho a preguntar nada, mucho menos a cuestionar, salir al patio es sentirme vigilada por la mirada acuchillante de su madre, es por ello que prefiero ver mi soledad desde la ventada del cautiverio que tiene vista al patio y donde pierdo mi mirada, allá, afuera adónde los pájaros son libres, eran los momen-

tos de reflexión que me permitía. Allí me cuestionaba mi destino, no me cabía en la cabeza estar involucrada sentimentalmente con un mafioso, y me reclamaba constantemente esta falta. Cómo me fui a involucrar y no percatarme a tiempo. Vivir ahora bajo la zozobra de las constantes amenazas de los grupos contrarios.

Ya consciente de los efectos causados en la sociedad, su cargo de conciencia era cómo si ella misma cometiera los ilícitos de extorsión, tráficos de enervantes, así cómo las fechorías cometidas por los sicarios a cargo de su marido. Razón para nunca estar tranquila, lo que la hacía permanecer en el cautiverio, eran las amenazas a las que estaba sometida por si un día se le ocurría huir, su única salida autorizada era a casa de sus papás, y a la iglesia, llevada y traída por un chofer a las órdenes de él. Los paseos de pareja eran ir a comer mariscos, carnes asadas, o asistir a las fiestas de sus colegas, que por suerte eran pocas a las que ella asistía, con la crianza de su bebé tenía pretexto para no acompañarlo.

## De visita en la catedral

**D**e pronto se quedó mirando las torres de la catedral, las cruces de color aluminio que las coronaban y se perdían con lo blanco de las nubes. Sólo podía distinguir una línea, la misma que no le permitía ver más allá para encontrar respuesta a las dudas que constantemente la aquejaban, y que desde hacía tiempo la mantenían en un estado depresivo, un estado anímico muy distinto al que vivió durante su infancia. Siguió parada. Respirando hondo, y con la mirada perdida en las torres, contemplando la distancia entre estas y ella, sintiéndose adentro de un hoyo del que no podía liberarse. La distancia entre el fondo del hoyo y la salida, era la misma. Siguió mirando el cielo, como en un estado de enajenación, cuando en realidad se encontraba aislada. Decidió caminar por los andenes del parque a un costado de la catedral, guiada por los pasos de los que por ahora, ella, tenía el control. Compró un café en el kiosco, y se sentó en una banca, inmediatamente vinieron a ella los pájaros domésticos con la intención de conseguir unas migajas de pan, pero no encontraron nada. Ella solo compró café. Los pájaros continuaron a su lado en espera de otra presa que les ofreciera algo más que nada. El café logró sofocar el calor, eran las

once de la mañana, replicaron las campanas, también el reloj. Conforme le daba sorbos al café, empezaba una transformación efímera, causada por la cafeína que se introducía en su sangre, fue entonces que se dio cuenta de la presencia de los pájaros y empezó a jugar con ellos. Recargó su nuca en el respaldo de la banca, su cabello se extendió, por un momento sintió que sus piernas se entreabrieron un poco más de lo normal, sintió lo fresco del aire que llegaba al encaje que cubría su órgano que daba placer pero no recibía lo mismo, por esos finos orificios del encaje se filtraba un aire fresco que la hacía sentirse mejor, algo que sólo ella sabía. El calor era fuerte. Y pensó, que quizá ese era el motivo de la miradas de extrañeza de los parroquianos, fue entonces que cerró sus piernas y abrió más los ojos perdiendo la mirada en las copas de los árboles, así permaneció por un buen rato, se soltó el cabello, a la vez que liberaba sus tensiones y preocupaciones, se empezó a relajar al concentrarse en el sonido del agua de la fuente, pareciera que hubiera dormido, al volver abrir los ojos, sintió que había despertado, volvió abrir los ojos e incorporó su mirada y la clavó en la marquesina del cine reforma casi a espaldas de la catedral y de frente a ella, leyó en silencio el título de la película que se anunciaba, cerró su círculo de concentración, intentando meditar o asimilar el título de la película y así, permaneció por unos segundos, volvió a lanzar su mirada a la marquesina, el título de la película le decía algo, la sacudía, la estremecía, entonces empezó a deletrearlo silaba por silaba, como si fuera una aprendiz de la lengua castellana, ciudad de ciegos, ciudad de ciegos, volvió a quedarse ensimismada, como tragándose algo

o tratando de comprender, o quizá una simple toma de conciencia, un estruendo la sacó de ese ensimismamiento que le causó ese título, el rugir de una metralleta, inmediatamente se negó a esa posibilidad, y mejor se hizo creer que eran los cohetes por los festejos del día de Malverde, sólo movió la cabeza negando esa posibilidad. Cerró los ojos y respiró profundamente, al abrirlos nuevamente sintió una mirada fuerte y siguió la trayectoria del impulso, de su lado izquierdo sentado cómo en las alturas, como en una silla de trono de reina de belleza que se montan previo a la coronación de esos eventos tan comunes en la ciudad, y en el estado, allí estaba un hombre, a quién el bolero le daba lustre a sus botas de piel de avestruz, al interceptar la mirada con el hombre, éste le sonrió. Ella bajó su mirada y la clavó en la oruga que intentaba subirse a su guarache. Continúo su diálogo con ella misma. El hombre empezó a platicar en voz alta con el bolero con la intención de llamar su atención, le parecía tan extraño ver a una mujer tan bella sola en la plaza, no era común, a esas horas es común ver a las mujeres de los pueblos que vienen a la ciudad, y uno que otro pensionado que vienen a pasar la mañana, y por las noches, un lugar de ligue. El hombre sacó de su cartera también de piel de avestruz un billete de la más alta nominación y le pagó al bolero, dándole una palmada en el hombro, asintiendo con ello que se quedara con la feria, él reviraba para ver si la mujer le lanzaba alguna mirada, pero ella seguía dialogando con la oruga, él pasó muy de cerca y restregó su mano en sus huevos, Rosa Melia lo vio de reojo, pero ni así logró llamar su atención, se acercó a su camioneta, una lobo doble cabina, vidrios polarizados, se subió,

bajó el vidrio del lado del copiloto, lanzó su mirada a Rosa Melia, sin conseguir respuesta, se colocó sus lentes *Ray ban*, ella, al sentir la mirada insistente, decidió mirar hacia el portal del edificio de la lonja, tratando de no delatar su angustia y nerviosismo,.Él partió, al mismo tiempo que se escuchaba la música del estéreo a todo volumen, el corrido de *Gabino Barrera*.

Ella permaneció allí.

Pienso si soy yo la que transpira alguna sustancia que hace que atraiga la atención de esos hombres, se cuestionó. Eso le ocurría cada que salía sola, o tal vez era la indiferencia con la que ahora los miraba, le bastaba con lo que ya tenía para no pensar en otro, o tal vez, aquí no había de otro tipo. Decidió caminar por el centro de la ciudad. La oruga descendió de su guarache. Apagó su teléfono. Tenía tiempo de no visitar el mercado Garmendía, atravesó la avenida Álvaro Obregón, y se paró frente al aparador de las telas Parisinas, intentando dialogar con el maniquí quien lucía un vestido de gasa; tomó la calle Ángel Flores la misma que la llevaría hasta el mercado, no resistió comprar una cazuelita de nanchis era la temporada, al llegar al mercado empezó a observarlo e imaginarlo como en un principio, la escalinata libre, sólo en ellas las vendedoras de flores, ahora atestado de puestos de tacos de carne asada. ¡Qué delicia de tacos! Jugos y aguas frescas, música pirata al por mayor. Decidió perderse entre el aroma a carne asada y cebollas asadas, al ritmo de la tambora. Siguió caminando hasta el puesto de las flores. Se regaló un ramo de rosas. Era tiempo de regresar, seguramente el chofer ya estaba impaciente.

El teléfono de ella, seguía apagado.

## No comprendo

Nunca había presenciado un desgarró, un destrozó interno, sin poder asimilarlo. Ni entender porque sucedía. Quedando un camino sin rumbo, varado, detenido, desviado, truncado y sin justificación que lo probara. Percibido así, por la ingenuidad de una mujer, que durante el tiempo que se le permitió, su único pecado fue quererlo, y nunca cuestionarlo, ni cuestionarse, ni tampoco ver, ¿Para qué?, ¿Tenía sentido?, ¿Qué cosa es malo? Cuando se ha crecido dentro del mal, en un lugar dónde las noticias no llegan, cobijada por una cultura que premia con la idolatría a quienes viven inmersos en esa cultura, dónde se elevan tan rápido, dónde no hay tiempo para ver para abajo, sólo arriba. Porque así es el negocio. La cultura equivocada de la ceguera, fomentada y avalada también por la otra parte o al menos, la que nos rige. Donde no puedes retractarte, ni retractar de lo que ya te has impregnado, porque los ojos de los otros te vigilan, por si eso sucediera, es tarde y tendrás que seguir hasta el final, de lo contrario si quisieras tirar la toalla, cómo dicen, tú presencia ya no será necesaria, ni grata, alguien te aniquilará, es una respuesta inmediata al desistir, sin entender jamás, porque. No he podido encontrar respuesta en mi cabeza, quisiera

que alguien me dijera, ¿Por qué? Clamaba la mujer desecha. Seguía desolada y sin consuelo. Sin razón para vivir, ahí, postrada frente al cuerpo sereno, en pleno reposo, el cuerpo de su amado.

Un monólogo que resultaba conmovedor para todos los allí presentes. Enojada, resentida ante la sociedad, ante la autoridad por no ejercer ésta.

Contrario a la conciencia de Rosa Melia, un mismo caso, dos percepciones distintas. Mientras esta mujer creyente de lo que hacía su marido era lo correcto. Ella pensaba. Nunca le hicimos daño a nadie.

Platicando con alguien más consciente, le pregunté ¿Se podría decir que un narco, es un auto suicida?

No lo se. Me respondió. Hay quienes dicen que se tienen que tener agallas, para dedicarse a eso, una vez que entras al negocio, no sales, y si decides hacerlo o te quieres pasar de listo, ya sabes, para eso está el ajuste de cuentas, y desaparecerte.

Un día muy temprano recibí una llamada, para informarme que había terminado la vida de alguien a quién conocí, ¿Cómo?, ¿Por qué?, ¿Dime? Inevitablemente en segundos hice esas preguntas a las que ya tenía respuesta, pero no se porque me tardé segundos en contestarme, después, recuperé la serenidad. Pues sí, sólo escuché el sonido sórdido de las balas cuando estas perforaron su corazón, dejándolo sin sus latidos. No lo se, pero quisiera que alguien me explique, ¿Por qué? Mientras mi niña de cinco años me dice, hay que llevarlo pronto al médico para que no se muera papá, cuando éste ya estaba muerto, que desgracia la nuestra, decía. Y yo me decía mientras la escuchaba. Qué ingenuidad la de esta mujer, sólo ella vive en otra di-

ensión, la pregunta salía sobrando, ¿Por qué? Simplemente porque el mundo ejecutivo de estos negocios, así está determinado. Aquí sólo existe esa ruta, seguir hasta el final para encontrarte con la gloriosa muerte, y así, coronarte efímeramente en un héroe no existente, que sólo encontraras un pergamino sobre un monumento vistoso que se levantará en tú honor, y un corrido que narre tú origen, y engrandezca la valentía. Qué seguramente en un pueblo de geografía accidentada te recordará.

En el llanto, y en la búsqueda externada desde lo más hondo de su interior, clamaba porque alguien le dijera quien, y porqué. Así seguía en su inconsolable sollozo, basto de lágrimas, buscando una respuesta a una verdad o algo que la aproximara a ella. Imposible de encontrarla en ese momento con tan generosas bondades de el que allí yace, tan quieto, como la percepción de esta mujer.

No tardé mucho tiempo para comprobar la hipótesis, cuando la banda de aliento del pueblo, acompañada por un sonido y un cantautor de corridos, empezaron a interpretar la majestuosa letra de este valiente hombre que libró tantas batallas en el desierto de Sonora, aplicando su ingenio para despistar a sus adversarios, y así, causando la conmoción de los allí presentes, pendientes de las lagrimas y lamentos de la viuda que busca consuelo y respuestas a tantas preguntas sin respuestas. Respuestas que encontrará con el tiempo, cuando las aves de rapiña se retiren y la burbuja de humo desaparezca, para que el campo de conciencia empiece a aparecer. Mientras tanto que se sirvan los tacos de carne asada o la carne tatemada acompañada de frijoles

puercos, sin faltar las tortillas de maíz, así, las penas serán menos, las gotas de lagrimas desaparecen un poco, a medida que se alimenta al estomago, el sonido de la tambora se escucha diferente, hasta parece que están en una de las tantas fiestas ofrecidas, pero no, los requiebros constantes de la viuda oficial nos regresan a la realidad, estamos frente al cuerpo presente; mientras otro tercio de viudas del mismo difunto lloran con discreción, no se les permite el acceso a la sala donde está el cuerpo, sería un cinismo, tendrán que esperar para visitar su tumba.

Es difícil de entender, pero en estos casos existe la ingenuidad, el pensar que nunca le hicieron daño a nadie, crecer en una cultura que ha permitido verlo como un trabajo normal, que se engrandece por los huevos de éstos, con el tiempo la percepción de las estas mujeres cambia, es un hecho, pero también una realidad las obras de beneficencia que hacen estos hombres por los más desprotegidos y necesitados, no tienen límites con tal de salvar una vida sin que nadie más salve la de ellos.

## Cambio de Hábito

El vestido vaporoso de gasa de tirantes delgados, caía sobre el cuerpo frondoso de la mujer, desde donde se dejaban entrever sus pezones de su todavía erguido busto que despertaban la pasión de hasta a los que se les prohibía ver, y ejercer las relaciones sexuales. Los primeros en no cumplir, eran precisamente los que pregonaban el celibato; tal vez el calor, el verano tan prolongado en esta región, hacían más evidente que el sudor se reflejara en la piel del cuerpo de la mujer, aparentemente sin visitas. La mujer que estaba dedicada al servicio del cura. Pastor joven que daba consejos sabios a los que se anunciaban como futuros esposos, anuncios que se colocaban en el pizarrón viejo de madera café oscuro apolillado y polvoriento. La experiencia del pastor hablaba cada que las amonestaciones de los futuros esposos corrían. ¡Consejos sabios! Les aconsejaba que días podían tener relaciones, y los que no, con el fin de no utilizar métodos anticonceptivos, prohibidos por la iglesia. Porqué he de creerle a él, me decía Rosa Melia. ¡Tan irreverente! Cuestionando la conducta sabia del teólogo.

El calor y el agua fresca que salpicaba mientras ella lavaba las ropas visibles, y las íntimas de los dos, hacían

que la bata vaporosa se untara más al cuerpo, lo que hacía que las tetas se dibujaran o se transparentaran más, carne sin sentir más que eso. No es posible. Te lo advierto que te equivocas, esa carne no tiene vida.

Tal vez no tenga vida para contar, pero el día que yo fui a solicitar las amonestaciones, entré sin hacer ruido y vi como la contemplaba mientras ella lavaba, y él, degustaba una tajada de sandía, advertí el calor de ambos. Es verdad que con el calor de por acá dan ganas de andar encuerado, pero cuando sabes que no eres visto por nadie más, acá, era una provocación que estoy segura no era la primera vez, y que además estoy segura terminaban zabullidos en la tina. ¡Qué rico! Le he dicho.

Desde ese día pensé en cambiar de religión pero no te lo había comentado, me dijo. ¿Y de verdad crees que valga la pena cambiar por ello?, cambia por ti. Eso deberías hacer tú también. Mejor ahí lo dejamos.

Nuestras discusiones tan acaloradas cada que tocábamos el tema de la religión, yo en mi intento por convencerla para que se quedara con la religión que fue bautizada, la religión más comprensiva con todos, la que descasa y te vuelve a casar, siempre encuentra un motivo para anular cualquier mentira, nomás te arrepientes y ya; y sin embargo me era imposible convencerla. Ella ya había tomado la decisión de convertirse al cristianismo. Lo más puro que he encontrado me decía, para que continuar con una farsa, lo he reflexionado. No creo en los curas. Necesito cambiar para estar en paz, mi vida ha sido un torbellino en constante ebullición, se que el cristianismo aquietará ese desequilibrio emocional.

Le propuse. Hagamos un pacto, tratemos de hablar lo menos posible de religión con el fin de no ofender,

sí tú estas contenta con la decisión, a mí me sucederá lo mismo, y te respetaré, pero nuestra amistad va más allá de una religión, yo no tengo problema para despotricar contra los curas, mojas, cristianos y todo lo que tenga que ver con el opio de la gente.

Esa tarde pactamos.

Fue la última vez que me concedió el gusto de tomar una copa, no poner objeción a la música, además de pedir la pieza que tanto me gustaba y se dejaba llevar por los acordes, dando rienda suelta al contoneo de su curvilíneo cuerpo y su sonrisa encantadora, como la primera vez.

## La búsqueda

No podíamos estar exentos de los favores de la virgen de Pánuco a la que constantemente le suplicábamos para que nos fuera bien, cómo cuando niños te acuerdas me dijo Rosa Melia. Cómo disfrutábamos ir el primer domingo de octubre a visitarla, a quien le importaba caminar los doce kilómetros de regreso, cuando la carreterita se volvía insuficiente, y mientras nosotros pagando la manda, los autos se regresaban y nos esperaban en el cruce de la carretera Mazatlán-Durango, creo que era lo más divertido, el regreso caminado, asomarnos a las minas clausuradas a orillas de la carretera, cortar algunos elotes en las milpas a orillas del camino, o simplemente cortar las flores silvestres. La parada oficial para comer a orillas del río, disfrutar del sonido de éste, esos no volverán. Tienes razón le dije a Rosa Melia, mientras tomábamos el café en la enramada techada de jarilla fresca, viendo los pintorescos tejados y portales de Copala, tal vez por la cercanía a Panuco fue que nos acordamos de nuestra infancia por esos caminos. Déjame te cuente, que hace dos años en el verano del 2006, se me ocurrió decirle a mi madre que había pedido un favor a la virgen de Pánuco, y ella, tan generosa cómo siempre me ha con-

cedido el milagro. Inmediatamente me dijo, entonces mañana vamos. Le pregunté ¿Y el camino ya está mejor? Sí, está muy bien, afirmó. Eso sí, le advertí, prepararemos lonche para almorzar de regreso a orillas del río, nunca le hubiera dicho porque empezó a preparar todo lo que solía hacernos cuando niños, y al otro día, muy temprano ya íbamos rumbo a Pánuco. Se unieron al viaje mi hermana Elena y mi sobrina. Tomamos la carretera curva, Mazatlán-Durango la obra maestra del Ingeniero Manuel Herrera y Cairo oriundo de San Jerónimo, todos felices con el aroma de los alimentos, tarde se me hacía para regresar de la visita y almorzar cerca del río. Un viaje que tenía ganas de hacer. Más de veinte años sin visitar este pintoresco pueblo, empezamos a subir la sierra y con ello el clima cambiaba, del calor pasábamos a un clima fresco, la vegetación también cambiaba. Los cerros se empezaban a colorear de verde intenso y espeso, los pinos aparecía aisladamente, cada kilómetro que recorríamos nos alejábamos del calor, al pasar por el Magistral, sorpresa la que me he llevado, al encontrarme con un puente, pensando en el vado y la posibilidad de mojarnos o sentir que el auto se lo podía llevar la corriente. Les dije pónganse el flotador por si la corriente nos arrastra, mi sobrina me contestó. Está loco tío, ni diga eso. Sólo lo pensé pero no va suceder le respondí. Sorpresa ya existe un puente. Llegamos al crucero. Pánuco a doce kilómetros. Puse mis direccionales para dar vuelta a la izquierda, el camino no parecía en buenas condiciones, efectivamente sólo bastaron cuatrocientos metros de recorrido, y parar, las condiciones ya no permitían seguir la marcha. Que hacemos les pregunté, dejamos el carro y

nos la echamos caminando. Está loco Tío, me volvió a decir mi sobrina. Y pensé, pues si, debo estar loco, además de percatarme que los tiempos han cambiando, en otros tiempos todos hubiéramos afirmado, sí, nos la echamos caminando. Y así la virgen estará más contenta de nuestro sacrificio, pero ahora eran otros tiempos, donde mi sobrina tenía la última palabra, haciéndole caso a ella decidimos regresarnos y llegar a Copala. Allí nos comimos lo que mi madre había preparado al menos para que no se nos frustrara la comilona, que ya no sería a orillas del río, sería desde la enramada de jarilla, que más bien es un mirador desde dónde se puede ver una extraordinaria postal.

Fue allí que nos informaron que salían unas camionetas de carga desde Concordia, y daban el servicio como taxis para llegar a Pánuco, una salía a las 8:00 horas y una segunda a las 12.00 horas. Le prometí a mi madre que mañana haríamos la visita a la virgen, dejaríamos el carro estacionado en Concordia. Ella me propuso que el viaje lo hiciéramos muy temprano por cualquier cosa. Como se nos frustró nuestro primer intento para hacerle la visita a la milagrosa virgen de Pánuco, decidimos quedarnos a almorzar en Copala, mi madre aprovechó el tiempo recorriendo las calles de Copala, yo por mi parte me quedé tomando el café en los portales, después de un rato mi sobrina y mi hermana salieron en busca de mi madre, más tarde se me aparecieron en el restaurante, cada una traía un tercio de diferentes podos, que cortaron en los jardines exteriores de las casas de fin de semana, ya ni quise preguntar ni decirles nada, sólo me miraron con una sonrisa picarona, y mi madre argumentó que hacían bien, pues

así la flora se seguiría conservando, salimos del restaurante, no vaya ser que alguien piense distinto y nos hagan pagar los daños a la naturaleza.

Dejamos a mi madre en el pueblo y nos fuimos a Mazatlán, le dije mañana estaré muy temprano para irnos en la primera camioneta que sale a Pánuco, al otro día me aparecí después de las diez de la mañana, cuando me vio llegar, me dijo. Seguramente ya fuiste a Panuco y no viniste por mí. Me crees capaz le pregunté, vámonos le dije, en unos minutos ya estábamos en marcha por la carretera a la villa de San Sebastián donde dejaríamos el automóvil. La camioneta salía a las 12:00 p.m. apenas llegamos unos minutos antes de que partiera, era la última salida, iban tres pasajeros, el sol ya estaba a todo lo que daba, así es que nos urgía que el conductor acelerara, para que la camioneta tuviera movimiento y así el viento se hiciera presente y contrarrestara un poco el calor, además, a unos kilómetros empezaba la sierra y con ello el calor era menos.

Me bastó subirme a la camioneta para empezar a comerme a cucharadas el extracto del paisaje. La visita programada desde hacía ya un buen tiempo, que en realidad no era más que un pretexto para regresar a este lugar, un lugar con magia, un paisaje salpicado de pinos, seguramente al regreso del viaje ya estaría curado. Suficiente hacer contacto con el empedrado de sus calles y caminar por estas, la dosis perfecta que mi organismo necesitaba para estar bien. Razón tenía mi madre de enojarse conmigo, al omitir una posible falta de atención si no la llevaría. Por acá el calor sabe rico, caminar y entrar en contacto con la verdadera tierra, es el primer síntoma para el alivio, no me canso de de-

irme que bueno que hice el viaje, siempre que venga a nosotros el sentimiento por hacer un viaje, hay que hacerlo, seguro que nos curará el alma, se debe hacer por regla. Pronto empecé a no sentir la agonía de mi enfermedad que seguramente era nada, pero estaba enfermo, poco a poco fui recorriendo y sintiendo cómo mi espíritu se elevaba un poco más que las montañas, a momentos tocaba el cielo, para luego descender, era un sube y baja, eran sólo probaditas en dosis bien dosificadas o suministradas. Luego empezamos a bajar para adentrarnos en el hoyo, al que siempre se ha dicho se encuentra Pánuco, ya que estábamos próximos a llegar se nos decía eso, mira está allá abajo, pero en realidad es sólo una metáfora o una percepción, dependiendo de donde se mira, basta saber a que altura se encuentra sobre el nivel del mar y todo queda aclarado, es por eso que siempre he pensado que más bien, está cerca del cielo, porque si el hoyo del infierno es así, en uno de esos quiero estar. Un viaje en el que por momentos subes y luego bajas, cómo la propia vida, una sensación que vale la pena sentirla para mantener el equilibrio.

Sí, me hacía falta hacer esta visita. Creo que las visitas a la virgen han menguado, la cruz de los milagros lo dice todo, su total deterioro y abandono un signo que se lee sin tener que consultar más, tantos milagros que ha hecho, y no se percató se hacerse uno para ella, está a punto de desplomarse, más inclinada que la torre de *pizza*, yace casi besando la tierra, el cansancio la ha vencido, nada es eterno, de verla así ya no me dieron ganas de pedirle nada, prefiero buscar ayuda para levantarla, es la primera que lo necesita. Es la referencia de todo visitante, como lo son los faros en los puertos,

allí empiezan los secretos guardados por tanto años, apenas a unos pasos y Pánuco aparece cómo si de verdad estuviera en un hoyo, y de verdad que lo está, la dificultad para llegar, razón suficiente para afirmar lo ya dicho, allí empiezas a descubrir el pueblo mágico, los techos de sus caseríos hacen su aparición ante la vista del visitante, lo que no es posible, es ver el santuario de nuestra señora de la virgen de Pánuco, hay que seguir caminando para poder descubrirlo, de un momento a otro se aparece. La camioneta sigue bajando a una velocidad que te permite tomar el extracto del paisaje de color verde verano en todo su esplendor, las manzanas rojas las puedes alcanzar a tu paso, al igual que a los membrillos, y los duraznos, a lo lejos alcanzo a ver algo muy verde parece un sembradío de marihuana, pero seguramente no es, está muy integrada al paisaje. Qué ironía, tanto dinero que esta maravillosa sierra ha generado, y no tiene un camino digno, claro visto por quien. Me gusta que las frutas son de tamaño mediano, muy naturales, todavía no llegan los procesos químicos para hacerlas de medio kilo cada una, ojalá que los gringos no den con éstas tierras. Pensándolo bien, es mejor que la carretera se conserve así, tal vez ese es el encanto, me dejé tocar por el follaje de éstos árboles frutales, igual cómo hizo Adán tentado por su instinto humano que ya se le había asignado, por lo tanto, no cometió ningún pecado, sólo hizo lo propio ante un estímulo. Lo mismo que hacen los curas cuando se les presenta la oportunidad, que necesidad de reprimir y castigarse en pleno siglo XXI tiempo de pecados y pecar. Damos vuelta y el pueblo desaparece, a la vista tenemos las montañas, seguimos dando vueltas y en una de esas

caes en medio de la calle principal. Mi madre quien viene en el extremo contrario al mío, viene agarrada hasta con los dientes, no se ha dado cuenta de que ya llegamos. La camioneta se para, y el conductor nos dice, hemos llegado, por si no nos hemos percatado de ello, además de hacernos la advertencia que en 30 minutos se regresa y es el último viaje del día, apúrenle, y a lo que van, ya no recordaba cómo llegar al santuario, es por ello que le pregunté. Me dijo, sigan esta calle y luego suben, luego bajan, y luego vuelven a subir, y allí está. Así es que subimos, bajamos y volvimos a subir. Al estar frente a la escalinata de la última subida para llegar al santuario, era como empezar a escalar al cielo, tratamos de hacerlo con calma y en silencio para iniciar el acto de comunión con nuestra señora. Me vino a la mente la imagen de mi abuela paterna cada año hacía una visita sin importarle el regreso de doce kilómetros caminando, pero al amanecer del primer domingo de octubre, allí estaba, pidiendo seguramente lo mismo. Cinco peraltes antes, se empieza a descubrir lo blanco de las paredes viejas de la capilla, ya al subir el último escalón y con lo lampareado del sol descubrí la puerta abierta, se ve oscuro, y entre la oscuridad se vislumbra una silueta dorada, es el aura de nuestra señora, allí está con su vestido almidonado, no se alcanza a ver muy bien, sobre éste tiene un lienzo que la cubre con una capa espesa de figuritas milagrosas de oro puro, de diferentes kilates, según la petición, y posibilidades de sus devotos, su corona es la misma. Allí está ella, tan conservada. Este día la calle luce desierta, en lo que subimos y bajamos no encontramos a nadie, parece un pueblo fantasma, ya no hay niños, las casonas lo dicen

todo, hablan por si solas, las de doble altura, la planta alta parecen espacios surrealistas casi se desmoronan, en los balcones ya nadie se asoma.

Ya estamos frente a nuestra señora, yo a un lado y mi madre en el otro, nos separa el pasillo que conduce al retablo, cada quien platicando en silencio, aquí ya no nos importa si la camioneta se va o nos espera. Sí, me mira, y le doy las gracias, ya no se si pedirle algo o no, pero me quedo mirándola por un buen rato, envuelto en un silencio, donde la única verdad es la que quieres encontrar. Gracias, nos vemos pronto. Mi madre hace lo mismo. Salimos y la más consciente del tiempo es mi madre, teme caminar 12 kilómetros, le tomo una foto afuera de la capilla y al fondo sale nuestra señora, después mi madre me toma mi foto, es casi la hora de que la camioneta regresa. Vámonos. Empezamos a bajar, en el quinto peralte volteo, y a los lejos veo el aura dorada. Me despido nuevamente en silencio, luego subimos más de prisa. Se nos atraviesa un hombre joven, le pedimos si nos puede tomar una foto, asienta que sí, le sugiero que salga el paisaje y el fuerte río, al menos nos llevaremos una foto, el tiempo no alcanza para bajar, el hombre aprueba la sugerencia y nos toma la foto, apenas nos colocamos, flash, y la foto ha sido tomada. Gracias. Adiós, le decimos. Nos esboza una sonrisa y desaparece. Después bajamos mi madre empieza a caminar más de prisa, empezamos a descubrir el caserío del centro del pueblo, la plaza luce desierta, en uno de los balcones se asoma un señor parece atrapado por el tiempo, los años y la vejez. Los jóvenes se han ido. Seguramente en unos 20 años, tal vez el pueblo recupere su vida, cuando este país sea de viejos. Sí, los viejos se

integraran a las casonas, a los muros añejos, aquellas generaciones que poco a poco fueron emigrando a las ciudades, y otros, al otro lado, regresaran. Estoy seguro. Tal vez cuando regresen o regresemos a habitarlos, la vida vista desde los balcones será realista. Busco y no encuentro una tiendita para comprar algo, fantástico, vislumbro el letrero de un restaurante, ya se lo que pediré para comer, unas enchiladas panuqueñas, o decepción, cuando nos acercamos descubrimos un letrero que dice: Abierto sólo la primera semana de octubre de cada año, fue una ilusión, apenas es julio. Ya viene la camioneta y empiezan a llegar los pasajeros, no se de donde salieron, en cinco minutos nos vamos, allá abajo hay una tiendita por si quieren comprar algo nos dice el conductor, no te tardes me dice mi madre, me traes un refresco de dieta, encuentro unas botellas de agua, refrescos y una bolsa de pan caliente, recién horneado, regreso y ya todos los pasajeros están arriba, como puedo me acomodo en un huequito, mi madre al mero adelante, empieza el regreso, la camioneta da marcha con la doble tracción es suficiente para que empiece a subir el hoyo de Pánuco, he tratado de tomarme las suficientes cucharadas para sobrevivir por un tiempo, mi madre se ve feliz, nunca se dio cuenta de la foto que le he tomado en medio de la calle antes de subir a la camioneta, parecía perdida, cómo si buscara algo. Me gustó que no se diera cuenta de que le tomaba una foto, de haberse percatado me hubiera dicho. Déjate de chingaderas, sabes que no me gusta que me tomes fotos, ¡Qué belleza de pueblo! Sólo por ello vale la pena venir. No importa que no se esté enfermo. Me dan ganas de comer algo, el pensar que me podía comer unas

enchiladas Panuqueñas me abrió el apetito, comeré un pan y lo disfrutaré de igual manera, les invito una pieza a nuestros compañeros de viaje, empiezo por los niños se ve que son los que tienen más apetito, alcanza para todos. La camioneta sigue subiendo hay momentos que parece que no puede más. Mi madre toma su refresco de dieta, ganas le dan de comerse una concha pero es demasiada azúcar. Dos kilómetros antes de llegar al entronque de la carretera Mazatlán-Durango, la camioneta para, es demasiado peso y ya no puede subir, el peso de los pasajeros se lo impide. El conductor nos ordena que nos bajemos, acatamos la orden, somos catorce entre niños y las mamás de éstos, una vez todos abajo, acelera y la camioneta empieza a subir, veo que alguien no bajó, es mi madre quien la veo muy oronda encaramada, con la boca apuñada, queriendo reír por chapucera, una chapuza que se le permite por sus años, es la decana de entre los pasajeros, nadie dijo nada, ni lo niños, empezamos a caminar más bien a subir la cuesta, bastante inclinada, le ayudo a una señora con una bolsa de asa de ixtle donde lleva aguacates, quince minutos suficientes para llegar echando el hígado. Mi madre sestea arriba de la camioneta, argumenta cuando nos ve llegar, ya cuando quise bajarme, el hombre le dio muy fuerte. Por si alguien le decía algo, pero no fue así, todos seguramente estuvieron de acuerdo en que no se bajara. Yo sabía que esa fue su intención, la de no bajarse, el sol era muy fuerte. Nuevamente abordamos la camioneta. Al pasar por el cantil, dice una de las pasajeras hace tres días a *la Pola* le cancelaron su negocio, dicen que le encontraron pastillas de droga, y polvito, mira que triste se ve el restaurante, mi

marido se quedó sin chamba y otros más también, tuvo que soltar un dineral pa que no se la llevaran al CERESO, dicen que fue dedo de algún cabrón, ojalá pronto se arreglen las cosas, si no, no se que vamos a hacer, está muy duro, llevo estos aguacates espero venderlos todos. Le dice a otra pasajera, quien también lleva a vender membrillos, y la otra, manzanas y duraznos. Ya casi llegamos a Concordia, estamos pasando el arroyo del magistral, que fresco se ve, dan ganas de hacer una parada, tendré que conformarme con el agua que salpica al pasar el vado, los niños felices con ganas de que les caiga más agua. Hemos llegado. Al bajar le comento a Florencia que debemos comprarles a las mujeres fruta, en eso estábamos cuando las mujeres nos regalaron una bolsa de fruta, no aceptaron que se las pagáramos, les regalé a los niños el resto del pan y los refrescos, la señora de los aguacates nos dice ojalá que la próxima vez que nos visiten, ya hayan terminado la autopista Mazatlán-Durango, pasará muy cerca de Pánuco, el tramo será más corto, además, dicen que lo están promoviendo cómo pueblo mágico. Adiós, Nos despedimos. Abordamos el auto y nos fuimos a San Jerónimo. Florencia se veía contenta pero a la vez agotada por el sol. Misión cumplida le dije. Cómo no se me ocurrió traer a Rosa Melia a Pánuco antes de que cambiara de religión, seguro de que hubiera encontrado respuesta a todas sus dudas, con sólo una visita. Pues si me dijo Florencia, dice la Macarena que hasta ya se bautizó. Un poco tarde para hacerle la invitación, cada que platico con ella lo primero que me dice, gracias al señor es ahora lo que soy.

El viaje a la virgen me hizo bien, al oír decir a la mujer de los aguacates que la casa del Cantil había sido si-

tiada, fue inevitable mi *flash back*, mi regreso al pasado, cuando los militares peinaban constantemente la sierra o los caminos poco transitados como parte de los operativos del ejercito militar, para controlar el tráfico y cultivo de enervantes, tiempo en que éstos pasaban por el rancho de mis abuelos donde vivíamos, sembrando el pánico de las comunidades serranas, suerte la mía que siempre estaba mi papá conmigo, temía que se lo llevaran y me dejara solo, aún, cuando sabía que no tendrían porque llevárselo, pero no les importaba, se llevaban a todos los hombres que se encontraban en su camino, para después someterlos a interrogatorios hasta llegar a la tortura por suerte eso no sucedió, en cambio otras familias vecinas a nosotros no corrieron con la misma suerte, puedo enumerar una lista grande de vecinos que sufrieron los estragos de las torturas, violando sus derechos, simplemente por negarse a confesar lo que el ejercito quería escuchar, y ellos, no tener la certeza a quien pertenecían los sembradíos, simplemente ellos eran campesinos que se dedicaban al cultivo de maíz y frijol. Cañedo fue una víctima constante de estos embates, torturado tantas veces, murió de cáncer pulmonar, eso fue lo único que dijeron, los pulmones con el tiempo manifestaron los estragos, por los líquidos de Tehuacan, agua y otros solventes, que lo hacían ingerir por la nariz, mientras lo sujetaban de las manos manteniéndolo acostado mientras le introducían los líquidos para después sumergir su cabeza en una pileta con agua, hasta casi ahogarlo, dañando así sus pulmones, cuando decidió ya no trabajar en la administración de aquel rancho, la enfermedad empezó a manifestarse, en un corto tiempo murió. Gabino

otra víctima inocente, sólo porque el ejercito lo encontró por el camino, le dieron una golpiza hasta dejarlo tronchado, no habló porque no tenía nada que decir. Inevitable poder borrar esa parte de mi pasado.

Curado estoy del desamor.

## Un desliz

**N**os prometimos encontrarnos en Mazatlán el día 28 de diciembre, el mero día de los Santos inocentes, los ya ex compañeros de la universidad. Habían transcurridos tres años de habernos graduado. La cita sería en el café Pacífico en el centro histórico de Mazatlán. Frente a la plazuela Machado, a las 18:00 horas. Llegué puntual. Después llegaba Miguel Ángel, seguido de Perla, quién antes de saludar dijo: Vengo dispuesta a ver el amanecer frente al mar, quiero que la brisa salpique mi cuerpo, y así renacer, previo a que termine el año, es un ritual que hago cada año, sólo que esta vez lo adelantaré un poquito por el gusto de vernos. Traía una bolsa con regalitos para todos, hacía un par de años que su residencia era Nueva Orleans, gracias a su loco afán de atrapar turistas en el puerto diciendo que necesitaba practicar su inglés, fue a así que conoció a Jhon, una tarde frente al mar, él, llegó pidiendo información para llegar a la plazuela Machado, y ella, lo orientó y hasta se ofreció acompañarlo. El romance siguió por correspondencia, después sin avisarnos se casó, unión que sólo duró menos de dos años, pero que le permitió obtener una visa de residente en aquel país. Llegó con su minifalda Costeña y su cabello albo-

rotado, típica costeña de Escuinapa, la perla camarone-  
ra. Después del efusivo saludo a Caprí como le decían a  
Miguel Ángel, y a mí, preguntó quién más llegaría, Bea-  
tríz la princesa, Teresa, Fernando y Leonel. Hoy vengo  
dispuesta a todo, sobre todo quiero a un nacional, soy  
soltera nuevamente. Jhon resultó todo un fiasco. Los  
acordes de las cervezas armonizaron el momento, al  
tiempo que llegaba el resto y se integraban a la algarabía.  
La fiesta iniciaba y así, todos solteros nuevamente.  
Después de de tres o cuatro rondas de cervezas, Perla  
propuso continuar la fiesta en la zona Dorada. Salimos  
del Café el Pacifico, sin probar el sabor de éste. Toma-  
mos dos pulmonías, les solicitamos a los conductores  
que tomaran la calle Romanita de la Peña para salir a  
las Olas Altas, e irnos por todo el malecón hasta llegar a  
la Zona Dorada, nos bajamos en el Valentino, empeza-  
mos a ver bares, en el camino había uno, el Torito, bar  
diverso, se anunciaba. Perla propuso que entráramos.  
Nadie objetó. Todos venimos en pareja, dijo, por si algo  
sucede. Efectivamente, era un bar diverso, los asisten-  
tes al vernos llegar nos vieron cómo una opción de  
ganado nuevo, la que atrajo primero fue Perla, varias  
apuestas mujeres vinieron a ella a ofertarse, a todas les  
dijo que no. Reía y decía, no estaría nada mal una nueva  
opción sexual. Desde el fondo del bar donde nos senta-  
mos teníamos la mejor vista, vi pasar a un hombre que  
me pareció conocido, minutos después pude compro-  
bar que se trataba de Alfonso de la Parra el esposo de  
Rosa Melia, ¿Qué hará este hombre aquí? Y me respon-  
dí, seguramente lo mismo que yo, inmediatamente me  
acordé de un gran amigo que dejó de serlo, cuando en  
su despedidaza de soltero me pidió que lo acompañara

a un *table dance*, me dijo si por casualidad nos encontramos a alguien conocido, y nos pregunta sorprendido, ¿Qué hacen aquí? Inmediatamente contestaremos. Lo mismo que tú, con seguridad, sin que note que nos andamos escondiendo o temerosos, y así seguir en el antro. Eso me lo dijo antes de entrar a un antro de emociones fuertes, por suerte, no nos encontramos a nadie conocido. Opté mejor por esconderme entre las luces y no ver más a Alfonso, aunque era inevitable, por momentos dudaba si era o no era él, pero pude comprobar que se trataba de él mismo, merodeaba todo el lugar cómo un lobo acechando a la presa, lo mismo hacía con las mujeres que con los hombres, departía sonrisas de seductor para ambos sexos, apachurraba sus labios desprendiendo lujuria, en algunas ocasiones lo hizo para Perla y otras veces para Fernando sin conseguir eco, ya entrada la madrugada salió con un hombre, al pasar cerca de nosotros le dije a Miguel Ángel, mira ese es el esposo de Rosa Melia. Qué calladito tiene su otro yo, me respondió.

A las 4:00 horas salimos del Torito, bien toreados de la faena. Caminamos por el malecón hasta llegar al Paseo Olas Altas para esperar el amanecer y participar del ritual con nuestra amiga Perla, que no era más que un pretexto para seguir la fiesta, por mi parte lo único que quería era hablar con Rosa Melia, estaba seguro que en un par de días el 31 de diciembre la vería en Los Álamos. Me cuestionaba sobre hacerle la pregunta directa, para saber si sabía de la doble vida de su todavía marido.

## Realidad

El destino quiso que esto ya no continuara, nuestro matrimonio terminó por circunstancias previstas de su oficio, lejos de sentir dolor, sentí un gran alivio. Gracias Dios mío por hacerme viuda, me dije en silencio, al mismo tiempo que cumplía con el protocolo del funeral. A mi hijo no quise acercarlo a este acto, todavía no cumplía los dos años y no quería que estas imágenes las registrara su cerebro. Esa misma tarde después de regresar del panteón fuimos echados de la mansión, la celda en la que estuve presa, y siempre se nos dijo era nuestra. Estoy muy agradecida por la liberación. Salimos, antes, recogí nuestra ropa y algunas cosas personales. El chofer nos ofreció el último servicio a casa de mis papás. Ésta vez, ya no era necesario que regresara por nosotros. Después de unos días por curiosa contraté los servicios de un abogado. Nada estaba a nuestro nombre, salvo el acta de nacimiento de mi hijo, la custodia es sólo mía. En realidad no tuve días de duelo, esa misma tarde empecé a conectarme con la vida, al día siguiente del sepelio fui a la universidad para tramitar mi título, uno de mis pendientes, suerte la mía, mientras hacía los tramites me ofrecieron un trabajo para radicar en el valle del Fuerte, mi destino actual.

Dos semanas después de haberlo visto en un bar diverso sucedió la ejecución.

## Nostalgia

**H**oy era yo el que necesitaba que Rosa Melia me escuchara, es por eso que le llamé, calculado la hora en la que ya estaría de regreso en su casa. Estoy trabado sólo por inhalar la vibra de mi jefa que por cierto que nociva se ha vuelto, hay enervantes que te matan lento, pero el que he inhalado hoy es fulminante, sólo que este enervante está permitido en el gobierno federal y la iniciativa privada. De verdad es peor. Te lo juro que prefiero un cigarro de marihuana. Estoy seguro que no me haría tanto daño, al menos me haría viajar, me volvería creativo y lúcido, este veneno que transpira esta mujer, y aunque no lo quiera, logra hacerme daño, ¿Quién dice que sólo las llamadas drogas acaban contigo? Y todo por decirle que ya no me sentía a gusto trabajando. Dije la verdad, aún cuando habíamos hecho un pacto por si un día sucedía esto, no habría ningún problema. La razón, no estoy de acuerdo en su forma de conducirse, tal vez, fue el fastidio lo que me llevó a decírselo en ese momento. La verdad me hartó el ninguneo, la soberbia, las arbitrariedades, y la falta de planeación en el trabajo; pero también creo que la gente no perdona el éxito de los demás, y entonces el hilo se vuelve tan delgado, cómo tan cierto es que en-

tre el odio y el amor sólo un paso existe o lo que es peor así cómo la línea tan estrecha entre ser un asesino y no serlo, no con ello justifico a los que caen en la trampa de las drogas o los escapes, existe casi nada, como seres humanos, expuestos, todos estamos en tomar rumbos contrastantes, ser o no ser asesinos. Lo mismo pasa, de ser cordiales a no serlo, de tener poder a ya no tenerlo; pero ese no es el problema. Qué difíciles somos los humanos, de tajo terminamos con todas las concesiones que delegamos en una persona, sin importar el compromiso formal, y así, la sonrisa se apaga, como cuando un foco se funde, y no lo esperas, así fue, se fundió para convertirse en una energía contraria, de ser una energía cinética, se convirtió en una energía fría, las últimas palabras fueron, yo contigo ya no tengo nada de que hablar, pero por supuesto que había de que hablar, el más perjudicado soy yo, y con una sonrisa malévola selló lo que ya venía maquiando tiempo atrás. Es por ello que pienso que estos daños a la salud mental deberían castigarse de igual o peor a los que trafican con enervantes, pensamientos que envenenan, fulminan, pudren el ambiente laboral ¿Y con qué derecho? Sigo respirando, me salpica, ¿Qué hago? Paciencia, creo que su pensamiento se ha contaminado por la mala filosofía mal entendida, el otro día encontré en un cajón de su escritorio, cuando todavía tenía acceso a la información que compartíamos, el libro el príncipe de *Maquiavelo*, hay quienes le temen a este pensamiento y casi siempre cuando se refieren a él, es para describir el pensamiento de alguien enfermo, en algunos casos así es, depende como canalices la filosofía, en lo personal lo he entendido diferente y

no aplico su filosofía para vengarme, sino para protegerme de los enemigos, tal vez porque cuando lo leí lo hice de una forma consciente.

No me hagas caso Rosa Melia, ahora me siento mejor, después de este monólogo. Te entiendo, me dijo. Qué difícil es el diálogo entre los humanos, estoy de acuerdo contigo que también debería castigarse, hace mucho daño, creí que esas practicas en el gobierno había desaparecidos. Pues no le dije, siguen tan vigentes, como la coca-cola en la mesa de los mexicanos, la principal generadora de diabetes en nuestro país, pero no se le aplica un impuesto elevado como al tabaco. Paciencia me volvió a decir. Sí verdad, la misma que debiste haber tenido tú, para liberarte de las ataduras. Por mi parte hago lo propio. Que me dices de *Lidia Cacho* quién ha perdidos los juicios, la razón es de quien no la tiene en estos tiempos.

Luego te marco, parece que Placido mi perro está inquieto, no quiero violar sus derechos, es la hora de su paseo.

— Deberíamos hacerle una visita a esta mujer, le dije.

— Calla boca, me respondió.

## Un paseo con su hijo

Ocho días antes a la muerte de mi tía Macarena, abuela materna de Rosa Melia, platicué con ella en la casa de Los álamos, era jueves santo, me dijo que se sentía muy bien con Julián Alfonso su hijo, ahora que ya es un adolescente, constantemente le hago saber lo difícil que es la vida, y a cada rato me acuerdo de la frase que nos decía mi abuela, bien sabe Dios porque no les da alas a los alacranes, cada que nos sorprendía volando con nuestros pensamientos, ¿Te acuerdas?, me preguntó. –Claro que lo recuerdo, le dije.

Platicamos un poco alejados de la mesa del comedor, donde estaba mi tía reclamando de todas las pérdidas de sus utensilios de cocina, durante sus dos meses de ausencia. Le reclamaba a Leticia su hija menor el haberle chingado la cafetera. Qué atilincon le has de ver dado que la rompiste. Enterada por una de sus nietas, le contaron que su tía Malle le ponía el maíz a las gallinas en la vasija que usa para relajar sus pies con agua caliente. Y ella contestó, en el culo debió haberles puesto el maíz, pa que sepa, se va uno, y disponen de las cosas haciendo mal uso. Mientras, Rosa Melia me contaba, y yo, disfrutaba el fresco del corredor contiguo al comedor, donde estaba la yaya Macarena,

aliviando su enojo a través del desahogo. Cómo disfrutaba ver los almendros que tenía en el patio, mientras el aire soplabla provocando un remolino, propios de la cuaresma. Los almendros se columpiaban al ritmo y velocidad de éste. La otra vez llevé a Julián Alfonso a unos de los barrios marginados de la ciudad de Los Mochis seguía diciéndome Rosa Melia, para que tome conciencia, y vea en las condiciones insalubres que vive esta gente, él me preguntó ¿Por qué mamá? -Porque seguramente no han tenido otra oportunidad de vivir. Bajé la velocidad del auto, por los baches, postrados en una banqueta estaban unos niños de mirada triste, y con una panza abultada, menores a Juliancito, de unos 7 años de edad. Julián Alfonso bajó el cristal y les regaló la bolsa de chocolates y la bufanda que traía puesta. Me dijo. -Seguramente ellos tienen más frío que yo. Seguramente sí, le contesté. Me dio un gusto por la toma de conciencia, también pasamos por un barrio dónde acuden adolescentes a drogarse, le dije, mira cómo terminan con su vida tan rápido los que caen en el juego de las drogas, ellos piensan que son felices, que es correcto lo que hacen, y cuando quieren salir de ese laberinto, les es casi imposible, además sus neuronas las que te hacen pensar están dañadas, y me volvió a preguntar. –

¿Por qué?

Seguramente por circunstancias que ellos no alcanzan a comprender, y además de no tener a alguien cerca, justo en el momento para que los oriente a tomar una decisión correcta, las circunstancias los orillan a tomar salidas en falso o un simple escape para no enfrentar su realidad, y bueno, siempre están los que asechan

a las presas, invitándolos a probar de forma gratuita, y después volverlos sus clientes cautivos.

— Que malos verdad, me dijo.

— Sí, muy malos. Así es que mucho cuidado cuando alguien te ofrezca.

Recuerdo que esa tarde fue la última vez que vi a mi tía Macarena, tan contenta como nunca, un día antes había regresado a su casa, después de un par de meses de estar en casa de sus hijos en Sonora, parecía que volvía a la vida, como una jovencita, donde nada le hace daño a su estomago, tomando el café con los coricos que mi madre le llevó, después se comió unos tamales nixcoco, tan guindas cómo su rostro, y seguía platicándonos de su último enfrentamiento con la autoridad, sin razón alguna, dejaron la calle sin alumbrado público, argumentando que no había dinero para pagar la luz, a mi que chingados me importa que no tengan dinero les dije, yo he cumplido a tiempo con pagar mis impuestos, pero la realidad es que dicen que nosotros no votamos por ellos y ahora nos castigan con esta oscuridad que parece un calabozo, tan oscuro cómo las tinieblas, después de discutir al otro día me fui a Sonora, ahora que he regresado ya está muy iluminado, son unos cabrones. Dos días después de esa memorable tarde, regresé a la ciudad de México, eran las 05:00 horas, pasamos a recoger a mi primo quién también viajaba, mi hermana nos llevaría al aeropuerto, ya nos esperaba mi primo afuera, su mamá me dijo mi madre ya está despierta pasa para que despidas. Ya nos vamos le dije. Gracias por que nos hemos vuelto a ver. Dios te bendiga y te lleve con felicidad Manuel. Sólo le di un beso y tomé sus manos, al mismo tiempo

que apretaba las mías como un gesto de complicidad. Vi sus ojos más claros que nunca, y me retiré. Ella se quedó acostada, muy segura de que sería la última vez que coincidíamos en ésta vida, sin decir más, entendí la comunión, fue su última palabra para mí. Manuel. Siempre me llamó así, era la única persona que me llamaba por mi segundo nombre, y eso porque nunca me pidió permiso, seguramente porque ella era Manuela aunque le gustaba que le dijeran Macarena.

A los ocho días me llamó mi madre para decirme la Nela acaba de morir, se fue platicando, apenas llegué y la alcancé con vida, le pregunté, Nela que sientes. La vida que se me va Tina, le empecé a sobar la espalda, y así quedó. Quieta, rodeada de sus hijos y nietos. Se la llevaron para preparar su cuerpo, más tarde regresan con ella. Aproveché para venir a casa y llamarles a tus hermanos, y a ti, allí estaba Rosa Melia, por la mañana llegaron todos, ya esperaban su muerte. Me les das un abrazo a todos, te llamo pronto.

Más tarde me llamó Rosa Melia, para decirme lo mismo.

## El refugio

Ahora que estoy aquí, he comenzado a cultivar las rosas en el alba, por un tiempo las dejé y se marchitaron, al igual que mi alma, desde mi ventana percibo su aroma, me inspiran.

Cuando llega la temporada y tengo que sembrar los almácigos de los tomates y después trasplantarlos en el huerto para el cultivo, sucede en octubre cuando hay luna llena, con la luz que se propaga sobre los cultivos, y el rocío de la noche, poco a poco recupero mi vida. De un tiempo a la fecha, he renacido, no es otra cosa que el propio renacimiento de mi vida, es por ello que la casa que me he construido, me inspiré en la villa Rotonda de *Andrea Palladio*; tal vez de forma inconsciente, ahora que lo recuerdo muy parecida a la finca de mi bisabuelo, retomé lo más elemental. La construí lo más alejado del entorno urbano para encontrar ese equilibrio espiritual que necesito para vivir en armonía, me gusta la simetría que he logrado, de cualquier ángulo me siento en equilibrio, razón por demás por la que he elegido esta ciudad del valle del Fuerte, lo que más me gusta de la ciudad es precisamente su simetría, su equilibrio, una ciudad nueva, cómo lo es mi vida misma ahora. Me gusta perder la vista en el horizonte, allá, en

los cultivos de los tomates, pero sobre todo, en las Rosas del Alba que enmarcan el huerto, ¡Quise renacer! Con este equilibrio he logrado sobrellevar la enfermedad de la fibromialgia, espero un día gracias al señor desaparezca, y sí él, así lo decide, enviará un hombre para mí, por ahora el simple hecho de tener la oportunidad de seguir viviendo es la fuerza que me levanta cada día para continuar con la formación de mi hijo, al que he querido mantener alejado de lo que perturba la mente del humano; es verdad, algunas veces todavía despierto con un sobresalto cuando en mis sueños aparecen escenas de la violencia que viví, residuos a un presente en mi inconsciente, difícil desaparecer esas secuelas, tal vez el inconsciente se hace presente en mis sueños y se han acrecentado más en estos tiempos por mis temores ahora que Julián Alfonso ya es un adolescente, me cuestiona, me pregunta, me bombardea con sus dudas, algunas veces evado ese tema, le he platicado cosas escuetas de su familia paterna, cada día es más difícil esquivar el tema.

El otro día salimos a comprar los regalos de navidad el mero 24 de diciembre, por razones de trabajo y económicas hicimos las compras de última hora, le había prometido que podía escoger su regalo, me dijo que quería unos tenis, entramos a varias tiendas, desde un principio vio lo que él quería, pero yo insistí que deberíamos seguir viendo opciones, más bien la que necesitaba ver opciones era yo, para ajustar mi presupuesto a los precios tan excesivos, los tenis que a él le gustaban curiosamente eran los más caros, decidimos sentarnos por unos minutos en una de las bancas del centro comercial. Los tenis que a Julián Alfonso le gustaban no

eran la mejor opción para mí, la discusión rebasó mis límites a tal grado que lo amenacé, diciéndole que si no veía más opciones no había regalo. -No estoy dispuesta a comprarte esos tenis, le dije, en un tono enérgico. -Sí los quieres tendrás que trabajar estas vacaciones para que sepas como se gana el dinero. Entre el tumulto de la gente que al igual que yo hacían las compras de última hora, sentía una mirada que nos seguía, y a la que trataba no darle importancia porque pensé que seguramente se trataba de mi delirio de persecución que sufro cuando frecuento estos lugares. Traté de hacerme sentir que sólo era eso, había tanta gente haciendo compras que me provocaban un sofocamiento, que ni lo frío del día lo aquietaban.

Julián Alfonso seguía sin entender porque debería escoger otros tenis, no lograba comprender mi actitud, aún, cuando le había prometido que tenía derecho a escoger, seguramente pensaba en lo incongruente que era. Seguimos caminando, nos metimos a otra tienda, y al salir, mis pensamientos que se encontraban lo más alejados a cualquier casualidad y coincidencia, como aquella tarde de domingo, curiosamente, hoy 24 de diciembre también era domingo.

Una voz que salió como de entre las tinieblas, me dijo.

— ¡Rosa Melia!

Levante mi mirada y con mi mano derecha tomé a Julián Alfonso, no se cuanta fuerza habré aplicado para que éste no escapara de mí, o alguien intentara separarlo, sacudí mi cabeza como queriendo a la vez borrar una imagen que tenía enfrente, y no la quería ver, mucho menos reconocer. Contesté. Sí.

— ¡Es Juliancito verdad!

Afirmó la voz de la mujer salida de las tinieblas.

Esa mujer que denotaba ya el paso de los años, la veía con intenciones de lanzarse contra mi hijo, sin poder saber si eran buenas o malas sus intenciones, al mismo tiempo que transcurría esa escena yo lo ataba más a mí, tratando de protegerlo, volví a sacudir mi cara para intentar borrar la imagen presente, pero el retrato seguía allí, inmóvil. Traté de esquivarla por unos segundos, y en ese inter mis ojos descubrieron una curva pronunciada y sobrepuesta, pero muy adherida al cuerpo del hombre que la acompañaba. Subí mi mirada recorriendo la figura deforme hasta descubrir los ojos color aceituna con poco brillo, encontré una cara deshidratada. Fue entonces que supe quienes eran.

Sabía que esto un día sucedería, y tendría que enfrentarlo ante mi hijo, quién sólo miraba sin entender lo que pasaba a su alrededor, recuperaré mi fuerza la que siempre le he demostrado y saco desde lo más hondo de mí, cuando estoy frente a él, y le dije.

— Julián Alfonso. Ella es, Elena, hermana de tú papá. Y él, Fermín, esposo de Elena.

— Qué tal, ¿Cómo han estado? Hice la pregunta obligada.

Elena inmediatamente me dijo, me permites abrazarlo.

Claro, respondí, tratando de contener cualquier rencor y no delatarme ante Julián Alfonso, quién hasta ese momento lo mantenía sujetado, cuando lo solté las marcas de mis dedos permanecían dibujadas sobre su piel sensible.

Él respondió con cierto desconcierto, y sólo les dijo. Hola.

Pasaron unos segundos para que Fermín me saludara. No sentí nada al verlo, simplemente correspondí a su saludo. Elena preguntó dónde vivíamos, le dije en el valle del Fuerte; le comenté que en éste momento nos encontrábamos debatiendo en la compra de unos tenis, él está aferrado a unos que no me parece justo el precio, no estoy de acuerdo.

Hay Rosa Melia permíteme comprarle los que él quiera. Déjame hacerle un regalo. Por favor. Me suplicó.

No supe que contestarle, optamos por caminar un poco argumentándole, que mis papás estaban próximos a venir por nosotros, pasamos frente a la zapatería.

Elena me pidió que paráramos, me solicitó nuevamente que le permitiera hacerle un regalo a su sobrino. Finalmente cedí.

— Ella le dijo a Julián que escogiera sus tenis.

Julián ya había decidido, así es que no tardaron mucho en hacer la compra, los tenis estaban aún en el mostrador al lado de la caja, minutos antes Julián ya se los había probado. Mientras Elena pagaba, llegó Lidia, la muchacha que los asistía con los niños, inmediatamente se hicieron las presentaciones, dos niños casi iguales, el mayor de un año de diferencia a Julián Alfonso, y el segundo cuando mucho dos años menor. Elena me pidió si podía llamarlo por teléfono, también se atrevió a pedírmelo para llevárselo unos minutos a su mamá, pero le dije que por ahora no era posible, mi mamá sigue igual, ya sabes no ha cambiado, mira tenemos que irnos porque mis papás nos esperan en el estacionamiento, me dio un abrazo que lo sentí como una suplica de perdón, sin decirme ni una sola palabra, me despedí de forma cordial de Fermín mirándolo a los

ojos, también me despedí de los niños quienes estaban entretenidos platicando como grandes amigos.

Ahora es mi gran preocupación, Julián insiste en querer visitar a su nueva familia a la que me resisto por temores, es hora que no le he contado como sucedieron las cosas, no encuentro la forma ni las palabras, pero es hora de enfrentar esa parte del pasado.

Desde aquí mi vida es diferente, el ambiente, el olor, la atmósfera es quieta. Entre mi tiempo de trabajo y mis tareas como madre y padre, dispongo de poco tiempo para mí. Los fines de semana son mis favoritos, cuando mi hijo y yo tomamos la carretera Los Mochis- Choix y así, atravesar todo el valle, me resulta relajante, respirar el aire tan puro, con aroma a las diferentes hortalizas, predominando la de los tomates; perder mi vista y sólo ver a lo lejos una nube densa de un verde intenso. ¡Me gusta impregnar mi espíritu con estos aromas! Julián Alfonso al inicio del viaje se coloca sus audífonos para escuchar música, pero apenas dejamos lo urbano de la ciudad se desconecta de su música, no dice nada, pero me hace feliz que éstos viajes lo marcaran cuando sea grande y en algún lugar dónde se encuentre le entrará la nostalgia, estoy segura la aquietará con un recorrido imaginario.

Me gusta hacer una parada en Mochicahui para ver danzar a los Pascolas, contagiarme con este ritmo, el sonido de las conchas atadas sobre sus pies, me provocan ganas de saltar a danzar con ellos, convencida de que la música y el baile son la mejor medicina para olvidar los males, provocados por las constantes órdenes enviadas a mi cerebro; cuando me compré mi máscara de madera elaborada por éste grupo indígena a

Julián Alfonso le causó risa, sin entender que detrás de la máscara he ocultado mi pasado, tiempo después me pidió que le comprara una, el maestro del grupo se la ha hecho a su medida, todavía no se atreve a danzar, seguramente un día lo hará; por mi parte a mí me alivia, sobre todo cuando los dolores de la fibromialgia vienen, el pensar en ello me causa un placer cuando esta próximo el fin de semana, para reencontrarme con los dioses de los Pascolas, el mal desaparece, y así, ya no tengo que mandar pedir el medicamento de sales minerales a España, he encontrado una buena terapia, me gusta cuando inicia la cuaresma, la conexión con los dioses es mágica. Después de esta parada tan relajante seguimos el viaje.

¡Qué bella carretera!, atravesar este pueblo viejo de San Blas me reconforta para seguir con el destino final, y llegar al arco que nos da la bienvenida a El Fuerte, siempre me digo para mis adentros, qué curioso, quién diría que un día viviría en la capital del tomate, en este valle lleno de sembradíos.

Recorrer las calles empedradas y otras adoquinadas de este pintoresco pueblo hasta llegar a la plaza principal, caminar cada una de sus calles, y escuchar en alguno de sus recintos algún concierto de cuerdas, ¡es maravilloso! o simplemente escuchar a un violinista en la plaza al lado del kiosco de hierro forjado único en la región. Las tardes no son tardes, si no tomarnos un chocolate caliente en los portales del centro, para después hacer un paseo en lancha y recorrer parte del río e integrarme al vuelo de las garzas, que algunas veces son ellas las que se integran a nuestro recorrido, son ellas quienes guían al conductor, vemos terminar así la tarde

y decidimos no regresar, nos quedamos a pasar la noche en las cabañas de La Paloma a orillas del río. Desde la ventana de la cabaña acostada veo el caudal del río que es la parte serena del cauce, hasta parece que si saco la mano por la ventana puedo tocar el agua, además de parecer que el nivel del agua está por encima del nivel de las habitaciones, pero no, es sólo un efecto óptico provocado por la perspectiva o el punto de vista desde dónde se ve, es sólo una percepción del espacio, y así me quedo dormida. Julián Alfonso hace lo mismo, el efecto del sonido lo relaja provoca en él, el sueño más profundo, duerme cómo un ángel, quedando quieto, una quietud en sincronía con la mía, como sueños paralelos que se entrelazan por el mismo paisaje.

Se que un día crecerá y se irá, no se adónde, pero seguramente adónde el destino y sus sentimientos lo lleven, por mi parte el destino me traerá constantemente a este lugar, dónde la luna siempre está llena, me gusta salir a caminar por la noche después de que he dormido un rato, muchos huéspedes hacen lo mismo, caminar por la ribera del río es algo que no puedo dejar de hacer. De repente el agua del río quieta, y en otras parte el sonido que produce el agua cuando choca con las rocas es sin igual, cuando el aire sopla me gusta que la brisa de agua dulce salpique mi cara, es un tónico para mi piel, la humecta y así dormir entre sueños de vida quieta. Despertar al otro día y hacer el viaje de regreso al pasar cerca de Mochicahui, obligatorio hacer una parada para cortar un tercio de flores silvestres Mochicahuis que antes eran las que cubrían todo el valle, flores que a lo lejos parecen una nube blanca, y de cerca, por separado parecen coronas de novia de

los años treintas, como la que usó mi abuela cuando se casó, son las flores que adornan mi espacio, llevarlas es estar en contacto con el lugar, me gusta el cuidado que pone Julián Alfonso para acomodarlas mientras yo las corto, él, hace un gran tercio con ellas.

Desde aquí le escribo un correo electrónico a Julián Alfonso, atada a una ola más de melancolía, ahora que el destino lo ha llevado al occidente, rodeada de flores blancas estoy, tomando el vino que me has enviado y para no sentir la distancia, me he preparado mi ensalada de tomates rojos, a la que le he agregado queso panela, aceite de oliva y albahaca dulce, cómo tan dulce y nostálgico fue el tiempo en el que tantas veces recorrimos la carretera El Fuerte- Choix, ¿Recuerdas Julián Alfonso?

Rosa Melia, tú madre.

## Paralelismo

Él a kilómetros veía salir el sol, sin saber que el sol había salido para él desde hacía mucho tiempo, y que además, era cuantiosa su fortuna; una fortuna no compartida, por principios, rencores y dignidad de su madre. El orgullo, tal vez. Se aisló o lo aislaron; tejió sus sueños desde el punto de vista suyo, lo correcto, prefirió amar en silencio sin ser descubierto, pensando que así, nunca le harían daño; se dijo que los sentimientos jamás lo expresaría ante nadie, aunque un día se enamoró y sufrió, pero el pensar que sólo él, lo sabía, le regresaba la tranquilidad. La rubia nunca lo supo. Siempre le hizo sentir que era un pasatiempo tierno y rico. Si hoy se acaba, no pasa nada, así pensaba para todo, para la vida misma también. Le importaba el presente, así es que le dijo a la rubia el día que lo terminó. Deseo que pronto encuentres a alguien más.

Horas de espera, combatiendo el hambre, tejiendo sueños mientras su madre le ponía más caldo a los frijoles; con sólo imaginar lo que deseaba comer suficiente para saciar el gusto, como si de verdad lo hubiera degustado, le entristecía cuando las penurias rebasaban los límites de la impaciencia de su madre, cuando tenía ganas de comer algo diferente no le quedaba más que

corretear una gallina a tres cuadras de su casa, como coyote cazando a su presa y emprendía la huída. Por el camino una que otra pluma como evidencia delataban la pérdida de la presa. Llegando a su casa la despes-cuecuzaba, la zambullía en agua hirviendo para después desplumarla y ponerla a cocer para el caldo. Un manjar que disfrutaba una o dos veces por mes.

En la escuela no le gustaba que le llamaran nalgón, lo cierto es que cuando una niña se lo decía con dulzura, lo excitaba, y no ponía objeción porque se las tocara, sobre todo si la niña era rubia, las de color le desagradaban su aroma, la transpiración lo irritaba.

La soledad era su mejor aliada. El silencio su cómplice. Sus sueños tan grandes como el horizonte o lo árido del entorno donde creció, y los perdía en el infinito.

Sus preocupaciones los sollozos de su madre; se prometió darle todo a cuestras de lo que fuera.

Una mente brillante para las matemáticas y las operaciones financieras, algo en común con Rosa Melia.

Oficios, casi todos los desempeñó a partir de su adolescencia, para colaborar en la economía junto con lo que lograba traer su madre. La carpintería llamaba su atención, en el oficio que más tiempo estuvo fue el de freidor de chicharrones, hasta que decidió emprender un negocio por cuenta propia en la adolescencia vislumbrando una riqueza que los podía sacar de la miseria a la que estaban sometidos. Con frecuencia cambiaban de casa, la mayoría de las veces eran lanzados por los atrasos a la renta. Soñaba con un castillo para su madre. El amor siempre lo idealizaba, pensaba en lo poco común, tener una mujer a la que no pudiera tocar nunca y que la chispa del amor no se apagara jamás,

por que pensaba que cuando sucedía un acto sexual se terminaba el romanticismo, y al no tener nunca un acto sexual mantendría la llama a todo lo que daba.

— ¿Cómo te inicias en el negocio? A través de un contacto sobrino de un alto ejecutivo que prometió protegernos, arriesgando nuestros ahorros producto de los negocios de la falluca y la piratería, y así, empezó a crecer nuestra fortuna pero también el estrés, en poco tiempo se me desencadenaba una enfermedad que limitaba mi vida a corto plazo. Desde ese día mis ambiciones fueron más grandes, extravagancias y excesos. Los acercamientos de las casas de beneficencias para el patrocinio de diferentes favores. No podían estar exentos los del señor cura, el de la parroquia de la colonia donde vivía, me conocía desde niño, y su actitud hacia mí había sido un poco distante, pero a medida que se enteró de mi riqueza, empezó acercarse a la cuadra donde finqué mi residencia, las más llamativa de la colonia, me sentía protegido por todos los vecinos, pagaba el mantenimiento de todos, donaba la pintura para todas las casas y con ese pretexto el señor cura un día me lo encontré y me ha saludado muy efusivo, llamándome don, el encuentro parecía espontáneo, pero en realidad tenía días tratando de provocar el encuentro, después del saludo me dijo.

— Don José Antonio, quería preguntarle si usted conoce a un proveedor de pintura que nos pueda recomendar, y nos de buen precio, para pintar la parroquia.

— ¿Cuántas cubetas necesita?, le he respondido.

— con 15 cubetas nos alcanza. En dos días cuente con las cubetas, se las llevarán a la parroquia señor cura.

— Muchas gracias Don José Antonio. El señor cura se fue sonriente al mismo tiempo que guardaba entre la sotana el fajo de billetes para la mano de obra. Y es que si no haces la labor tú, otro la hará, y son puntos malos para uno, te debilitas como líder, tienes que entrarle a los patrocinios para tener de tu lado a la gente, al clero, y hasta a los políticos, con decirte sin tener mi primera comunión tenía que apadrinar al que se me acercara, y nunca me preguntaban si todo estaba en orden para que fuera padrino.

Me llené de ahijados, aún sin haber hecho la primera comunión, qué importaba, ni para el señor cura, quién sabía de ello y no ponía objeción, mi reconocimiento era inminente.

Cómo me divertía cuando mi amigo y yo volábamos en el helicóptero y desde las alturas lanzábamos fajos de dólares a los pueblos más necesitados. Qué alegría cuando la gente los recogía y nos daban las gracias, parecía que me tocaban la cara al verlos por los binoculares.

— ¿Mataste a alguien? Eso no se pregunta. Me respondió. Bueno te voy a responder, sólo a unos seis, y a unos treinta bajo mis órdenes.

¿Y qué sentías? Nada. No debes sentir nada, los sentimientos están muertos, además era justo hacerlo. Si no, ellos un día me aniquilarían.

— ¿Y porqué matar? ¿Es necesario? -Algunas veces sí. ¿Avisan a alguien para que sepan dónde recoger el cuerpo? -Lo mejor es no dejar huella, para qué, tratas con alguna mina, y bueno allí desapareces el cuerpo, o muchas veces se hace algo parecido a lo de freír chicharrones, los echas en un caso con un liquido que parece

aceite y en lugar de freírse se ablandan, y desaparecen en el acido, sin dejar huella, es lo mejor.

Pero también hay alegrías, provocamos muchas sonrisas entre los más necesitados; les organizas una fiesta de vez en cuando con una buena banda o grupo musical de quebradita, buena comida y bebida, ah las cabalgatas son bellas, a la gente les gustan mucho, se sienten muy cerca de uno y es por eso que más te admiran, uno tiene la oportunidad de convivir con todo el pueblo, los regidores son los principales promotores de estas festividades, muy significativas en los pueblos de a caballo, y eso, es bonito porque no mueren las tradiciones.

— ¿Qué música te gusta?

Un día estaba muy deprimido y me encerré en mi cuarto abrí la ventana y se empezó a filtrar un sonido de música de violín, efectivamente era un vecino que era violinista, y yo no lo sabía, sentí que daba un concierto para mí, logró tranquilizarme, ese día sentí gusto por esa música, seguramente era algo clásico lo que tocaba, tiempo después supe que eran las cuatro estaciones de *Vivaldi*. Ese día pensé en ser músico, pero popular, con tal de lograr mi objetivo, utilizar la banda para hacer dinero y después, estar quieto.

— ¿Las mujeres cómo las conquistan, porqué les gustan a ellas este tipo de hombres?

Te llegan solas sin que las busques, los papás te las ofrecen.

— ¿Cómo?

Así, se acercan a ti, y te dicen, don José Antonio cómo le va, fíjese que mi hija Lupita se siente muy sola, ojalá que le pueda invitar un día de estos un café, y

bueno no queda de otra más que aceptar la cortesía, contestándole al papá con mucho gusto. Vas a su casa, sales a tomar algo y si te gusta pues es tuya, y si no, pues sólo tomas ese día el café.

— ¿Hay un pago a cambio?

Se conforman con cualquier feriecilla que le des al papá, simplemente estar cerca de uno, para ellos es un honor o que se yo, pero de que te admiran es un hecho.

## Ahora que te volví a ver...

Hoy probé el elixir para mi memoria después de 14 años de nuestra primera mirada, y desde entonces, deseos contenidos de mi parte; esta tarde a lo único que aspiraba era a decirte lo reprimido de mis sentimientos por tantos años, segura estaba que ya lo sabías, hoy no quería que la verdad se me esfumara como el tequila y la cerveza, al ponerlos en el paladar. Hoy no estaba dispuesta a no tener respuesta al deseo que es una necesidad constante como decía *Luís Cernuda*. Hoy si tendría respuesta. Coincidencia o nada es casualidad, sonó el teléfono. Eras tú, para decirme que tenías la tarde libre, la euforia futbolera era la causa. Inmediatamente te he contestado, y que harás con tanto tiempo. No dijiste nada. Entonces te pregunté si querías que nos viéramos, en otro tiempo hubiera contestado dónde nos vemos sin preguntarte, inmediatamente intuí la intención de vernos, afirmé nos vemos en 40 minutos en la Coyoacana, propusiste la Condesa pero al final aprobaste el lugar mágico. Colgué el teléfono y salté de alegría, no se porque, cómo en aquellos tiempos dónde esperaba ese momento. Me duché, me puse la blusa roja satinada que no pude estrenar en diciembre, y bueno, sin hacer el ritual de año nuevo no me había

ido tan mal en los primeros tres meses del año, fueron tan generosos en el amor, y en el sexo, de abril y mayo ni hablar, de una terrible sequía, y no sólo eso, los meses más terribles que he vivido en cuanto al desamor, tan intenso como fue el mismo amor, una herida que aún me duele, manifiesta los pensamientos para que se realicen, ahora que lo recuerdo muy en silencio pedí esto, sólo un encuentro contigo me haría olvidarme un poco de aquello que se ha marchado. Me arreglé para mí, al verme al espejo, vi el brillo en mis ojos, lo rosado y tersa de mi cara se manifestaron; recuerdo que la última vez que nos vimos hubo un intento por desbordar mis sentimientos pero como siempre terminaba diciéndomelo a mí misma, mientras más pasaba el tiempo eran menos las ganas por verte, lo único que quería para cerrar ese círculo, era decirte lo que alguna vez me hiciste sentir, y sin sentir hasta ahora nada, si después de expresarlo ya no te volvería a ver, no me importaba. Qué tarde tan redonda, además viernes, y no quería extrañar.

Ahora si que estuve consciente pero también inconsciente, eso era lo mejor, cuando nos encontramos sobre la avenida México disfruté a consciencia el abrazo, ya no quise extraer nada, ni pensé en un incendio porque sería difícil de provocarlo, y sin embargo nos incendiábamos.

Hablamos de que tu piel es tuya, al igual que la piel es tuya, continuaste diciéndome: si tu tocas a la otra persona en cualquier parte de su cuerpo, es eso, piel, me volviste a decir, lo que si es mía, es mi alma, es lo que se tiene que cuidar y no dañar. Te he respondido, de eso no me queda duda, mi alma es mía. Después de

un par de tequilas y un par de cervezas la lengua se desliza y se introduce a mi boca, como para corroborar la teoría de la piel, y es que empiezo a sentir la textura que sólo había imaginado, el cuerpo se enciende, por tu parte las palabras se encimaban, yo deseaba que tu cuerpo se encimara más al mío, empecé a entender menos, entonces sentía más, sigo sin entender lo sucedido, tomo un poco de aire en lo que escucho y siento las gotas de lluvia que caen sobre el toldo del café de las estaciones de la vida, pero no, estoy en la cantina, la brisa me salpica, la calle esta mojada, tanto cómo yo, y las jacarandas lucen verdes. Es verano cálido.

Me escuchabas y me mirabas tierno y profundo, tus ojos de borrego a medio dormir, tu cara sigue igual, a tu cuerpo se ha adherido una capa que te hace ver grueso, también menos cabello, tu aroma es la misma, el elixir no lo se, pareciera que la música del mariachi es contratada por nosotros, han tocado tres veces seguidas contrabando y traición, la pareja de alado parece nortea, el hombre es un típico de allá, trae cinto de avestruz y su cartera también. Ella toda una camelia, me gusta ese corrido.

Después de romper el silencio desde lo oscuro de las paredes de mi interior te aproximaste y me susurraste al oído, sentí lo tibio de tus labios sobre mi cuello, que aliento tan calentito, sentía las miradas de los de atrás sobre mi espalda, no se si la seducción los excitaba, ojalá. No me inquietó tu acercamiento tan inesperado, lo he disfrutado y se me hizo muy prolongado. La Coyoacana es un lugar muy familiar para mí; la bóveda celeste lucía de un azul bellísimo, quise que capturaras esa imagen, el viento sopla al mismo tiempo que me despoja de lo irreal, ahora todo tan real.

Me perdí en ti, siempre, te lo he dicho. Y ahora ya no, me has preguntado. Ya no provocas más, te he contestado.

Porque ya no soy tan galán, me respondiste. Inmediatamente contesté, no es por ahí, tú esencia es la misma, el hecho de tener más piel adherida a tu cuerpo, en nada cambia. Nuestras miradas se cruzaron tan transparentes ahora.

Te pregunté, ¿Y por qué hasta hoy?-. Antes tuve miedo, siempre lo supe, pero me frenaba. Pasaban las horas, tomaste mis manos y la arrastraste sobre la mesa, las colocaste cerca de tu pecho, las tocabas con suavidad, y no dejabas de mirarme, sentí que te disculpabas, no sentía incomodidad, finalmente sólo tocamos la piel, el alma era de cada quién.

Era momento de retirarnos.

El jardín Hidalgo lucía tan libre, sin murallas y sin granaderos, como sin muros nuestros sentimientos, eran libres.

Ahora no estaba soñando ya habían pasado siete días, y apenas es que lo recreaba, hago una pausa en lo que escucho imagine de *Jhon Lennon*, tal vez como imaginé alguna vez lo nuestro.

Caminamos nuevamente hasta la avenida México donde habías estacionado tu camioneta, cuando abriste la cajuela para entregarme la chamarra que había dejado, segura de no tener frío, al tiempo que me la entregabas quedamos de frente sin decir nada, me has dado un beso en la boca, mientras las lenguas se reencontraban y se fundían o se desintegraban, el sabor presente de del cacao sabía a cocoa, la mezcla perfecta de un sabor muy mexicano cultivado por tantos años, y

hoy, era día de cosecha, la lengua seguía deslizándose con cuerpo y sabor, hasta el infinito crepúsculo de la tarde, sin ser tarde. Un sabor para la eternidad.

Subimos a la camioneta sobre la marcha esto continuo, sin represión pude tocar y beber todo.

Concluiste diciéndome, es un regalo por única ocasión.

La vida premiaba a Rosa Melia, por mi parte, mi calvario iniciaba.

## Una conversación

Ya no me excitas. No siento nada. ¿Por qué me tocas?, ¿Qué sientes? ¿Qué te provoca? Lo haces por un interés o para satisfacer una necesidad sexual. Somos casi iguales. No entendí. Ella respondió. -No tendríamos porque ser tan diferentes. Los seres humanos somos muy parecidos, y creo que tú y yo, más, con intereses muy específicos, envueltos en un mundo dónde no hay límites más que los nuestros, la vez que más he disfrutado hacer el amor contigo es mientras tu me penetrabas por el ano y al lado ejecutaban a un soplón, al escuchar el disparo no pude evitar venirme, es el orgasmo más placentero de toda mi vida, que yo recuerde, es cuando mejor hemos estado en sincronía. Verdad mi tigre. Insisto que somos muy parecidos, la diferencia radica en los hábitos de cada quién. Sí, pero yo no mato, sólo por dinero, y tú por coger. Insisto yo no he matado, decía la reina del sur de la ciudad de México. Y él le decía también tu eres psicópata. Si te sirve de algo, pues sí, soy parecida a ti. Para ser asesino, antes tenemos que ser humanos, es algo que tenemos en común.

Tienes que entender que me he enamorado. Le decía él a ella. Le explicaba de los dos tipos de enamoramiento, el psicológico y el del corazón. Lo mío hacia ella

fue de corazón, y no lo entendiste, en varias ocasiones te hablé con el corazón, y no lo entendiste. Eres cabrona. Dime dónde esta. Te gusta que las cosas se hagan a tu manera. Reconozco que esta vez has ganado.

Se abrió la puerta del estudio, salió la Reina del sur de la ciudad de México. Me sonrió pero no se despidió. Iba impecable, para acentuarlo más, sacó de su bolso Chanel, la loción de la misma marca, y la roció sobre su cuello, mientras los guardias abrían la puerta de la casa y la conducían a su camioneta.

Entonces concluí que era ella la autora de la desaparición de su hija, con tal de seguir teniendo el control de los negocios, y de lo sexual. José Antonio Mendizabal se había enamorado de la hija de ella, cualquiera, era una diosa.

Yo esperaba mi turno, a la vez me había enamorado de él, y de ella, la reina del sur de la ciudad de México.

## Encuentro

**E**n un pasaje de libros ubicado en el monumento Álvaro Obregón al sur de la ciudad de México me encontré a un viejo amigo del teatro, perdido entre los libros, en el tiempo, y en la miseria, pero firme en su carrera, me lo ha contado. Este espacio me permite sobrevivir, en lo que sale algo más; después de saludarlo, escucharlo y ver los estragos del tiempo reflejados en la cara seca deshidratada como cuando a un árbol se le priva del agua, lo mismo a él, se le ha privado de vivir dignamente de lo que más le gusta hacer, el teatro. Inmediatamente me perdí entre los libros, haber que títulos aún no tenía con tal de consumir algo de lo que ofrece mi amigo. Por su parte mi puta mente sigue perdida en el pensamiento, sólo piensa en él.

¿Qué es integrarse a la sociedad? Me preguntó apenas hace unos días. Inmediatamente supe hacia dónde iba. Lo intuí. El fin de semana pasado fuimos a un bar, apenas llegamos y me dijo, mi reto de la noche es bailar con la mujer menos agraciada. Un ejercicio de sus terapias. Quieres integrarte a la sociedad le afirmé, y me contestó, sí. Me dio gusto.

Aunque tiene un concepto que dista de lo que yo pienso, para él, que yo me integre a su mundo significa

que me drogue, dice que le parece fascinante ver a su mejor amigo drogado, al mismo tiempo que lo hace él.

Para mí integrarlo a la sociedad es integrarlo a la vida de la sociedad, del quehacer cultural, y a mis amigos. Lo que menos le interesa.

Insiste que porque me niego a drogarme.

Que difícil debió haber sido para Rosa Melia cuando tuve que enfrentarse a esa realidad, hoy más que nunca la comprendo y la entiendo, con mis años y verme atado a un ser que me tiene amenazado, por si un día se me ocurre irme de su lado.

Para Rosa Melia el escape a sus sentimientos la hizo envolverse al hombre que la ató a las olas, por mi parte el escape a una fantasía, al encontrarme con un buen conversador me resultó fascinante, me volví adicto a él, hoy me pregunto si me enamoré o siento algo sexualmente por él, la respuesta es no. Su forma de ver la vida fue lo que me movió, tan simple que resolvía todo, su pasado, al saberlo me espantó, y cuando sintió que eso era un obstáculo para continuar, es que empezó con las amenazas. El mundo se me ha derrumbado, hoy no se que hacer ni porqué continuar a su lado, desde hace tres años no he tenido gripe cuando siento los síntomas hago que desaparezca con el simple hecho de pensar que el viernes esta próximo, y con ello, lo que nos espera. No así, cuando le doy una orden a mi mente para desterrarlo de mis pensamientos, me taladra y me sigue taladrando. Estoy inmerso en una depresión al tomar conciencia de lo que es. Sólo quiero dormir. He tomado la pistola, me dispararé, no se lo que pase después.

Lo que si supe es cuanto lo amé.

Con el Corazón a punto de sangrar te entiendo  
Rosa Melia.

## Desde adentro

Soy una mierda, -se dijo Don José Antonio Mendizabal, pero también tengo derecho a rehacer mi vida.

— ¿Por qué no me crees? -Yo no traiciono. -Nunca he llorado. Yo José Antonio Mendizabal, nunca antes había hecho esto. Te estoy hablando con el corazón. Tienes que creerme, al menos escúchame, y sabré tal vez que tengo una posibilidad, si después de esto no resulta, prometo jamás volver abrir el corazón. Se que soy lo peor, pero el pasado es eso, lo que importa es lo que soy ahora, se que la vida de cualquier forma me lo cobrará, lo pagaré con creces, presiento que nunca seré padre algo que tanto anhelo. Ya me canso, no se si mi alma es vieja o mi cuerpo.

— Lo que yo creo es que tu alma es joven pero es tu cuerpo el que esta deteriorado, si alimentas el alma, es posible puedas fortalecer y rejuvenecer el cuerpo que apenas tiene 28 años. Mientras José Antonio Mendizabal apaciguaba su ansiedad con un cigarro, sentado en la terraza con vista a la bahía del Lago de Valle de Bravo.

Con una fortuna cuantiosa a su corta edad era difícil creer que no fuera otra la causa, el origen de ésta, no me percaté en el momento, es por eso que lo admití en

mi vida. No conocí mucho de los que estaban a su alrededor sólo de palabras y referencias que expresaba del núcleo de personas por las que daría la vida: su madre, su ex novia, la que seguía siendo su pareja y juraba que entre ellos ya no había nada, pero seguían compartiendo la cama, porque decía que era como su hermana, también vivía con ellos una parienta de él que era la mejor amiga de su ex. En la casa donde vivían sólo había una cama, donde dormían los tres; por su parte se dedicó a conocerme y seducirme, al poco tiempo me expresó y me agregó a la lista de personas apreciadas, era el quinto y me lo decía una y otra vez que haría lo que fuera por mí. Le creí. Para mí también lo era, en poco tiempo había absorbido mis pensamientos y mi tiempo. Su gusto por el ajedrez, y con ello sus estrategias, parecían un partido de ajedrez, moviendo las piezas que consideraba justas para ganar, y yo, siempre perdiendo todos los partidos. ¡Qué importaba! lo tenía a él, y era hasta ese momento el mejor regalo.

Su debilidad las rubias inconmensurables. Sagaz, hábil para todo, y aún más para el dinero.

Sus ojos tan cambiantes, algunas veces eras redondos y también rasgados, y otras veces fulgurante y desorbitados, dependiendo el carácter. De carácter fuerte, malévolo, tierno, apasionado, noble casi nunca, cabrón a más no poder, tierno algunas veces, me gustaban sus ojos cuando decía que sentía un gran aprecio hacia mí, la energía que proyectaba me doblaba. He de confesar, por mucho tiempo esperé al amigo imaginario que construí a través de las lecturas de los cuentos de *Armida de la Vara*, cuando de niño, tuve la oportunidad de leerla, es por ello que cuando nos presentamos sentí todo, tam-

bién algo extraño, pero preferí sentir todo. Es como si ya lo conociera, era joven pero parecía niño, y con ello, me trasladó al tiempo en que yo también era niño.

Me sigue ganando el corazón. Sabiendo lo que es. Hasta le creí cuando lloró, porqué lo corrí de casa. Adoptó todas mis frases. Ya no sabía si hablaba yo o él, no he ido a derechos de autor por si se le ha ocurrido registrar mi frase más antigua, ¡Virgen de la panocha!, la pronuncio cuando algo me causa, asombro, susto, placer, extrañeza, felicidad, coraje, o simplemente cuando quiero pedir algo, por estar en un aprieto o cuando cualquier sorpresa que rebasaba mis límites, siempre acudo a esta virgen, es mi cómplice. Muy hábil, y muy codo, cuando le tocaba invitar los cafés por un mes, se desaparecía con cualquier pretexto, chantajista y manipulador, el regalo de cumpleaños tan cacareado sucedía lo mismo, haciéndome sentir mierda, y que no merecía nada más que eso, no se de donde sacaba la conclusión de que no merecía nada, argumentando que algo malo había hecho, seguramente mientras dormía.

Entre el barullo de la cantina que agusto estoy, los borrachos piensan que escribo una carta de amor, pero es de desamor.

— Una pantera me quiere coger, desde hace un rato me mira, y me sigue mirando, apachurra los labios y ya no haya de que forma llamar mi atención; por ahora no se me antoja nada, pero de verdad es una verdadera pantera la mujer de al lado. Viéndolo bien escribo un relato de amor, más bien un testimonio, sólo llevo dos tequilas y mis parpados los siento pesados, seguramente es la pesadez de la nostalgia al escribir. -¿Quién

dice que el amor no existe?-. –Existe, y sin embargo no somos capaces de mantenerlo porque nos hace daño, tendría que escribir en rosa. Ahora son otros tintes. –Te extraño. –Por estos tiempos seguro estas peleándote con Dios, al que siempre le reclamas tu mal destino. A estas horas debes tener un prostíbulo para ti solo. –Me siento triste y por primera vez desolado. Siento un gran vacío. En estos tiempos tan difíciles de encontrar alguien con quien conversar. Ojalá se me aparezca *Armida de la Vara* para platicar con ella, como cuando niño, y me presente a otro amigo. Qué lastima que dominaran lo oscuro de los sentimientos, si no, aquí estarías, y también estaríamos. Me dolió hasta los huesos cuando tuve que tomar la decisión entre continuar o renunciar. –Preferí renunciar.

Me gusta ser un perfecto desconocido entre los borrachos, más no entre los meseros que esperan su propina, mientras, compro su sonrisa y cobijan lo desolado que estoy, tenía varios viernes de no venir, desde la mañana le prometí al inconsciente que lo traería para que me contara dos o tres cosas, y se alegró cuando se lo dije. Antes pasé por un café, después de tomarlo pensé en no venir, pero ganó el inconsciente, me dijo, ahora me llevas cabrón, no le temas a lo que te voy a decir. –He llegado y el malestar ha terminado.

Cómo olvidar, recién nos conocimos me dijo si un día necesitas dinero, pídemelo con toda confianza será un honor, pero si yo me doy cuenta que andas necesitado tendrás el dinero y olvídate de pagarme, para eso son los amigos, tu amistad es lo más grande que me ha sucedido. Suerte que nunca necesité de acudir y pedir esos favores. Un día muy temprano llamó para que to-

máramos un café y me contó de sus apuros económicos, entonces fue que entendí a que se refería con su generosidad que nunca tuvo, pero que tuve que omitir al no cobrar el préstamo, porque al parecer el que me hacía un favor al pedirme prestado era él, y no yo.

## La voz de mi interior

Se que un día dejaré de llorar, lo sé. ¿Qué me causa el llanto? El dolor. El dolor en lo más hondo de mis venas, en lo más profundo del amor. El amor que aún duele, el extrañamiento de todo a mi alrededor, su olor, ese que me provocaba no se cuantas cosas, ese sentir de la pasión, de despertar y la primera imagen era él, las palabras que taladran el pensamiento, aquella pregunta que te hice un día, -¿Qué te cautivó de mí? inmediatamente contestaste. -Tú ingenuidad. Tú nobleza. -Ahora mastico el significado de mi ingenuidad, es verdad que ingenuo, pero también que puros mis sentimientos, sin perder aquella primera percepción que tuve de ti una mañana de verano, la verdadera realidad de tu pasado, tú presente, aunque lo niegues, pero también de tú futuro, no has renunciado ni por un minuto, salvo cuando estas conmigo, tal vez esa es la razón por la que me suplicas que lo volvamos a intentar. -¿Intentar qué? -Ni la distancia logra que mis pensamientos se alejen de ti, mis sueños eres tú.

— Escribo desde la fiesta de los libros, para que en el próximo libro ya no aparezcas, pero sigo sin conseguirlo. Me estremece el sólo hecho de volver a verte,

además sin poder evitarlo porque a la hora que lo propongas no me podré negar. No por ahora.

Te extraño, me prometí ya no volver a verte, y no lo he conseguido. Te quiero, por que no lo intentamos me has dicho la tarde de apenas hace unos cuantos días, mientras tomábamos el café en otro lugar diferente al habitual. -¿A quién has matado que ya no quieres regresar al café de las estaciones de la vida?

— Me has preguntado cuando propuse tomar el café en otra cafetería.

— A nadie, te he contestado. -Trato de matar el recuerdo, has matado las ganas de volver a verte.- Lo pensé, sin podérselo expresar.

Quisiera creerte que de verdad me quieres, y que te duele perderme, pero no te creo, porque eso no es cierto.

Por unos instantes sentí las balas estrellarse sobre mi piel que cubre mis sentimientos nobles, nobles como tu primera percepción de mí; cuando la noche del miércoles anterior a mi presentación llegaste a casa sin avisar, sentí que tu visita no era de cortesía, venías dispuesto a todo, sonreíste con ironía cuando me viste que bajaba precipitadamente las escaleras con tal de no dejarte pasar. -Mi familia se encontraba de visita, tú intención era armar un drama frente a ellos, lo advertí, es por ello que lo evité, antes de saludarte me dijiste hace un rato te escuché por teléfono muy contento, espero y puedas dormir de la misma forma esta noche. Contesté la verdad es que estoy muy cansado y ya me preparaba para dormir.

— Sólo quiero saber porque no estoy invitado a la fiesta. -Me preguntaste con enojo.

— Porque no necesitas invitación. —Respondí. —Eres parte de la fiesta y de mis cosas.

— No lo creíste. Argumentaste que era una traición lo que te estaba haciendo, había traicionado un código entre nosotros, me enjuiciaste en unos cuantos minutos, me acorralaste, buscabas un fin, y yo sin poder convencerte, tu estado era desquiciante, sentía el fuego de las balas ya muy cerca, traté de suavizar la situación sin conseguirlo, repetías y repetías lo mismo, preguntándome una y mil veces como podríamos salvar esa traición hacia tu persona. Se me empezaron a fruncir los huevos, sabía que ibas más allá, por mi parte siempre me sostuve, argumentando que exagerabas, no era por ahí, pero no lograba convencerte, y tú seguías torturándome, hasta que se te ocurrió o te acordaste de algo que seguramente te gustaba, y no habías podido hacerte de él. Mañana te espero a las cinco de la tarde puntual, así tengas llamado del señor presidente, tu llegas con la cadena que tanto te gusta, sin minuto de retraso, será el último café que tomaremos como amigos, ahora si no quieres tomar el café me entregas la cadena con la piedra azul y el diamante, y te retiras sin voltear a verme, cuando me encuentres en algún lugar nunca voltees a verme, inmediatamente retírate, no se te ocurra saludarme. Ahora vete a dormir, trata de descansar, te recuerdo que conmigo estas en un problema, ya te lo he dicho, y no voltees.

Cuando me despedí esa noche sentí mucho miedo, sin embargo traté de no hacerlo notar frente a él, por un instante sentí que dispararía mientras caminaba, de reojo alcancé a ver que se escondía atrás de un poste de luz, pero también me acordé que me había dicho

que muerto no le servía, entonces la posibilidad de disparar era nula. Por ahora.

Me has matado poco a poco, antes me has torturado lentamente, para que el dolor sea más prolongado, el castigo que recibe la presa cuando los otros no reúnen el rescate que les exigen por la libertad de la presa.

Esa noche no pude dormir ni un minuto, sólo quería que ya fueran las cinco de la tarde del día siguiente para entregar el pago a mi libertad.

Desperté sin haber dormido, fingí, como cuando Mariana mi sobrina me dice que su muñeco fingía estar vivo pero en realidad siempre había estado muerto. -Así estuve yo toda la noche. Me levanté, sentía un frío en mi interior, hice lo que tenía que hacer, porque lo tenía que hacer, esperando que el reloj marcara las cinco de la tarde.

Cuando llegó la hora quise poner mi mente en blanco sin conseguirlo, seguía taladrándome con las amenazas de la noche anterior, llegué al café de las estaciones de la vida, ahí estaba, idiotizado con sus juegos de su black berry, ya había comprado su café, así es que la invitación al último café invitado por él, no era cierto, al menos había una silla, fui a comprar mi café, traté de que fuera un café inolvidable cómo en aquellos tiempos, le pregunté por las cosas que le interesaban, como Lucas, su perro, por su madre y su rubia, tratamos de reírnos de los vecinos que tomaban el café y discutían si Dios existía o no. Parecía que todo había quedado en el olvido y el pasado. -Vio el reloj, y dijo que ya era hora de retirarse. -Lo acordado dónde esta. -Se me ha olvidado, contesté.

— Clavó sus ojos fulgurantes y desorbitados en mí. -Tenías hasta las cinco de la tarde para saldar esa

traición. - Argumenté que se lo podía entregar mañana, sentía la presión de tenerme que desprenderme de eso que era tan significativo para mí, entonces no me quedó otra alternativa más que sacarlo de la bolsa de la chamarra. -La tomó, la miró, mientras yo me levantaba y me despedía, le dije, -No se vale lo que haces. -Respondió interrogándome. -¿Y qué si se vale? -Ya no contesté, sólo le dije adiós, se quedó sentado mirando el diamante sobrepuesto al lado del que traía puesto. -Me retiré con un dolor en todo el cuerpo, además de una impotencia. -Ese día supe lo que es una tortura, lo que es estar secuestrado, amenazado, sentí además la posibilidad de ser asesinado en cualquier momento, sentí las miradas de todos los que nos conocen y que desde hace años tomábamos el café armónicamente. Seguro estaba que sería la última vez que tomaría el café en ese lugar, al que tanto amo. -Llegué al café de al lado para llevar el pan que me había encargado mi hermana que estaba de visita, mientras estaba en la caja, sonó el teléfono. -Era él. Me preguntó dónde estas.

— En el cielo. -Le respondí.

— Te llevo a tu casa. -Le dije espero a mi hermana. -

-Entonces crúzate la calle te veo enfrente. -Me atravesé la calle. Abrió la puerta del auto, y me regresó la cadena. Es una chingadera, expresó. -La tomé. Me dio un apretón de mano. -Lo veo mañana, me dijo. -Me bajé del auto, mientras se alejaba con el estéreo a un volumen considerable con el corrido contrabando y traición de *Los Tigres del norte*. -Ya no quise pensar, pero sentí lo ligero del peso que me había estado aplastando, y me había estado desplazando en el transcurso del día, por la misma inercia de hacer las cosas.

## Incongruencia

**M**iedo jamás. Siempre me jacté de que me gustaba conocer personajes extraños. Esta vez admito que mi percepción me falló. Bueno un engaño. Quise hacerme creer, porque ahora que lo recuerdo, siempre pensé eso de él. Qué forma de conquistarme, a través de la conversación y la seducción.

¿Alguien tiene que perder? Como diría un buen amigo escritor. Lo desaliñado, su descuido, su aspecto no tan pulcro nunca me cuadró con la riqueza que promulgaba.

¿Qué me duele ahora? En realidad, hoy es un día que no extraño nada, y sin embargo todo el tiempo estoy pensando en el sin fin de aventuras que vivimos juntos. Algunas veces sentí miedo, pero no podía echarme pa tras es por ello que hoy ni el teléfono cargo conmigo lo mantengo apagado para no ser rastreado vía satélite, así, mi localización será más difícil. Seguramente es mi paranoia de la que me he contagiado. Hoy quiero conversar conmigo. Una duda me trae revuelto. Hace ocho días mientras me palmeaba el hombro y esbozaba una sonrisa, clavaba su mirada en mis ojos, sus ojos redondos desorbitados, acercó sus labios a mi cuello, sentí como rozaba mi piel, después de darme un beso, inusual en él. Los dos en el rincón de la terraza de un

bar de mala muerte, esos que eran de su fascinación y a los que terminé sintiendo placer. Sentí su cuerpo sobre el mío, correspondí con un beso de amigo, por extraño que parezca, sentí que tenía a un hermano a mi lado. Después balbuceó. Estas en un problema. No permito las traiciones. Traición a que, pregunté. Contestó. Conmigo hasta la muerte. Otra vez me agarras en curva cabrón, me dijo, me dio un abrazo. Y yo sin parar de llorar, me sentía preso. Me dio un abrazo, el más fuerte, y me dijo. Mañana es día de festejar, antes de su presentación en Salamanca. Basta de pendejadas. Mañana quiero que me lea parte de su novela. ¿Adónde quiere ir a tomar el café? Yo seguía llorando como una nena, pero también como un caballero.

Esa noche como tantas otras pensé en renunciar al lazo de amistad, cuando él sentía que eso podía suceder, hacía hasta lo imposible para que eso no sucediera, el daño emocional iba en aumento, no me importaba nada, sólo tomar el café y hacer todo con él, pero también me sentía en cautiverio. Me dio por llorar a todas horas, me negaba a aceptar su realidad, y más la mía. Seguía atado sobre las olas. EL violentómetro en aumento.

Nuevamente la amenaza, el sobresalto, el chantaje y el manipuleo. Sus ojos se abrieron para hacer el último disparo, mientras yo conducía sobre la carretera Toluca- Valle de Bravo, la madrugada del sábado, antes viernes, con ello tal vez el último, de un ciclo de cinco años, abrió la puerta sin importarle a la velocidad que iba, si no te paras hasta aquí llegas, mientras descubría la cacha dorada de su pistola. Por un momento perdí el control del volante para después estamparme contra el viento. Suerte, el muro de éste no provocó más lesiones, la carretera estaba desierta. No así los insultos que mataron todo lo de hacía unas horas y el resto de los viernes, inclusive el primero con el que iniciamos el ciclo.

¿Dónde estas ahora? No lo se.

¿Dónde estoy? Quisiera saberlo.

07 de abril 4 de la mañana, un día siete lo conocí, un día siete firmo la despedida.

Traté de entenderte, sin que tú trataras de entender, ¿qué es la razón? ¿Qué es ser justo?

Atado, acorralado, atrapado, ansioso, anticipado, ácido, aterrado, acongojado, pero también apendecado, no se que tiene la letra a, concluyo que todas estas palabras tienen algo en común inician con la

misma letra, y entonces es que empiezo a pensar, maravillosa letra.

Dos cosas siempre le interesaron, el dinero, pasársela bien, y el dinero, pero sobre todo nunca perder, bajo el lema nunca pierdo, nadie puede tener la razón, no porque sea justo o debiera tener la razón él, lo que menos le importa, ni por ser más inteligente, es porque cuando dice nunca pierdo, y si para ganar debo matar, lo hago y entonces gano, y entonces alguien tiene que perder, pero nunca él. Para ello, no hay que ser amigo de nadie, no tener sentido de la amistad, frialdad afectiva, no compromiso, no sentir nada, todos son pañuelos desechables, se usan y después se desechan.

Hoy hago lo mismo. Ya no siento nada.

## Resistencia

Días después de la presentación de mi novela, me llamó diciendo te hablo para dos cosas, recoger las botas de minero que se habían quedado en casa por olvido, y la segunda para invitarte un café. Mi única condición era que tomáramos el café en otro lugar diferente al habitual. Aceptó. -Cuando llegó, lo primero que me preguntó. A quién has matado que ya no quieres regresar a las estaciones de la vida. -No contesté nada. -Me pidió una oportunidad, que volviéramos a intentar a ser grandes amigos, además de preguntarme cuando le iba firmar mi última novela, le dije que se la entregaría el día que me invitara a festejar, por segundo año y por alguna razón sucede un incidente y ya no festejamos, por supuesto que es a propósito, le dije por decir algo, para suavizar el momento, y hacerle creer que todavía me interesaba continuar, y en el fondo así era. -Sólo que el conflicto con mi inconsciente cada que lo pienso me lacera inmediatamente, y tengo que desechar esa posibilidad. La posibilidad de esa distancia, ese temblor de corvas cuando pienso que en cualquier momento me lo puedo encontrar en uno de esos caminos que todos los días transito, y mi lucha por ordenarle a mi consciente que debemos matar a los sentimientos, es

ya nunca más. Tengo que renunciar a ese espacio, a ese cúmulo de inspiraciones que me provocaba. -Al amigo imaginario, que tiempo después era una realidad, a esa algarabía de tardes, a esa metralla de ensoñación. -Ahora es todo lo contrario, esa realidad perversa, y sin embargo estoy enojado, dolido, aún, cuando me respondo constantemente que me ha salido barato el retiro. La otra tarde, la última hasta ahora antes de escribir ésto, disfruté las palabras susurradas mientras tomábamos los últimos sorbos del café sentados en la banca de la plaza como las primeras veces, las palabras llenas de mentiras pero que bonito se escuchaba, mientras pensaba y que tal que fuera cierto, pero no es así. -Me duele haber tenido que renunciar a la esquina de las estaciones de la vida, con la esperanza de un día regresar, y sin dolor, ese lugar que tantas veces me dijo que era mío, para él sólo tendría sentido venir si era conmigo, me has dicho que te ha gustado el pensamiento de lógica con el que inicié la presentación de mi novela, te lo has aprendido de memoria.

*Conexión*

*Saber lo que piensas  
y estar seguro de lo que pienso  
me da la certeza  
de saber la verdad antes que tú.*

— Por supuesto que llevaba dedicatoria, es por ello que no quise voltear a verte mientras lo leía en la presentación de Salamanca, preferí coquetear con el público que se encontraba entregado a mí, parecía que hasta eso le molestaba, el no brillar, el no ser protagonista como yo cada que presento un libro. Ví de reojo

como la reina del sur de la ciudad de México quién lo acompañaba, esbozó una sonrisa irónica. Leí su pensamiento que decía: pendejo eso crees, pero no es así. Inmediatamente pensé y se la regresé por telepatía. -Pendeja tú. Es por eso que no quise despedirme de ella después de que terminó la presentación, suerte que entre el tumulto, las entrevistas y la firma de libros pude esquivarla, y sólo les expresé de lejos un hasta luego, no quisieron brindar, que bueno que no se despidió de beso la reina del sur de la ciudad de México, de haberlo hecho, le hubiera atribuido a ella el contagio del herpes que me apareció al día siguiente, abajo del labio inferior, ahora estoy seguro que fue del estrés de la semana y de los días anteriores por las constantes amenazas, por si un día rompo el pacto de ser su amigo. -Putra reina del sur de la ciudad de México. -Admito que esta bien. -Y también que la culpa es mía. Te quedarás con las ganas de más. No puedo permitirme más. Las amenazas ya no me taladran tanto. Mi misión es no traicionar mis principios, moriré luchando por las causas justas, aunque lo que ahora a mí me sucede no sea justo, se que esa puta bella terminará contigo. Lo sé.

Me acordé de aquel pensamiento de coraje cuando niño y lo recitaba en silencio

*Yesica hija de la chingada  
Ven por tu sal consagrada  
Y pícate la rajada.*

Qué grotesco. Lo se. Pero en estos momentos, soy eso. Grotesco. Con dedicatoria a Yesenia, la reina del sur de la ciudad de México.

Disfrútala mientras puedas. Esa Mujer, antes fue mía.

## Una mirada a vista de pájaro, se busca...

**D**esconfiado para todo. Con él aprendí a desconfiar. Con el paso del tiempo todo era incierto, me cansaba no tener confianza. Desconfiar hasta de lo que era verdad. La lujuria era su tema predilecto. Con él conocí cualquier prostíbulo, conversar con cualquier puta y preguntarles la razón por la que estaban en esos lugares, mientras, él, lujuriaba. Algunas decían que estaban por gusto, y otras por necesidad. Y yo, estaba ahí por acompañarlo.

Varias veces visitamos prostíbulos, en una ocasión visitamos uno muy peculiar, el atractivo del tugurio, lo anunciaban sus conejitas a la entrada del lugar, ubicado sobre el eje Central muy cerca al teatro Blanquita, pero también muy cerca del Palacio de las Bellas Artes. Muy contentas, ellas, te invitaban a pasar y disfrutar de la hora de la nalga. Nos volteamos a ver para confirmar si habíamos escuchado lo mismo, y sí, era la hora de la nalga. Nos dispusimos, y entramos, antes con un dejo de ingenuidad le he preguntado a una de las animadoras. Qué es eso de la hora de la nalga feliz. Muy sonriente me ha contestado. Que puedes agarrar la nalga que se te antoje, y hasta el culo y después tú dirás. Gracias, pues, vamos a pasar. La entrada oscura, como el mis-

mo lugar, el aroma a loción barata, y una aroma a sexo, algunas telas rojas traslucidas que servían de cortinas por dónde se ilustraba los que del otro lado hacían en la hora de la nalga, los visitantes. Nosotros nos sentamos en el vestíbulo donde llegaron como avispas, diez mujeres, cada una con dos nalgas, en total veinte nalgas, más las nuestras. La verdad aquello estaba feo, pero ahí estábamos divertidos, pero sin convencernos, unos cuerpos deformes, lo único que ofrecían era sexo para desesperados. Después de un argumento de mentiras, dejando entrever que regresaríamos, con esa promesa, nos retiramos del lugar, y así, continuar la búsqueda de otra opción.

Por esa misma avenida encontramos varios de estos lugares o puteros, nos convenció un promotor diciéndonos que era el mejor lugar de la zona, había chicas internacionales. Entramos y no encontré diferencia entre la nalga feliz y el de las chicas internacionales. Nos colocamos en una mesa próxima a la pasarela, el tuvo muy débil me daba la impresión que en cualquier momento podía provocar un accidente. Inmediatamente nos sirvieron las cuatro cervezas de consumo mínimo, más las cuatro que venían de regalo, atrás de nosotros estaban unos pubertos bien pedos, uno de ellos se acercó a nosotros para ofrecernos ocho cervezas que les habían sobrado y nos las regalaban con tal de que no las volvieran a vender. Gustosamente las aceptamos, con ello la mesa llena de cervezas suficientes para un buen rato. Curiosamente mientras tomábamos las primeras cervezas, hablamos de nosotros como si estuviéramos en un café, a momentos regresábamos a la realidad y veíamos a las mujeres internacionales

con cuerpos deformes, la mayoría, pero se anunciaban como internacionales, procedentes de países ahora independientes, en su momento de los que formaron La URSS. Pero internacionales, ofreciendo, lo que podían.

# Una llamada

- Qué se hace en una tarde de invierno en Tijuana? Me contestó. Comiéndome unos ricos mariscos.
  - Le respondí. Por mi parte devorándome un libro.  
*Tijuana : Crimen y olvido.*
    - Buen provecho, y después colgamos.

## Diálogos conmigo

Pasaron los días y la relación se fue enfriando, me dediqué más a mí. A esos encuentros conmigo, mientras tomaba el café de la mañana, el de la tarde, y el de todas horas. Cambié de rumbo. Me hice de nuevas amistades. Me volví muy desconfiado, ya no quería confiar en nadie, pero terminaba cediendo a la posibilidad de que no todas las personas son iguales, aún todavía hay gente con la que se puede conversar. Pasaron meses sin saber más que estaba en la frontera, haciendo no sé qué cosa. Por mi parte no había día que no lo recordara. Cada café que tomamos juntos tenía historia, tenía más sentido, y la vida, ni se diga. Fue entonces que empecé a valorar más esa verdadera relación de amistad, de intensidad, a través de esa distancia es que pude entender muchas cosas. Porqué tendría que distanciarme de alguien que lo único que nos unía era esa complicidad de palabras, esa complicidad de diversión, ese robo de frases, esa confusión de saber quién hablaba, ese gusto de compartir a una misma mujer. La puta reina del sur de la ciudad de México, que terminó prefiriéndolo a él, porque favorecía a sus intereses. Pero que antes muchas veces fue mía. Tenía que ser un buen perdedor. Pero mi ego no me lo permitía. Me costaba mucho trabajo

compartir buenos momentos estando ella. Lo intenté sin conseguirlo. Me dolía. Y cómo caballero, me prometí nunca más pensar en ella, cuando estábamos los tres. Porqué cuando estaba yo solo me daba vuelo recreando la película porno almacenada en mi pensamiento, dónde los protagonistas éramos la reina del sur de la ciudad de México y yo, Todavía no era puta, y así, todos los días que la recordaba terminaba en sueños húmedos.

Porqué me niego a renunciar. Qué difícil debió haber sido para Rosa Melia, cuando tuvo que enfrentar, la realidad, el despertar. Hoy más que nunca la entiendo, no supe en que momento la humedad me invadió. Siempre traté de entenderla, nunca juzgarla, sin pensar que un día estaría atado a una circunstancia similar, donde el eje principal, serían los sentimientos o el escape a estos lo que me hicieron envolverme y atarme sobre las olas de violencia, pero también atado sobre las olas de los sentimientos, del amor inexistente. En mi caso fue un escape, una fantasía, al encontrarme con un buen conversador, con el paso de los días tenía una fascinación por conversar con él, la peor adicción que me he provocado, construí mis días al lado de él. Me preguntaba y trataba de ser lo más honesto al hacerme esta pregunta, me atrae sexualmente, y la respuesta es no, la fascinación y lo que me movía era conversar, saber que nunca estaba solo, y que además alguien más pensaba diferente a mí, pero coincidíamos en algunas cosas, aparentemente había respeto por el pensamiento tan distinto, su forma de vida desenfadada, contrastaba con lo obsesivo de la mía, parecía un segundo aire, pero ni eso, un periodo que aún no llega, nada impedía nuestros buenos momentos.

Un día desperté, abrí lo ojos, vi diferente, me di cuenta que casi nada era cierto, estaba frente a un espejismo, aún así me parecía fascinante, porque pensaba que también para él lo era. El mundo se me derrumbó.

En años no tuve una gripe, mi sistema inmunológico y mis defensas siempre altas, no me podía permitir enfermarme, cuando algún síntoma de gripe aparecía, la desterraba con sólo pensar en el viernes, no así cuando le doy una orden a la mente con la intención de desterrarlo. Estoy dolido, en una depresión desde que se fue a Tijuana, y no he sabido más de él. Nunca conocí a nadie cercano a él, sólo a la reina del sur de la ciudad de México, pero de pronto también desapareció, esto parece un desierto, me angustia no saber nada.

Los días y los años pasan, las conversaciones con Rosa Melia son menos. Los recuerdos abundantes. Una voz en mi interior me dice que ya no vive. Sigo escuchando la Voz de Paulina decirme, cabra peluda te volviste enamorar, dos sentimientos distintos, dos seres que llegaron por una misma causa y partieron por una misma enfermedad.

Desde la terraza escribo un correo a Rosa Melia, mientras la mesa servida me espera con la ensalada de tomates rojos, queso panela, albahaca dulce y aceite de Oliva. Degustaré el vino que me trajo Rosa Melia en su última visita. Me prepararé un café de Sisco de mi última visita a las Lagunas de Monte Bello, seguro estoy de ya no poder regresar. Hoy el sol tiene una de sus trece tonalidades, la correspondiente a la melancolía y a la nostalgia, aún así, estoy contento. Ojalá tú también estés haciendo lo mismo Rosa Melia.

Tu amigo, Manuel Buendía.

## Frente a la bahía

Fresca tarde de invierno,  
nómada soy por tú ausencia,  
peregrino por donde paso,  
encuentro nada, mientras pienso.

Busco el brillo de una luciérnaga  
entre la luz del sol que opaca su luminosidad,  
mientras el sol apaga su luz,  
la luna se pierde en blanquizco cielo.

Vislumbro tú piel  
sobre la arena dorada de Mazatlán,  
¡tus ojos iluminan la bahía!  
Los míos oscurecen de dolor.

La noche no llega  
para fundir mi dolor  
en el manto de la oscuridad.

Día siguiente:

Encuentro una luz,  
que me conduce  
al sabor de la soledad,  
al inmenso placer que me causa,  
cuando en un segundo,  
logro anclar, la fuerza que me hace volver.

Despierto, y nuevamente soy.



*Atada sobre las olas*  
Óscar Manuel Quezada

Impreso en los Talleres Gráficos  
de la Dirección de Publicaciones  
del Instituto Politécnico Nacional,  
Tresguerras 27, 06040, México, DF  
2012. Edición

Cintia V. Covarrubias Carreón  
Formación

Portada